

LUIS ROGELIO NOGUERAS

Y SI MUERO MAÑANA

CONTRAESPIONAJE



28



Premio Cirilo Villaverde de novela
Un éxito editorial en seis países

LUIS ROGELIO NOGUERAS
Y SI MUERO
MAÑANA



Editorial Letras Cubanas
Ciudad de La Habana, Cuba, 1984

Y si muero mañana, de Luis Rogelio Noguera —que obtuvo en 1978 el Premio Cirilo Villaverde de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba— se ha convertido en una de las novelas cubanas más populares de los últimos años. Con más de 300 mil ejemplares publicados (cifra que incluye ediciones en la URSS, Viet Nam, Suecia, Dinamarca, Eslovaquia y Hungría), esta importante obra puede ser considerada como un aporte a la novelística de la revolución cubana.

COLECCIÓN: RADAR 28



Luis Rogelio Nogueras

Y SI MUERO MAÑANA

ePub r1.0
ePub2.0

Tomada de la primera edición, 1978, de la Editora Ediciones Unión

Este título fue premio de novela del concurso Cirilo Villaverde de la UNEAC, 1977

Edición: José Tajés

©Luis Rogelio Noguerras, 1978

©Sobre la presente edición:

Editorial Letras Cubanas, 1983

EDITORIAL LETRAS CUBANAS

Palacio del Segundo Cabo,

O'Reilly 4, esq. a Tacón,

Ciudad de La Habana, Cuba.

Editor digital: WeaR&WaZ

ePub base r2.1





—ewya_#023(12)—

EWYA es un proyecto sin ánimo de lucro, orientado a la difusión digital de obras literarias de autores cubanos...

WeaR&WaZ[®]
©RíverDry 06.01.2022

*A los que cayeron en Bolivia
hace diez años; a todos
aquellos camaradas que fueron
a combatir bajo otros cielos
y no regresaron;
a los constructores de leyendas,
cuyos ojos verán por nuestros
ojos, el alba del día
de la batalla final.*

Mais grâce à lui nous nous
connaissons mieux
Tutoyons nous son espoir est
vivant

PAUL ELUARD

No hay muerte sino vidas que
florece
en la tremenda primavera

.....

No hay muerte. No Hay sino
victoria.

FAYAD JAMÍS

INTRODUCCIÓN

Algo se ha roto para siempre.

Se pasa una mano por los labios: hay sangre. Empieza a toser y todo su cuerpo se contrae de dolor. Algo se ha roto para siempre dentro de él. Va a morir.

Levanta sin fuerzas el brazo y trata de mirar el reloj: una gasa de sombras se interpone entre sus ojos y la esfera: lo acerca a su rostro; confusamente, logra ver los números y las manecillas son más de las ocho y media.

Se deja caer de lado. Ahora tiene una arcada y se le llena la boca de sangre espesa, acre, caliente. Se arrastra por la alfombra hacia la cama. Lenta, lentamente, pasa junto al cuerpo de Chang: va dejando un rastro de sangre oscura, que la alfombra absorbe en seguida.

Tiene burbujas de sangre en la nariz y un collar de espuma rojiza alrededor de los labios. No le hace falta palpase el abdomen para saber que el terrible golpe del chino lo ha herido de muerte, el hígado quizá. Se frota la cara con la manga de la camisa, haciendo un esfuerzo por sostenerse erguido con el otro brazo. Vuelve a apoyarse con las dos manos y, dándolo todo, deja caer el cuerpo sobre la cama.

Sus dedos se estiran hasta alcanzar el interruptor del radio. Lo enciende. Casi sin fuerzas, acciona el botón del dial y busca los 43 metros. El bombillito rojo que indica que el aparato está a punto para la transmisión lanza destellos intermitentes. Al lado del radio está el mensaje ya cifrado.

Va a morir.

Las lágrimas comienzan a rodarle por las mejillas para confundirse con su sangre. No es miedo. Es un sordo rencor, una áspera sensación de angustia por tener que morir tan lejos. Empieza a convertir las cifras en

impulsos eléctricos. Empieza a enviar hasta ellos, por encima del tibio y azul Caribe, su propia vida.

Las horas

—Apúrate —dice Artemisa.

No es fácil arrancar los duros terrones de sal con un cuchillo de monte. Me arden las uñas y, aunque la noche está fresca, las gotas de sudor ruedan por mi rostro. Artemisa casi ha llenado su saco; a mí me falta más de la mitad para completar el mío.

Por suerte no hay luna. Apenas se ve el mar; se oye —eso si— su lenta respiración: una ola, un interminable silencio en el que me oigo jadear; luego otra ola, y nuevamente el silencio, mientras el agua se retira de la playa para volver a embestir.

—¿Te falta mucho?

—Poco menos de la mitad —digo.

Veo su silueta, pero también siento su olor a sudor de muchas caminatas, a resina de muchas plantas; y el agrio vaho húmedo de sus botas de cuero, de la correa de su Garand. Yo no huelo a nada; a ciudad, a recién venido, a combatiente clandestino metido a guerrillero, ya oleré como Artemisa. Si no muero.

—Te ayudo.

Hablamos en susurros, entre una y otra ola.

Su bayoneta comienza a desprender los pedazos de cristal y los siento caer en el saco. Sacudo la cabeza, para que el sudor que me corre desde la frente no me nuble los ojos.

No es fácil arrancar esos diamantes amargos; una salina no da así como así lo que el sol le quitó al mar: hay que hacer saltar con picos los terrones. Pero nosotros no tenemos picos; apenas un cuchillo de monte y una bayoneta mellada.

—Un poco más y nos vamos —dice.

Respiro aliviado. Hace media hora que estamos al descubierto, en la playa, a más de trescientos metros del monte. Si nos sorprendiera una patrulla

seríamos un blanco fácil. Nos ayudaría un poco la oscuridad: pero podrían tirar al bulto y partirnos.

—Cierra el saco.

En alguna parte de la canana me he amarrado el pedacito de sogá. Lo encuentro, junto a los peines de la San Cristóbal. El saco de yute tiene unos huecos grandes en las paredes de la boca. A tientas voy ensartando la sogá, trincando con fuerza para impedir que se salgan los terrones cuando me eche el saco al hombro.

Dos horas hasta la salina desde el campamento; pero sin carga. Ahora, con dos sacos de cien libras llenos de piedras de sal, echaremos no menos de tres horas y media para subir la loma y regresar.

—¿Completo? —dijo Artemisa.

—Completo.

Sin gran esfuerzo, se pone de pie con el saco sobre los hombros, como el pastor que lleva al cordero en la estatua esa que he visto en alguna parte. Contraigo los músculos y logro echarme el saco sobre la espalda.

—Vamos.

Cuando entramos en el monte siento que el saco pesa menos. Pasó el miedo. O parte del miedo. ¿O es que he comenzado a sentir esa sensación de indefinible seguridad que experimenta el guerrillero cuando sabe que lo rodea una tupida vegetación? He oído a los más veteranos hablar de eso. No a Artemisa. El no habla. Lleva un año alzado; casi un año. Yo, casi un mes.

Comenzamos a subir la loma; no la más dura —la de Muerto Lindo—, sino la primera, sembrada de lajas que sirven de escalones. Pero no siento las cien libras, que cargo a las espaldas. Y el sudor desapareció de mi rostro. Ahora, más bien, tengo un poco de frío.

Artemisa va delante, rompiendo monte con el cuerpo; yo le sigo, tratando de no perder el buen paso que he logrado mantener.

—¿Quiénes? —pregunta Pury Mendoza.

—Ricardo y Artemisa —dice el capitán Kike Sánchez.

En la oscuridad, unas manos hacen llegar a las mías el saco de henequén vacío.

Somos diez hombres, en un cayo de monte, a media hora del campamento de la Columna.

—Andando —dice el capitán Sánchez—. Dos horas hasta la playa. Una hora para recoger la sal. Otras dos horas para subir. Cinco horas. Son las diez; a las cuatro de la mañana pueden estar de regreso.

—¿Hay postas? —pregunto.

—De eso se enterarán allí —dice el capitán—. Nos lo cuentan al regreso.

Artemisa se pone de pie; no lo veo, pero debe ser él esa silueta que se acerca a mí, qué me da un golpe en el hombro, que me dice: «Arriba, compatriota.»

Una hora. Quizá. Se me rompió el reloj a los tres días de llegar a La Plata. Qué puñetera ironía: traje cincuenta relojes y se me rompe el mío. Un cargamento de relojes para los minoristas polacos de Holguín y Santiago; con los registros en las carreteras después de la huelga de abril no había otra forma de abrirse paso hasta Oriente. Vinimos para Oriente en el carro del viejo de Lavastida. Telas, relojes. Pero nadie nos paró.

Ahora sí pesa cien libras el saco; y más, porque me duele la espalda y a duras penas puedo seguirle el ritmo de marcha a Artemisa. He comenzado a sudar de nuevo y tengo sed. Sed, no miedo.

—Vamos a parar aquí, compatriota —dice.

Me consuela saber que también está cansado. Deja el saco, se sienta y se recuesta a un árbol. Yo hago lo mismo. A gatas, avanzo hasta quedar junto a él.

—Me gustaría fumar.

—A mí también —dice—. ¿Y por qué no?

He visto tantas películas donde los francotiradores le aciertan en el corazón a los soldados disparándole a la llamita del cigarro, en mitad de la noche, que le digo:

—¿Tú crees?

—Por aquí no hay más que jutías —responde—. Los guardias sólo suben hasta La Tijera, y la dejamos atrás hace veinte minutos.

Enciende un cigarro: a la luz de la llama veo su nariz afilada, sus pómulos salientes, su encrespada barba rojiza. Le da dos o tres largas chupadas y me

lo pasa. El humo me lastima la garganta: es un pectoral. Toso. Pero él no se ríe. Le devuelvo el cigarro; tendré que acostumbrarme a los fuertes; el Camel es un lujo aquí en la Sierra. O el Lucky Strike.

—De La Habana, ¿no? —me pregunta de pronto.

—Sí —le digo—. Y tú ¿de Pinar del Rio?

—Claro, sí. Pero no de Artemisa. Del municipal Cinco pesos. Eso no está ni en los mapas. ¿Te quemaste?

—Completo. Estuve en lo de la huelga...

—Era difícil tumbar a Batista con una huelga —dice.

—A Machado lo tumbó una huelga —respondo.

—Cuando eso era otra cosa.

—¿Por qué? —le pregunto.

—Otros tiempos.

—La misma cosa —digo.

—No crea, compatriota.

Bajar es más fácil que subir. Pero no siempre: la pendiente le tira a uno del cuerpo, lo quiere arrastrar para despeñarlo; hay que irse afincando en los árboles, hundir duro el tacón de las botas en la tierra.

Todavía no se ve el mar. Artemisa sigue delante, a unos cinco o seis metros. No parece tener dificultades: va dando pequeños saltos —no lo veo a él, sino su sombra, que se desliza sin ruido cuesta abajo.

¿Habrán postas en la salina?

Artemisa apaga el cigarro contra la tierra. Nos quedamos en silencio, con los ruidos del monte y la pesada oscuridad.

—¿Cómo anda La Habana? —pregunta de pronto.

—Encendida —digo.

—Claro, sí. Pero me refiero... ¿Qué se dice de nosotros por allá?

Supongo que ese *nosotros* no me incluye: yo he sido —casi soy aún— un combatiente urbano. Él se refiere a los veteranos de la Sierra.

—¿De la gente de la Sierra? —pregunto, aunque sé la respuesta.

—Anjá.

—Son la esperanza —murmuro.

Lo siento rascarse la barba: un ruido como de uñas escarbando la maleza.
—Eso mismo pienso yo —dice por fin.

No sé con qué tropecé; tal vez una raíz. Pero caigo dando vueltas y es Artemisa quien se interpone entre mi cuerpo y la pendiente. Me ayuda a ponerme de pie.

—Agárrese fuerte, compatriota.

—Es lo que he estado tratando de hacer.

Ni siquiera me sacudo. ¿Para qué? Me acomodo el San Cristóbal al hombro y echó a andar de nuevo, con más cuidado, loma abajo.

—¿Tienes familia? —me pregunta.

—¿Mujer? ¿Hijos?

—Anjá.

—No —le digo—. ¿Tú?

—Tengo, sí. Dos chamacos. En Guanajay, con los abuelos.

—¿A qué te dedicabas?

No responde durante unos largos segundos.

—A buscar trabajo. ¿Y tú?

Me quedo callado.

—Una hora más y estaremos en el campamento.

—Menos mal —digo—. Ese saco pesa como el carajo.

—Ahí está la playa —susurra Artemisa.

Me acerco lentamente a él. Me asomo a través de la hierba. Los últimos metros, hasta el borde mismo del arenal, los hemos hecho a rastras.

—No se ve nada —le digo.

—Es que no hay nada.

—¿No hay postas?

—Si tiran cuando salgamos es que hay, compatriota. Vamos.

Se pone de pie y, con algún esfuerzo, se echa de nuevo el saco al hombro. Yo hago lo mismo. No parece pesar cien libras, sino quinientas.

—Esto se acaba pronto, compatriota —me dice de golpe.

—¿Qué cosa?

—Esto: la guerra. Batista no dura.

—Tal vez —digo.

—Seguro.

Echamos a caminar loma arriba, jadeando bajo el peso de los sacos.

En ese momento ni él ni yo lo sabíamos con certeza; pero en una cosa Artemisa tendría razón: seis meses después, Batista abandonaría en un avión la isla que había querido convertir en una inmensa tumba.

Pero en lo otro, Artemisa se equivocaba: la guerra no había no hecho más que comenzar.

...por su conducta heroica...

Los días

MARTES

Miró su Seiko número 5: las 8:28 de la noche. Era el martes 6 de octubre de 1960. Puntual, saldría al aire a las 8:30 p.m., con el indicativo BRO, en los novecientos kilociclos, sobre la banda de los treinta y siete metros —la longitud de onda que correspondía a ese día en su calendario de emisiones—. El radio transistor RT-48A ya estaba abierto. Tenía delante, sobre la mesita de noche, la respuesta para Walter:

4756 9786 2534 5758 0987 2845 9687 2623 7565
7009 2056 9442 6677 9090 3589 7792 5665 7823
0898 5545 8792 7770 8223 0896 6457 8092 7654
4467 5622 7836 0965 8508 7609 4573 8967 2332

Encendió un cigarro. Faltaba sólo un minuto para que su emisor funcionase por la vez número mil trescientos nueve. Estiró las piernas, bostezó y se acordó fugazmente de que no probaba ningún bocado desde el mediodía.

Las 8:29. Colocó el dedo sobre la tecla de control del radio.

Treinta segundos... veinte... diez...

Las 8:30.

Fue convirtiendo en señales de baja frecuencia los bloques de cifras:

4756... 9786... 2534...

Cinco minutos después había terminado. Esperó un instante más. Apagó el transmisor y lo guardó en un maletín de cuero que descansaba sobre la mesa. Recogió el paquete de cigarrillos, la fosforera, retiró el cierre especial de imanes con el que había asegurado doblemente la puerta y abandonó la sala.

Había pagado por adelantado, como siempre. Durante cinco años, había hecho todos los envíos a Walter desde cualesquiera de los numerosos moteles

y hoteles de Miami Beach y ya tenía una práctica extraordinaria en aquel manejo.

Su Ford Torino estaba al final del parqueo de gravilla del motel. Puso en marcha el motor y salió lentamente hacia la carretera. Vivía en un edificio de la avenida 27 y la calle 8, en el South West.

Media hora más tarde detenía el auto en un storage de la calle 12, a dos cuadras de su casa.

Aquello no tenía ningún interés. Eso lo supo Stuart Duke en cuanto le hubo echado un vistazo al documento que le había entregado Harry Tertz.

Fue un momento embarazoso, porque no era cuestión de herir el orgullo profesional del viejo. Se pasó los dedos por los ralos cabellos mientras leía con aparente atención la última cuartilla del informe. El único ruido en la amplia oficina era el zumbido del aparato de aire acondicionado.

Por fin levantó la vista para encontrarse con el rostro de Harry, aquel rostro estigmatizado por una larga y gruesa cicatriz en forma de media luna; un costurón rojizo que, partiendo de la frente, se abría hacia la barbilla; horrible recuerdo de un accidente de tránsito que había clausurado de un portazo su juventud. En los ojos cansados del viejo, en su obstinada cara judía, asomaba una expresión de incertidumbre.

—Bien —dijo Duke—. Muy bien.

—¿De veras? —preguntó ansiosamente Harry.

—Seguro —murmuró Duke cerrando la carpeta—. Muy útil.

Duke destapó su estilográfica y escribió en un bloc un nombre y una dirección: *Ronald Hayward. 1345, Nicholas Avenue, West Side, Manhattan.* Luego arrancó la hoja y se la extendió a Harry por encima del buró de aluminio y cristal.

—¿Has trabajado alguna vez para Hayward?

—Un par de ellas —dijo Harry mirando el papelito—. Hace años.

—Ve a verlo. Tal vez tenga algo para ti.

—Gracias, Duke. Muchas gracias.

Agradecido como un perro, Harry movió varias veces su pequeña cabeza y se puso de pie. Sabía, al menos, que el tiempo era oro para gente como Stuart Duke.

—No hay por qué —dijo Duke sin mirarlo—. Si aparece alguna otra cosa te llamo.

—Gracias, Duke —volvió a decir el viejo.

—Bien —dijo Duke con una sonrisa triste—. No te demoro. Ya sabes dónde cobrar, veterano.

—¿Detz Building en Lexington Avenue, cuarto piso? —dijo Harry con una expresión que quería ser de divertida inteligencia, pero que era una fea mueca.

—Ese y no otro es el sitio —dijo Duke—. Yo avisaré hoy mismo para que te preparen el cheque. Lo de siempre en estos casos: cuatro de a cincuenta.

—Cuatro —repitió Harry, y le devolvió la sonrisa.

Sin darle las espaldas a Duke, retrocedió lentamente hacia la puerta. Desde allí le hizo un nuevo saludo, pero ya Duke había fijado la vista en un punto impreciso entre el techo y sus preocupaciones y no lo vio. Sin hacer ruido, Harry salió de la oficina.

Cuando estuvo solo, Duke suspiró con tristeza: la decadencia de un hombre era un espectáculo poco edificante.

Harry Tertz había sido un gran tipo veinte, quince años atrás. Duke conocía bien su hoja de servicios porque ambos habían trabajado, a finales de la década del cuarenta, para el Comité de Actividades Antinorteamericanas: él como investigador, a cuenta del equipo de McCarthy, y Harry como testigo de cargo. A los que no habían vivido los turbulentos años de la guerra fría, podría haberles parecido extraño eso de que alguien “trabajara” como testigo; pero aquella época fue así de endiabladamente paradójica. En 1950 Harry comenzó a colaborar con la entonces recién creada CIA; un año después, Duke ingresaba en el cuartel general de la Agencia, que estaba en aquellos tiempos en Nueva York. Pero Harry no había sido nunca, técnicamente hablando, uno de los 16.500 hombres que figuraban en las nóminas de la CIA; había pertenecido, de modo invariable, a esa inefable tropilla de informantes que la Agencia utilizaba para escarbar, aquí y allá, en la vida privada de los indeseables. Le había tocado en suerte un destino oscuro: formar parte del grupo humano más discriminado del mundo; el de los soplones. Pero a Duke siempre le había parecido que el alma gris y apocada

de Harry se avenía mejor con aquel trabajo; tal vez el carnet azul de la Agencia le habría pesado mucho en el bolsillo.

A medida que Duke ascendía dentro del aparato de la CIA, Harry había permanecido atado a la misma ingrata y machacona tarea. En el Cuartel General de New York, Duke fue destinado inicialmente a la división Domestic Operations del Servicio Clandestino. Más tarde, y dentro de la misma división, pasó a trabajar en el equipo que se ocupaba del problema negro (en 1957, cuando lo de Little Rock y todo aquello). En 1961, después del asunto de Bahía de Cochinos, había sido transferido al departamento que controlaba las actividades de los grupos anticastristas de Nueva York. Pero no importaba dónde estuviese, invariablemente Duke le había tendido una mano a Harry, aun cuando ese tipo de “personal auxiliar” comenzó a caer en desuso con el ocaso de la guerra fría. Pero Harry era un veterano y, además, uno de los sobrevivientes de la generación de Duke.

Encendió un tabaco con la vieja fosforera de oro macizo que lo acompañaba desde hacía más de Veinte años. Exhaló el humo y su mirada recorrió la impecable oficina que le habían asignado un año atrás, en aquel palomar, a casi medio kilómetro de altura sobre la avenida George Washington en Manhattan. Parecía más bien un quirófano, con sus paredes blancas y sus muebles de níquel-cromo y su olor a desinfectante y su abrumador silencio. No era, en absoluto, como aquellas oscuras y mal ventiladas oficinas de la Agencia de antaño, tan cómodas, con unos pocos burós de sólida caoba para encaramar los pies y los magníficos ruidos del Hudson colándose a través de las ventanas.

Sí: la Agencia había cambiado y él, Duke, se estaba volviendo viejo y sentimental. Como también se había vuelto viejo (y tal vez sentimental) el pobre Harry Tertz, el león de otros tiempos, a quien la vida le había limado los dientes y las uñas. Pensó con tristeza que ya que daban pocos testigos de la bella y bárbara época en que Dulles era el patrón de la CIA y Hoover el jerarca absoluto del Federal Bureau; entre esos pocos había un judío llamado Harry y un idiota de sesenta y cinco años llamado Stuart Duke, del que prescindirían tarde o temprano. Las nuevas generaciones que habían llegado con McCone (con su proliferación de cámaras videocassettes) los estaban

desplazando; los viejos zorros de Dulles y de “Wild Bill” Donovan pasaban a retiro ante el empuje de los nuevos hippies del espionaje político.

Sí: la vida había sido dura con Harry. Pero la vida era dura y cruel en general. Duke pensó que su segundo, Mike Normand, había tenido razón cuando le dijo en una oportunidad, hablando de Harry: “El terminó; sólo usted le sigue dando trabajo y me pregunto por qué”. Claro, Normand era ambicioso, iconoclasta e implacable como todos los jóvenes; además, tenía una idea excesivamente “transistorizada” sobre aquel tipo de faena. Había arribado a los predios de la CIA en el preciso minuto en que los informantes comenzaban a ser piezas de museo, tiranosaurios de una remotísima edad pretecnológica. Para Normand y los de su generación, las computadoras, las microfilmadoras, los sueros de la verdad, la subfascinación y los *sniffer* para detectar el calor humano habían sustituido al soplón. Pero los veteranos de la generación de Dulles (Hayward, Kaplan, el propio Duke) opinaban que el espionaje de laboratorio tenía aún sus limitaciones y seguían contratando — cierto que muy de tarde en tarde— a esos ya casi inexistentes soldados de fortuna, como el pobre Harry.

Sin embargo, en lo que se refería al Harry Tertz de ahora... bueno, Normand había ganado la partida: el viejo, en efecto, era ya tan solo un viejo inútil.

La breve disquisición filosófica en torno al sentido de la vida, la decadencia de los hombres y la inexorable hosquedad del destino sumieron a Stuart Duke, durante algunos minutos, en una pasajera depresión. La combatió con un generoso trago de la botella de whisky Jim Beam que guardaba en una de las gavetas de su escritorio.

Volvió a hojear el informe de Harry. No: realmente no servía para nada. Le había pedido datos “frescos” sobre las actividades de Roberto San Gil, el jefe del grupo anticastristas “Comando 16 de abril”, y el viejo se había tomado casi dos semanas para averiguar lo que Duke había podido saber pidiendo el *dossier* San Gil a la gente del PGP (Perfil Global de Personalidad) en el *búnker* de Langley. De hecho, Duke tenía ese *dossier* sobre el buró; en la tapa podía leerse: CONFIDENCIAL y, más abajo: “SAN GIL, Robert. CUB-9562-3879 CODEX 0100011010100001”. La última cifra correspondía, naturalmente, al código de computación; la penúltima al área

de la personalidad en cuestión; es decir; que Robert(o) San Gil había llegado procedente de CUB(A) a los EE.UU., el 9 de mayo de 1962, que radicaba en New York (cifra 79), que estaba empadronado por la sucursal de la Agencia en Miami (cifra 38). La palabra CONFIDENCIAL indicaba el nivel de importancia del documento y, en consecuencia, del personaje. Existían otras categorías; hacia abajo, la clasificación FOR OFFICIAL USE ONLY; hacia arriba, las clasificaciones SECRET y TOP SECRET. Por ejemplo, los *dossiers* del jefe de la Séptima Flota, del Secretario General de la ONU y de los líderes negros norteamericanos —en fin, las celebridades nacionales y mundiales— se clasificaban como TOP SECRET... Pero Harry había traído muchos menos datos de los que Duke conocía ya a través de la actualizada carpeta verde del PGP: la dirección de San Gil, sus amistades, los sitios que frecuentaba, el estándar de sus finanzas, sus movimientos dentro del territorio de los Estados Unidos, sus actividades políticas... Y lo que Duke (o más bien Kaplan) necesitaba era algún indicio que le pudiese ayudar a descubrir si San Gil había tenido algo que ver con el ataque al poblado de Boca de Pájaro en un punto de Cuba. Alguien (¿San Gil, quien había anunciado a la prensa hacía dos meses que preparaba “algo grande para despertar de su modorra al gobierno americano”?) había decidido actuar por cuenta propia. EL ataque, pues, había tomado por sorpresa, incluso, a la propia CIA.

El asunto era feo. Hasta la noche del viernes 17 de septiembre de 1968, la Agencia había dirigido —o había tenido noticias anticipadas— de todas y cada una de las acciones que los grupos de acción habían llevado a cabo contra el gobierno de Castro desde los Estados Unidos. La CIA manipulaba sin dificultades a la colonia cubana; controlaba a los líderes políticos de la Cuba de ayer, a los decanos de los colegios profesionales, a los representantes de los municipios en el exilio, a todos los escritores de publicaciones y emisoras radiales, a los cabecillas de las grandes agrupaciones (como la “Asociación de Bahía de Cochinos”) y de los minúsculos grupos y subgrupos en los que se había atomizado una parte de la emigración. Pero también la Agencia había entrenado, asesorado, equipado y dirigido a los comandos terroristas. Ni una sola acción había sido planeada y ejecutada sin la participación directa o indirecta de la CIA. Y he aquí que el 17 de septiembre, los cañonazos en Boca de Pájaro ofrecían la primera

evidencia de que alguien había decidido actuar por cuenta propia. Y esto estaba mal, muy mal. Un *free lancer* al margen de la Agencia era inconcebible, porque sería como reconocer que ésta (el gobierno de Estados Unidos, en suma) había perdido el control sobre los hombres a los que enseñó a matar. Por eso, en cuanto entró por el télex del quinto piso del Sheraton Building el cable de la UPI, fue como si los obuses hubiesen caído, no en la lejana Boca de Pájaro, sino en la oficina de J. J. El joven tecnócrata montó en cólera porque él era, desde 1966, el encargado de los asuntos considerados *black cross* en el *affaire* Cuba. Todo lo marcado con una cruz negra (atentados, sabotajes, infiltraciones, secuestros), todo el *dirty work* lo dirigía J. J. como Directore of Operations.

Pero los obuses habían caído. Y J. J. telefoneó inmediatamente a Kaplam (el jefe de Duke, pero subordinado de J. J.) y éste tuvo que aguantarle la refriega y prometerle que averiguaría quién y cómo y todo lo demás antes de cuatro semanas. Kaplan, a su vez, escupió para abajo: le encargó el asunto a Duke. J. J., por su parte, sonrió embarazosamente hacia arriba: le informó a Ralph Aaron —miembro importante del US Intelligence Community y el hombre del Presidente ante la Agencia— que todo se averiguaría en cuatro semanas.

Al principio, a Duke le pareció tiempo suficiente para investigar lo que había que investigar. Los cubanos eran habladores y se atribuían con facilidad, incluso, acciones en las que no habían participado. Con mayor razón, debía haber alguien jactándose en algún bar de New York de haber puesto a volar medio pueblo en una costa de Cuba. Quizá ese bar estuviese en Miami: por eso J. J. había telefoneado también a Miami y allá sus subordinados floridanos tratarían de averiguar lo suyo. Y lo más probable era, en efecto, que ese bar y ese jactancioso estuviesen en Miami, porque la base natural para una acción de este tipo eran los embarcaderos de yates de la Florida.

Pero teniendo en cuenta que Miami estaba muy controlado por la Compañía, y que la tónica general la marcaba allí la organización de ese tal José Torres (que estaba a sueldo de la Compañía desde 1954, cuando fue nombrado embajador de Cuba en Washington, dato que sabían sólo unos pocos de Langley y en Sheraton Building), no era improbable que la cosa

hubiese partido de algún grupito resentido de New York (¿el de San Gil?) y que hubiesen utilizado como base de operaciones a Haití o incluso Nicaragua.

Pero Duke había cometido el error de encargarle el asunto, sin darle demasiada importancia, a Harry. Y ahora habían pasado ya dos semanas de las cuatro que le había dado Kaplan y todavía no tenía nada sólido en la mano.

Eran las 10:20 de la noche. Le dio una ansiosa chupada a su tabaco, perdonó filosóficamente la pobre alma pecadora del pobre e inútil pobre alma pecadora del pobre e inútil Harry Tertz, y se preguntó no menos filosóficamente: “¿Y bien, Stuart Duke, viejo tonto: y ahora qué?” Y él mismo se respondió, con disgusto: “Ahora sólo te queda un recurso: Mickey Normand”.

El bombillito verde del intercomunicador se encendió.

—¿Si? —dijo el teniente Rodolfo Sarduy.

—Ven a mi oficina. Necesito verte —le contestaron a través del aparato.

—Bien.

Se llevó la pipa a los labios y descubrió que se había apagado de nuevo.

Le resultaba absolutamente imposible adaptarse a aquel incómodo instrumento que, por demás, le había valido ya un buen número de bromas entre los compañeros de la Sección Tercera. Pero el cardiólogo le tenía prohibido los cigarros después del infarto que lo había alejado del trabajo, durante cinco meses, y sólo le había permitido, a modo de consuelo, el dudoso placer de quemar después de almuerzo y comida algunas briznas de picadura en aquel artefacto engorroso. “Tú puedes seguir fumando dos cajas diarias —le había dicho el doctor. Núñez, su viejo amigo—, pero dentro de un año tal vez dejaré de ser tu médico para ser, por un par de horas, tu forense. Y créeme, mi hermano, no es nada agradable acostarse desnudo en una de esas frías mesas de mármol del necrocomio.”

Desistió de encender de nuevo la pipa. La sacudió contra el borde del cenicero y se la guardó en el bolsillo del jacket verdeolivo. Se puso de pie, dio un rodeo a su escritorio y en tres pasos estuvo ante la puerta. Su oficina podía caber holgadamente en la gaveta de un archivo; pero a él le gustaba aquel pequeño cubículo y había defendido tenazmente su derecho a

permanecer allí. El propio capitán Riquenes le había sugerido en más de una ocasión que se mudara para alguno de los locales que quedaban disponibles en la segunda planta “porque, verás, Rodolfo, esto no es exactamente una oficina pequeña, sino una caja de zapatos grande y, además, hay dos locales vacíos en el segundo piso...” Pero mientras las sugerencias de Riquenes no fuesen órdenes él había decidido quedarse allí.

Salió al pasillo y se encaminó a los ascensores. Eran las 10:30 de la noche, acababa de comer y sentía de nuevo aquellos inextinguibles deseos de fumar que la pipa no había logrado aplacar.

Apretó el botón de llamada y un minuto después la puerta del ascensor se abrió. La ascensorista le regaló una sonrisa a modo de saludo.

—Quinto, por favor —dijo él, creyendo devolverle la sonrisa; pero fue un rictus triste el que contrajo sus labios.

—¿Se siente mal, teniente? —le dijo ella, mientras la puerta metálica se cerraba.

—¿Tengo un aspecto tan terrible? —preguntó Sarduy un poco sorprendido.

—No —dijo la muchacha—. Más bien parece cansado.

Cuando el ascensor se detuvo en el quinto piso y la puerta se abrió silenciosamente, él le preguntó mientras salía al pasillo:

—¿Usted fuma?

—Bueno —comenzó a decir ella, confundida por la extraña e inesperada pregunta—, no, realmente...

—Felicítese —fue la enigmática respuesta de Sarduy.

El capitán Riquenes recorría su oficina desde hacía veinte minutos. Iba de la ventana a la puerta, de la puerta al escritorio, y de éste otra vez a la ventana, como si estuviera decidiendo entre asomarse a la calle L, sentarse en su silla giratoria o salir al pasillo. Pero no estaba pensando siquiera en que aún no había comido. En su cerebro permanecía fija una fecha: 17 de septiembre.

El teniente Rodolfo Sarduy tuvo que tocar fuerte dos veces para que el capitán saliese de sí y lo oyera. No dijo “adelante”, sino que él mismo abrió la puerta.

Al ver a Sarduy de su rostro se esfumó en parte la sombra de contrariedad que lo oscurecía.

—Pasa —le dijo.

Ahora fue Sarduy quien estuvo a punto de preguntarle al capitán —¡vaya cara!— si se sentía mal. Pero lo conocía lo suficiente como para saber que se trataba de otra cosa.

Sin decir una palabra, Riquenes le indicó una de las dos butacas de vinil que se alineaba ante su escritorio; luego se fue a sentarse en su silla giratoria. El teniente, acomodado en la butaca, cruzó las manos sobre las piernas y esperó en silencio a que el capitán iniciase la conversación.

Los ojos de Riquenes se cerraron un momento y el teniente Rodolfo Sarduy creyó ver fugazmente, una sombra de ¿dolor?, ¿preocupación?, ¿cansancio?, que cruzaba por su semblante. Los abrió de nuevo. Eran unos ojos oscuros, vivos, febriles, que se empequeñecían cuando el capitán conversaba de algún asunto que requiriera el máximo de concentración.

Riquenes sacó de una de las gavetas de su buró un legajo con tapas, de regular volumen, y se lo pasó al teniente.

—Esto es lo de Boca de Pájaro —dijo.

—¿Completo?

—Sí —murmuró el capitán—. ¿Qué tiempo inferior a las diez horas necesitas para estudiártelo?

—Nueve horas —fue la rápida respuesta de Sarduy.

Riquenes esbozó una sonrisa.

El teniente bajó la vista; se tomó un par de minutos para hojear el legajo. Eran un poco más de cuarenta cuartillas, tamaño legal, a un espacio, y unas 50 fotos.

—¿Algo que memorizar? —quiso saber.

—No. Sólo estúdiatelo. En conjunto.

—Bueno —dijo Sarduy cerrando la carpeta—, Creo que con tres horas tengo suficiente.

—Puedes tomarte las nueve que dijiste al principio —respondió Riquenes—. Digamos hasta mañana a las seis. A esa hora te espero aquí en mi oficina.

—Bien —dijo el teniente.

Riquenes se puso de pie y Sarduy lo imitó.

—No te robo tiempo. Empieza a leerlo ahora.

—¿Puedo tomar notas? —preguntó el teniente.

—Puedes, sí, pero no te harán falta.

—Bien —volvió a decir el teniente, dejando escapar un suspiro—. Me voy.

Se volvió y echó a caminar hacia la puerta.

—Oye —le dijo Riquenes.

Sarduy se volvió.

—¿Sí, capitán?

Riquenes se señaló el lado izquierdo del pecho.

—¿Cómo anda?

El teniente no comprendió enseguida. Pero unos segundos después sonrió.

—¿La bomba?

Riquenes dijo que sí con la cabeza.

—Anda. No se preocupe.

—¿Todo bien entonces?

—Todo bien —dijo el teniente—. Excepto esto.

Como si estuviera sacándose un alacrán vivo del bolsillo, extrajo con la punta de los dedos su odiada pipa.

Riquenes se quedó sin entender.

—Me quitaron el cigarro. Estoy ahora a dos pipas diarias, como los indios siux en tiempos de paz.

Riquenes sonrió. Fue a decirle algo, pero Sarduy lo atajó:

—Si va a hacerme el chiste de Sherlock Holmes ahórreselo, ya toda la sección me lo ha hecho.

MIÉRCOLES

A las 3:00 de la mañana el teniente Rodolfo Sarduy le había pasado la vista varias veces al legajo. Ahora estaba sentado en su pequeña oficina, ante el escritorio, mordisqueando la pipa y procesando lo que acababa de leer.

Volvió sobre la última cuartilla, que contenía transcripciones del cifrado que Contrainteligencia le había enviado a Bruno la semana anterior y del cifrado que La Habana había recibido de Bruno unas horas antes.

DE WALTER A BRUNO:

NECESITAMOS INFORMES SOBRE ATAQUE PUEBLO BOCA DE PÁJARO ORIENTE. IGUALMENTE SOBRE EVENTUALES ACCIONES SIMILARES PUDIERAN REALIZARSE OTROS PUNTOS COSTEROS DE ISLA. PRECISAMOS SEÑAS ORGANIZACIÓN QUE LLEVÓ A CABO ACCIÓN COMANDO Y DATOS SOBRE EJECUTORES MATERIALES. EVITAR RIESGOS INNECESARIOS.

A WAL de BRO. 900 kc. Centro a la escucha a partir 23:00 h:
“Salgo miércoles 7 New York vía Los Ángeles punto Ninguno de los grupos de acción de Miami responsable ataque punto CIA aseguró a Torres no estar vinculada al ataque punto Sospecho grupos New York punto Próxima transmisión sábado 10 sobre longitud de onda programada punto Saludos...”

Cerró el legajo y miró su reloj: las 3:05.

No era muy cómodo, pero si más práctico dormir en la oficina. Ajustó el despertador de su Poljot pulsera para las 5:30, apagó la lamparita que iluminaba suavemente el buró, se reclinó en su silla giratoria y cerró los ojos.

Luces, voces confusas, unas ganas inmensas de fumar.

Cinco minutos después estaba dormido.

Raspó con la uña la superficie del cristal del buró y un susurro áspero rompió el silencio de su oficina.

No. No llamaría a Kaplan. Después de todo, Kaplan también era un viejo idiota. Jugaría más arriba; llamaría a J. J. en cuanto hubiese urdido bien la madeja. Porque no era cuestión de esperar, con los brazos cruzados, a que aquel estúpido incapaz de Stuart Duke se retirase para ascender él un peldaño. Por eso le apasionaba el ajedrez: era un juego cruel, en el que se sacrificaban piezas para adquirir una buena posición. El era joven, inteligente y su alma no se había podrido de sentimentalismo como el alma de Duke. Y aquellos apestosos tabacos que fumaba, y aquella foto de Dulles que guardaba en una gaveta de su buró, y sus trajes antiguos y mal cortados y su estilo Scotland Yard siglo XIX y su caspa y su...

Se sobresaltó cuando la chicharra del intercomunicador comenzó a sonar.

—¿Señor? —dijo oprimiendo el botón de ON.

—Venga a mi oficina, Normand. Lo espero.

Era él.

—Sí, señor —dijo.

Sí, señor. No, señor. Pero, después de todo, él, Mickey Normand, graduado en Harvard, de 35 años y buen aspecto era el tipo de hombre que la CIA necesitaba. Los fósiles del dullismo habían quedado atrás. El mundo era otro y otras también las armas de la nueva inteligencia. La Infantería de Marina lo había endurecido, pero más aún lo había endurecido su trabajo en el centro secreto de pruebas de armas químicas, biológicas y psicológicas en Dugway, Utah. Allí, como adjunto de la CIA, había visto de frente el rostro de la guerra moderna, una guerra para la cual hombres como Duke (e incluso Kaplan) no estaban preparados: aerosoles capaces de producir alucinaciones y la muerte, ultrasonidos enloquecedores, microbios a los que una mutación genética convertía en asesinos. La guerra invisible, total. Y un estúpido tarado como Duke se empeñaba, en las puertas de aquel maravilloso mundo, en espiar como lo hacían los Pinkerton.

Pero aquel estúpido tarado era su jefe, y lo llamaba.

De mala gana se puso de pie. De su rostro pálido y afilado desaparecieron la envidia y el odio y una máscara impenetrable ocultó sus sentimientos. Incluso sonrió.

Ya estaba listo para encontrarse con el viejo Stuart Duke.

El piloto del Douglas DC-8 de la National Airlines pidió instrucciones a la torre de control a través del radioteléfono de alta frecuencia. El técnico de la torre, que vigilaba en la pantalla del radar el descenso del aparato, lo autorizó a utilizar la pista número 2 y le indicó el techo: 60 metros y 800 de visibilidad. El DC-8 salió del macizo de nubes y comenzó a bajar hacia el área de aproximación. El piloto redujo la velocidad y preparó los *flaps* de aterrizaje. Cincuenta metros... cuarenta metros... treinta metros. Apagó los motores, levantó un poco la proa del aparato y las gigantescas gomas tocaron por fin el pavimento.

Eran las 10:30 a.m. Ricardo Villa (alto delgado y de rostro muy poco latino) guardó en su maletín el ejemplar de *Time* que había atenuado la monotonía del viaje, se libró del cinturón de seguridad y, cuando el lumínico de FASTEN SEAT BELT NO SMOKING se apagó, se puso de pie y se

incorporó al río de pasajeros que avanzaban lentamente por el pasillo alfombrado rumbo a la puerta de salida.

En Los Ángeles hacía mal tiempo. La molesta llovizna había obligado al personal del aeropuerto a arrimar junto a la escalera móvil un pequeño autocar lleno de paraguas. Un empleado negro, con un impermeable color naranja, le iba entregando un paraguas a cada pasajero. Ricardo tomó el suyo, lo abrió y echó a andar por la pista en dirección al edificio central para esperar su equipaje.

En media hora tuvo su maletín de cuero en la mano y salió a buscar un taxi. Ahora no tenía el paraguas, que había devuelto en el edificio. Bajo la llovizna, cruzó el parqueo del aeropuerto hasta que vio un *yellow cab*.

—Columbia Hotel.

—Si —respondió el chófer.

El auto enfiló hacia la ciudad de las colinas.

Siempre que venía a Los Ángeles, Ricardo se alojaba en el Columbia o en el Keen's. Ambos eran modestos, pero confortables y céntricos. En esta oportunidad, pasaría allí sólo cuarenta y ocho horas: su único objetivo era visitar a León Ortiz, un jerarca del gobierno de Batista que vivía en Bakersfield, en las afueras de la ciudad. Ortiz —gran amigo de José Torres y hombre de muchos contactos con la emigración cubana en las ciudades de la costa del Atlántico— le abriría las puertas de New York. No le había avisado de su llegada; pero le diría, una vez más, que Torres lo había enviado.

El auto se detuvo ante el Columbia Hotel, en la calle 66. Ricardo pagó lo que marcaba el taxímetro, le dio un dólar de propina al chófer y descendió.

El empleado de la carpeta le extendió el formulario de registro y Ricardo lo llenó rápidamente. Le dieron la habitación 806, en el octavo piso, ala este. Subió en el ascensor a dejar su equipaje y luego bajó al bar. Eran las 11:05 y no sentía hambre.

El pequeño bar estaba casi vacío. Ricardo se sentó en una mesa, pidió un Manhattan y luego se dirigió hacia el teléfono público.

—*Bakersfield 586-6529, please.*

—Con gusto, señor —le respondió la operadora.

El timbre sonó largo rato. Ya Ricardo iba a colgar cuando del otro lado de la línea levantaron el auricular.

—¿Sí? —dijo una voz de mujer.

—Mr. Leo Ortiz, por favor.

—¿De parte? —preguntó la voz.

—Jaime Torres —mintió Ricardo.

—Un minuto, por favor.

Casi en seguida Ricardo oyó la voz de León Ortiz.

—¡Jaime!

—No, León. Soy yo, Ricardo Villa.

—¿Dónde estás?

—Hotel Columbia, a una pedrada de Bakersfield. Necesito verlo con urgencia hoy mismo.

—Bien —dijo León—, ¿Algún problema?

—Un favor especial para Torres. Me dijo que lo viera.

—Bien —volvió a decir León—, ¿Almorzaste ya?

—Aún no. Acabo de llegar.

—Almorzaremos juntos. Te espero a la una. Tú conoces el camino.

—Hasta la vista —dijo Ricardo.

Colgó y regresó a su mesa. Ya estaba allí el Manhattan. Bebió algunos sorbos y encendió un cigarro. Era curioso: León Ortiz hablaba en inglés más fluidamente que en español. Se había marchado de Cuba el dos o el tres de enero de 1959, pero había sido, durante casi todo el batistato, una pieza clave para Batista. A través de él se habían comprado armas cuando arreciaba la lucha en la Sierra, después de la ofensiva de mayo de 1958. Pero esas armas habían llegado tarde; en noviembre. Dos meses después, la dictadura de Batista ya no existía. León era norteamericano y no cubano. Un verdadero norteamericano, después de todo.

Ricardo pidió otro Manhattan y miró su reloj; las 11:30. A las 12:30 saldría hacia Bakersfield.

Sobre la superficie húmeda de la mesita de madera barnizada escribió con el dedo un número 5. Se sintió triste y deprimido por algunos largos, interminables segundos.

Cinco años sin volver a Cuba. Quizá a él también se le estaba olvidando un poco el español. No el español en conserva que se maltrataba en Miami, aquel español que, en sus giros y modismos, se había quedado detenido a

medio camino entre el inglés y el caló de Pila y Colón. Sino su español. Ese que, ahora mismo, en aquel mismo instante, estarían hablando en Cuba sus viejos camaradas, Yolanda...

No paró de llover en toda la tarde. El almuerzo en la casa del gordo y fofo León Ortiz se prolongó un poco por la presencia de un sujeto llamado Arnaldo Rodiles, gusano que había emigrado a París después de haber publicado en Cuba una novela de relativo éxito. París, por lo que se veía, no le había sentado bien económicamente y ahora estaba en Hollywood, escribiendo espantosos guiones para la Metro con un seudónimo que parecía sacado de una novelita de Spillane. Era el epitome de la pedantería, y andaba enamorando a la hija de Ortiz (una rubia que se había sentado a la mesa con un pulóver sin ajustadores, como para mostrar que tenía los pezones muy grandes). Rodiles era una curiosa mezcla de hippy y general porfirista; tez trigueña, enormes mostachos, melena grasienta y un pañuelo de colorines atado el cuello.

Se pasó toda la comida tratando de demostrar que los grandes escritores (él entre ellos, naturalmente) amaban a los gatos, mientras que los políticos se inclinaban hacia los perros.

—Por ejemplo, Hemingway, que si no era un gran escritor al menos pasa por serlo entre los ignorantes, tenía debilidad por los gatos. Y también Tolstoi, Chejov, Katherine Mansfield. Y Faulkner. ¿Han visto ustedes la foto de Faulkner con un gato en los brazos? Sin embargo los políticos prefieren a los perros: Hitler, Napoleón, Roosevelt.

Como es natural, hablaba sólo para Ricardo, porque Ortiz ignoraba quiénes eran la mayoría de aquellas celebridades y la rubia de tetas de vaca sólo se ocupaba de lanzarle miraditas fascinadas a su galán.

A las 4:00 de la tarde Ortiz y Ricardo entraron en una especie de biblioteca que estaba situada en la segunda planta.

Rodiles y la rubia se habían ido a otra parte de la casa, a seguir hablando de perro y/o gato o, tal vez, a retozar como perros y/o gatos en alguna de las hamacas que había en el jardín.

Ortiz sirvió dos copas de un excelente Martell y se sentaron en unos mullidos butacones, frente al enorme escritorio de caoba en el que el gordo se

atrincheraba tan sólo para hojear alguna que otra revista ilustrada y para contabilizar sus ingresos (tenía dos *porno-shops* que tenía en la parte baja de Los Ángeles.

—¿No se ha casado todavía? —preguntó Ortiz, para romper el fuego.

—Aún no. Aunque estoy en edad de eso hace bastante rato —respondió Ricardo con una fingida sonrisa.

—Decídase, hombre —le dijo Ortiz de buen humor.

—Lo pensaré —dijo Ricardo.

Guardaron silencio durante un rato. Del piso de arriba comenzó a bajar el sonido gangoso de una descarga de música beat. Probablemente Rodiles y la tetona estaban bailando.

—Y bien —dijo Ortiz poniéndose serio de repente—. *What about business?*

Ricardo se bebió el resto de su cognac, puso la panzuda copa sobre el brazo del sillón y dijo:

—Torres quiere información sobre el asunto de Boca de Pájaro en Cuba. ¿Oyó usted hablar de eso?

—Lo leí en el *Miami Herald*, sí. Pero ¿no es ése un negocio de Torres?

—No. Alguien ha jugado sucio. La CIA le garantizó a Torres que no estaba mezclada en la acción. Usted coincidirá conmigo en que una acción así, hecha sin consentimiento y la aprobación de Torres, merma el prestigio del “Plan”.

—Comprendo —dijo Ortiz.

—Verá —dijo Ricardo—. Estamos convencidos de que no se gestó en Miami. Lo hubiésemos sabido. Además, como usted sabe, salvo “Delta 99”, todas las demás organizaciones se han agrupado bajo el mando único de Torres. Y tenemos la certeza de que no fue la gente de “Delta 99” quien cañoneó el pueblecito.

—¿Cómo están tan seguros? —preguntó Ortiz.

—Lo estamos —dijo secamente Ricardo.

Ortiz encendió un cigarro. Ricardo sacó su paquete de Marlboro y el gordo le acercó la llama de su encendedor de gas.

—Usted sabe que yo estoy por la estrella cincuenta y dos —dijo el gordo dejando escapar el humo por la nariz—, A mí personalmente, no me interesa

en absoluto el “Plan” de Torres. Pienso que es descabellado. Soy de los que cree que la solución definitiva del problema cubano está en la anexión. Esa idea es hoy, desde el punto de vista técnico, la más funcional.

Hizo un gesto con las manos, como si tratara de quitarse de la cara sebosa una telaraña:

—No derramamiento de sangre, seguridad... Castro tiene el mejor ejército de América Latina y ningún grupo de exiliados podrá derrotarlo. ¿Me comprende? Claro, es un simple punto de vista.

—Así lo entiendo. Pero no estamos de acuerdo en eso —replicó Ricardo a quien le pasó por la mente la divertida idea de que, al contrario, en ese punto él y Ortiz sí estaban de acuerdo.

—Lo sé —dijo suspirando Ortiz, y movió su gorda y pesada humanidad en el asiento—. Pero bueno: aun así, Torres es mi amigo y a pesar del pobre estado de mis finanzas... ¿qué se me pide, concretamente?

Esto último lo dijo de un modo evasivo. Era evidente que esperaba un sablazo; pero Ortiz era el tipo de hombre que no quería ponerse a mal con una estrella en ascenso como Torres.

—Que me introduzca entre los grupos newyorkinos, míster Ortiz. Usted tiene buenos contactos allá.

Un suspiro de alivio y una sonrisa fueron la respuesta.

—¿Sólo eso?

—Sí. Sólo eso.

—*Very well* —dijo Ortiz—, ¿En qué grupos?

—Los grupos de acción, fundamentalmente. El de Mingolo Arteaga, el de San Gil...

—Conozco bien a Mingolo. Y a San Gil.

—¿Puedo verlos de parte suya?

Ortiz no respondió en seguida. Sopesaba su respuesta. Sabía que Arteaga y San Gil le pedían la cabeza a Torres.

—Creo que sí —dijo débilmente.

—¿Cree o está seguro?

—Bueno —dijo molesto—. Estoy seguro. Le daré teléfonos, direcciones. Pero, como es natural, usted no...

—No sabrán que trabajo para Torres, si es lo que le preocupa.

—Sí, me preocupa eso —reconoció Ortiz.

Se puso de pie lenta y trabajosamente y le sirvió otros dos dedos de cognac a Ricardo.

—¿Cuándo sale para New York?

—Mañana a las siete de la mañana.

—Entonces ahora mismo le escribo las direcciones y los teléfonos de Mingolo y San Gil. También los de Tatica Romano, si le interesa.

—No, éstos no los necesito —dijo Ricardo, y se bebió lentamente aquel magnifico Martell, cosecha 1940.

—Dice un viejo proverbio que para conocer a un hombre se necesita tanto tiempo como para ingerir 20 kilos de sal —murmuró Stuart Duke mirando con fijeza a Mickey Normand—. Personalmente, no creo eso: hay hombres que pueden llegarse a conocer muy bien en pocos meses. Yo no creo haberme equivocado con usted, Mickey: usted es joven y ambicioso, pero fiel.

—Gracias, señor —respondió Normand con una helada sonrisa.

—A usted —siguió diciendo Duke— puedo hablarle con franqueza, puesto que le tengo confianza.

Normand hizo un gesto de asentimiento con la bien peinada cabeza. Duke se ladeó en la silla giratoria y extendió la mano derecha hacia una caja de tabacos que descansaba sobre su buró. Sacó uno, lo olió amorosamente y luego lo encendió dándole vueltas entre los dedos. Un barato tabaco de Virginia, pensó Normand; ni siquiera un habano.

—El asunto es éste —atacó el viejo, exhalando el humo azulado mientras hablaba—: Kaplan me encargó que averiguase si un Roberto San Gil, de New York, había tenido algo que ver con el ataque de hace dos semanas a ese pueblecito de Cuba, Boca de Pájaro. ¿Conoce el asunto?

Normand se inclinó hacia adelante y se ajustó las gafas con el dedo índice.

—Vagamente, señor.

—¿Qué sabe? —preguntó Duke.

—Que la Agencia no tiene nada que ver con él...

—Exacto —dijo—. Exacto.

Le dio una larga chupada a su tabaco. Normand observó con desagrado que el viejo mojaba excesivamente la punta; pero ese malestar no se transparentó en su rostro.

—Bien: el problema es éste —dijo el viejo—: Por primera vez nos dejaron fuera a nosotros, y no viceversa. Y eso, como es de suponer, no debe repetirse. Nosotros tenemos que manejar los asuntos relacionados con Cuba: forman parte, por así decirlo, de la política exterior del gobierno. Creo que usted lo comprende así.

—Perfectamente, señor —respondió Normand.

Duke hizo una larga pausa antes de abordar el espinoso meollo del asunto. Trató de leerle la mirada a Normand, pero las luces de neón del techo, reflejándose en sus espejuelos de montura metálica, le daban a sus ojos el aspecto de monedas de plata. ¿Hasta qué punto, realmente, podía confiar en él?

—Cometí un pequeño error de cálculo —empezó a decir lentamente—. Puse el trabajo en manos de... bueno...

Duke pareció turbarse, pero Normand hizo como si no lo hubiese notado.

—Bueno, de Harry Tertz —dijo al cabo, como si le hubiese costado trabajo sacarse las palabras de la boca—. En fin, reconozco que usted me advirtió que el pobre Harry estaba acabado...

Normand guardó silencio. Por dentro, reventaba de satisfacción.

—He perdido dos semanas con Harry —dijo molesto Duke—. Kaplan me dio cuatro y ahora sólo quedan dos. Sé que es difícil pero... Si pongo el asunto en sus manos ¿habrá alguien de su equipo que pueda obtener esa información? Quiero decir: ¿alguien capaz de averiguar si, realmente, la gente de San Gil tiene algo que ver con lo de Boca-Pájaro? Sólo averiguar, Normand. De tirarle de las orejas, en caso afirmativo, se encargarán otros...

—Creo que sí, señor.

A Duke le sorprendió la rapidez con que había contestado su ayudante...

—¿Realmente? —murmuró.

—Realmente, señor.

JUEVES

A la mañana siguiente, Mike Normand se reunió en el vestíbulo del hotel Phoenix, en Queens, con dos de sus mejores hombres: Philip Pawelczak y Charlie Melton. En media hora los puso en antecedentes de lo que quería y, especialmente, de cómo lo quería. Les entregó la dirección de San Gil y les puntualizó que a las 11:00 p.m. los esperaba allí mismo, en el Phoenix.

—Lleven grabadora —les dijo Normand, que saboreaba ya el triunfo sobre el viejo Duke—, y suero.

Pawelczak y Melton recogieron en la oficina de Normand una pioneer modelo CT5151 de cintas, y seis ampulas de suero LS-140. Almorzaron, se metieron en un cine a ver un filme de Bruce Lee y a las 5:30 de la tarde rodaban un Mercedes color limón hacia el número 19357 de Park Avenue.

Resultó ser un edificio de hormigón y cristal, de veinte plantas y amplias ventanas. Dieron la vuelta a la manzana y dejaron el auto a dos cuadras. Regresaron a pie. Melton llevaba la grabadora.

No había nadie en el hall. Tomaron el ascensor. Piso 6.

Philip Pawelczak tocó el timbre del apartamento de San Gil.

El capitán Riquenes y el teniente Sarduy miraban desde la ventana el tráfico de la calle L. Hacía más de quince minutos que no hablaban, después de haber discutido sin interrupción durante casi tres horas, sentados frente al mapa de Cuba (escala uno por cincuenta mil) que estaba desplegado sobre el buró de Riquenes. Eran casi las 5:00 de la tarde.

Reanudando el hilo de la conversación —y como si no hubiesen estado tanto rato en silencio—, el capitán dijo:

—Si Torres no tiene nada que ver con lo de Boca de Pájaro, ¿por qué la Agencia lo ha marginado?

Sarduy no contestó en seguida. Se quitó despaciosamente la pipa de los labios.

—Según Bruno, Torres recibió garantías de que la Agencia no estaba vinculada al ataque a Boca de Pájaro. Y los contactos de Torres con la CIA son muy estrechos. Pero en fin, tal vez la Agencia no quiera jugarse con él todas las cartas y esté trabajando por trasmano con otro grupo.

—¿Y por qué? Podían haber utilizado a Torres para eso. Yo no creo que la CIA esté al margen del asunto, naturalmente. ¿Por qué no utilizaron a

Torres? Ese es el tipo de acción que él y su grupo están anunciando desde hace ya más de un año.

Sarduy dirigió la mirada al cielo raso y meditó algunos segundos su respuesta.

—No, capitán. Torres anuncia acciones en grande. Todo ese cuento de la fuerza libertadora que dice estar organizando... Esta es una acción en pequeña escala, del tipo de las que hada hasta hace cinco años “Delta 99”. Claro, la CIA sabe que Torres es un charlatán: Me parece que lo utilizan para mantener cohesionado y en efervescencia el exilio. Sólo los gusanos de Miami creen en sus cohetes y en su ejército de sombras.

Riquenes lo miró.

—Con más razón, Rodolfo. Un golpe como el de Boca de Pájaro remoja el deteriorado “Plan Torres”. Si el objetivo de la CIA es mantener unido y en actividad el exilio, ¿qué otro modo mejor que apuntalando la imagen pública de Torres mediante una acción como la de Boca de Pájaro?

—Tal vez lo de Boca de Pájaro no haría sino demeritar a Torres, capitán. Piense usted por un momento en esto: Torres ha recaudado en año y medio... ¿cuánto decía *Réplica*?

—Dos millones...

—Dos millones. No puede aparecerse ahora, después de estar pregonando durante casi dos años una invasión y recogiendo dinero para organizarla, con el ametrallamiento nocturno de un pueblecito de pescadores indefensos. Lo que a él le interesa es amenazar con sus cohetes, anunciar la inminente invasión... y seguir recaudando dinero.

Riquenes volvió a fijar la vista en la calle L, diez pisos más abajo. Hombres, mujeres, niños que iban y venían al estudio, del trabajo: la vida de todos los días: gentes que, a decir verdad, no pensaban en aquellos instantes en el peligro, sino en llegar temprano a alguna parte, en ser felices...

—Bien —concedió—. Admitamos entonces que Torres no tiene nada que ver en el asunto. ¿Por qué la CIA le niega haber organizado el ataque?

Riquenes encendió un cigarro. Los ojos del teniente Sarduy se iban envidiosos tras el humo azul que ascendía hacia el techo. Se dio unos golpecitos en la mano con su pipa y miró a otra parte.

—Partamos de hechos concretos, capitán. Torres no tiene nada que ver, la CIA dice que ella tampoco; pero nosotros suponemos que la CIA sí tiene que ver. Luego entonces la CIA le está jugando sucio a Torres. ¿Con qué objetivo? Tal vez reforzar a un nuevo grupo, que sustituirá al de Torres cuando éste se haya eclipsado.

—Pero ninguna otra organización se ha atribuido el ataque. Los periódicos no dicen nada. Ni siquiera Torres ha hecho declaraciones.

—Torres seguramente tiene pánico a reconocer en público que hay otro grupo, apoyado por la CIA, que le hace la competencia, capitán. Es probable que haya preferido dejar el exilio en la duda en torno a si lo de Boca de Pájaro fue cosa de su grupo o no. En cuanto a la CIA, es bastante posible que quiera mantener en la manga su segunda carta. Por eso quizá le ha prohibido al otro grupo hacer declaraciones por ahora.

—Parece lógico.

—Sin embargo, capitán, hay que considerar otras eventualidades.

—¿Cuáles por ejemplo?

—Que hayan detectado a Bruno y que lo estén *intoxicando* con falsa información. Pueden haberlo hecho creer que Miami no tiene nada que ver en el asunto para desinformarnos. O quizá Bruno está... cómo decirle; bueno: muerto o preso, y es un “músico” de la Agencia quien trasmite.

—Tendrían que haber descubierto la clave. Bruno no se las daría.

—Estoy seguro de eso. Pero los servicios de descriptología de la Agencia pueden haber roto el código.

—Bruno no se las daría —repitió Riquenes, como si no hubiese oído lo que le acababa de decir Sarduy.

Con los ojos del recuerdo, Riquenes vio con nitidez a aquel Bruno de 1957, con apenas diecinueve años y ya su jefe en una célula del 26 de julio.

Ese rostro un poco asombrado y juvenil se esfumó y en su lugar apareció el rostro tenso y sereno de aquel Bruno que, en 1964, él había despedido en una casa del DSE en Tarará; aquel Bruno que había roto con sus compañeros, con su pasado para irse marginando de la Revolución y finalmente marcharse a Miami a una misión larga y difícil. Aquel Bruno que sonreía al darle el último abrazo y que luego se fue, dejando atrás todo cuanto amaba. Después había tenido informes sobre él. La travesía en un bote, a su propia suerte, y

finalmente Miami. Sabía lo doloroso que le había sido sumergirse en el hervidero del exilio, ser uno más, en aquella masa confundida, llena de odio y contradicciones. Hablaba bien el inglés desde muchacho, pero no había estado nunca en los Estados Unidos. Esperando su primera adaptación, La Habana lo había mantenido “dormido” durante casi todo un año (el de su arribo a Miami 1964). Aprovechó los meses para comenzar a trabajar, matricular en un dojo de karate y establecer importantes contactos con una de las organizaciones contrarrevolucionarias más agresivas de entonces: el MNR. En 1965, llegó el enlace de La Habana. Le entregó la planta y le dio instrucciones. (El encuentro había durado apenas media hora, se verificó en un café de la calle 8: Ricardo nunca llegó a saber el nombre del camarada que le dio el maletín con el RT84A y que le deseó, con un apretón de manos, muy buena suerte.) A partir de ese momento, comenzaron sus transmisiones en aquel radio en cuyo manejo había sido entrenado en 1963. Fue autorizado por el Centro a seguir asistiendo puntualmente al dojo, hasta que alcanzó la cinta negra.

Durante cinco años, sin un error, aunque con muchos contratiempos y sorteando muchos peligros, Ricardo había tenido a La Habana al tanto de una buena parte de los planes que se fraguaban en el exilio.

Muchos peligros.

En febrero de 1966, la bomba que puso fin a la vida de Pedro Orosmán, el jefe del MNR, también hirió a Ricardo. La colocaron en el cuartel general del Movimiento en Sevilla Avenue, conectada al teléfono. Orosmán tuvo la infeliz idea de contestar él mismo aquella inesperada llamada... Ni siquiera se dio cuenta, probablemente, de lo que había ocurrido. Ricardo estuvo un mes en un hospital y luego se vio obligado a declarar en un juicio que hizo época en Miami. La bomba no sólo mató a Orosmán, sino que también desintegró la organización que él dirigía. Pero en noviembre de ese año, ya Ricardo había logrado integrarse a las filas de la recién creada “Falange Cubana”, liderada por Winston *Macho* Barroso. Y ya hacia principios de 1968, había conseguido que la facción de Barroso se uniera al movimiento que encabezaba Jaime Torres. A fines del sesenta y ocho, Macho Barroso apareció muerto en su apartamento de Hialeah, y Ricardo, sin esperarlo, se convirtió en el jefe de FC y en uno de los principales ayudantes del viejo

Torres. Luego supo que había sido Torres quien había mandado a liquidar a Barroso.

Este Jaime Torres había formado, en menos de un año, la más grande organización contrarrevolucionaria que conociera el exilio desde 1959. El llamado “Plan Torres” agrupó —con excepción de “Delta 99”— a todos los grupos anticastristas. Los gusanos de Miami creían en Torres y tenían cifradas en él sus últimas esperanzas. Torres (un ex senador de Prío, que aseguraba estar muy vinculado a la Casa Blanca, y al Pentágono) había prometido liberar a Cuba en 1970 y todos lo creían ciegamente. Sólo Ricardo (y Walter) sabían la verdad: Torres era un estafador, que estaba enriqueciéndose con la Casa Blanca y el Pentágono: sus fabulosos ejércitos existían sólo en su febril imaginación. Sin embargo, Ricardo había logrado “sembrarse” dentro del selecto grupo de colaboradores cercanos de mister Torres. Ahora, en 1969, su privilegiada posición le había permitido averiguar, en una semana, que el ataque Boca de Pájaro no había sido ni planeado ni ejecutado por la gente de Miami.

—Capitán.

—Te escucho —dijo Riquenes.

—Hay un detalle. Imaginemos que fue alguno de esos grupos de New York.

Sarduy echó a caminar hacia el buró. Alzó el mapa. Debajo había tres carpetas que decían “Comando 16 de abril”, “Patria y Justicia” y “Acción Cubana”. Tomó la de “Patria y Justicia”.

—Si fue alguno de estos grupos, ¿de dónde salió la lancha? De New York no, evidentemente —dijo sonriendo.

—Tal vez de Miami —dijo Riquenes.

—Miami tampoco. Lo sabría la gente de Torres y, por tanto, Bruno.

Guardaron silencio durante un rato. El teniente apretaba entre los dientes su pipa apagada; Riquenes había apoyado la frente en el cristal de la ventana.

—¿Y bien? —dijo Riquenes sin volverse para mirar a Rodolfo.

Rodolfo Sarduy le dio vueltas a su pipa entre los dedos.

—Creo, capitán, que no podemos hacer nada más hasta que no llegue el cifrado de Bruno —dijo. Riquenes cerró por un instante los fatigados ojos.

Los abrió.

—Eso creo yo —dijo por fin.

El vuelo regular de Pan American llegó al aeropuerto Kennedy a las 10:25 a.m. del jueves 8 de octubre. Media hora más tarde, Ricardo había abordado un taxi y a las 11:30 entraba en el vestíbulo del hotel “St.-Moritz-on-the-Park”. Había reservado habitación desde Los Ángeles. El carpetero le entregó la llave (cuarto piso, habitación 303).

Estaba cansado. Se dio una ducha tibia y pidió a la habitación una botella de Courvoisier Reserve y un filete.

Almorzó con apetito, echó una breve siesta y a la 1:00 p.m. bajó al lobby. Desde uno de los teléfonos del *drugstore* del hotel llamó a la casa de Roberto San Gil: TRAFALGAR 6-4678. Le contestó una mujer. San Gil no estaba. Ricardo preguntó si volvería antes de las 5:00 y la mujer no supo (o no quiso) decirle.

—Es León Ortiz —dijo Ricardo en español.

—¿Ortiz? —respondió la mujer, hablando también en español—. Un segundo por favor.

Ricardo sonrió. San Gil *estaba* en casa.

—Mi viejo —le dijo una voz ronca, del otro lado.

—No es Ortiz, San Gil. Soy Ramón Sierra. Usted no me conoce. Ortiz me ha mandado a New York expresamente a verlo.

Ricardo le explicó, en pocas palabras, que Ortiz necesitaba con urgencia un favor suyo. Nada de dinero; algo más insignificante. ¿Podía verlo en seguida? Sí: él, “Ramón”, tenía la dirección. San Gil lo citó para las cinco.

San Gil colgó el teléfono. Luego levantó el auricular nuevamente y marcó el CHELSA 2-5693.

—¿Helio? —le dijeron.

—¿Fico?

—No, Pedritin.

—Habla Roberto. ¿Tu hermano está por ahí?

—Si. Espérate.

Roberto San Gil comenzó a golpear el auricular con la uña del dedo índice.

—¿Qué hubo? —dijo al cabo de un rato una voz del otro lado de la línea.
—Ortiz quiere verme —dijo San Gil.
—¿Está en Nueva York?
—No. Me llamó un tal —San Gil hojeó el bloc que tenía sobre la mesita, junto al teléfono— ...Ramón Sierra. ¿Lo conoces?
—Nunca oí hablar de él —dijo Fico Tablada.
—Quiere verme de parte de Ortiz.
—¿Para qué?
—No sé. Me dijo que era un asunto urgente. ¿Qué crees?
—No se me ocurre nada —dijo por fin Tablada.
—Es raro que Ortiz pida un favor a través de otro.
—Sí —concedió Tablada—, es raro.
—Lo cité a las 5:00.
—¿Dónde?
—Aquí en casa.
Fico Tablada miró su reloj: la 1:20.
—Te llamo en cuanto el tipo se vaya —dijo San Gil—. No te muevas de ahí.

Faltaban cuatro horas para la cita con San Gil. Decidió ver algo de New York. Y la única manera de echarle un vistazo a la ciudad en tan corto espacio de tiempo era subiendo al observatorio del Empire State.

Tomó un taxi en la puerta del hotel y le indicó al chófer la dirección. No era la primera vez que venía a New York; pero siempre lo sobrecogían un poco las avasalladoras multitudes que desbordaban las aceras, los ríos humanos que se hundían incesantemente en las estaciones del Metro, el tráfico indescriptible de vehículos, el ruido ensordecedor de los cláxones.

A medida que el taxi avanzaba hacia Quinta Avenida y calle 34, parecía como si entrasen en el corazón del caos. (En alguna parte Ricardo había leído que frente a los ochenta mil metros cuadrados de la base del Empire State circulaban diariamente más de noventa mil automóviles y cerca de trescientas mil personas.)

El auto se abrió paso lentamente entre el océano de vehículos.

Por fin, el chófer logró alcanzar la acera derecha, frente a la entrada principal de la gigantesca aguja de ciento dos pisos.

Quince minutos después, Ricardo subía hacia las nubes en uno de los setenta y cuatro elevadores del edificio.

El día estaba despejado. Sin prisa se sumó —después de abonar cinco dólares— al grupo de visitantes que invadía el observatorio.

El guía comenzó a explicar algo acerca del Trade World Center —más alto que el Empire— que estaba en construcción, y luego habló con voz monótona y sin emoción de aquel B-25 que chocó una mañana brumosa contra el edificio y de la vez que una gigantesca bandada de aves migratorias se estrelló a la altura del piso 90.

Ricardo dejó de oírlo y se encaró con la ciudad. Desde allí, New York parecía humana. El dolor, la lucha por la vida de aquel hormiguero que se movía incesantemente en las arterias de Manhattan, las abismales diferencias de clase y de razas, desaparecían desde aquella altura. Sólo quedaba una gigantesca trama de estructura de hormigón y acero que iba tejiéndose a lo largo de toda la isla, sin interrupción, desde Hudson River hasta Harlem River, desde Brooklyn hasta Queens.

Pero Ricardo había visto —tocado— el magma vivo que palpitaba allá abajo; había estado entre aquellos hombres y mujeres. Había visto mucho. Había vivido. Había tomado el pulso de aquel país, enfermo de cólera, altivez y miedo.

Llegó al número 19357 de Park Avenue a las 4:40 p.m. aproximadamente. Despidió al taxi y esperó aún diez minutos. A las 4:50 subió al sexto piso.

Le abrió la puerta la mujer de San Gil (la misma persona que le había salido al teléfono, evidentemente). Un rostro vulgar, unos senos flojos bajo la bata de casa. Lo hizo pasar y un fuerte olor a margarina contrajo la nariz de Ricardo.

San Gil entró en la sala antes de que Ricardo se hubiera sentado. Era un hombre fornido, con aspecto de carnicero y voz de sargento político. Esto último era, en realidad, lo que había sido en Cuba: sargento político del senador Alipio Collazo. Leyó cuidadosamente la carta de presentación que Ortiz le había dado a Ramón Sierra (Ricardo).

La conversación no fue agradable. San Gil hablaba midiendo las palabras, cautelosamente. Era evidente que no confiaba del todo en aquel Sierra del que nunca había oído hablar. Cuando Ricardo abordó el tema (Ortiz quería saber si era cierto que el asunto de Boca de Pájaro lo había organizado la gente de Jaime Torres, en Miami), San Gil no mordió el anzuelo.

—¿Por qué supone León que yo pueda saber algo de eso...?

—No sólo me mandó a verlo a usted —se apresuró a decir Ricardo—; también a Mingolo Arteaga.

—Ya veo —dijo pensativo San Gil.

—Hay otro asunto —dijo Ricardo—. Usted verá: en Miami todo el mundo cree que el jaleo lo preparó la gente de Torres.

—¿Lo creen? —preguntó con curiosidad San Gil.

—Todo el mundo —dijo categóricamente Ricardo—. Ortiz no.

—¿Y qué piensa León? —preguntó San Gil.

—Bueno —dijo Ricardo, como si tratara de eludir una pregunta engorrosa—, el señor Ortiz piensa que... en fin.

—¿En fin qué? —preguntó San Gil.

—...el señor Ortiz piensa que la cosa vino de la gente de Arteaga.

—¿De ése? —dijo San Gil con regocijo—. Mire, amigo: la última galleta que dio Mingolo Arteaga fue en el año cincuenta y ocho.

—Entonces, ¿quién? —preguntó ingenuamente Ricardo—. ¿La gente de Torres...?

El rostro mantecoso de San Gil se iluminó:

—¿Usted conoce bien a Torres, míster Sierra?

—No muy bien, realmente —murmuró Ricardo.

—Yo sí —dijo San Gil—. Es un pendejo.

Ricardo pensó, divertido, que al menos en aquello San Gil tenía razón.

En ese instante tocaron a la puerta.

—Yo abro —le dijo San Gil a su mujer.

—¿El señor San Gil? —preguntó sonriente Philip Pawelczak.

—Es aquí, si —dijo San Gil mirando alternativamente a los dos hombres.

—¿Es usted? —preguntó Pawelczak.

—¿Y si fuera así? —dijo San Gil en su pésimo inglés.

Sin que la sonrisa desapareciera de sus finos labios, Pawelczak sacó del bolsillo del saco una Magnum, la amartilló y le apuntó en el entrecejo San Gil. Todo eso en un segundo.

—En ese caso, lo invitaríamos a charlar un rato...

Y agregó en español:

—...señor.

Duke hubiese dado cien dólares por sorprender en los ojos de Mickey Normand un relámpago de victoria cuando, el día anterior, le había transferido el caso de San Gil. Pero Normand había sabido ocultar bien su juego, de eso no cabía duda, y ahora el viejo Duke estaba de algún modo en sus manos. Se habían visto obligado a confiar en él; pero tenía, con respecto a Normand, el corazón cargado de reservas.

Eran más de las 8:00 de la noche. Estaba sentado en la sala de su casa en Cold Spring, al noreste de Manhattan. En la TV pasaban un serial estúpido de contraespionaje y los dos nietos de Duke daban brincos frente al aparato mientras el héroe de aquel bodrio se batía en un callejón de Harlem con cinco o seis negros vendidos al oro de Moscú.

Encendió su octavo tabaco del día; pero esta vez el humo le supo amargo.

No podría decirse que odiaba a Normand. Aunque estaba seguro de que Normand lo odiaba a él: o lo que era peor, lo despreciaba. No. El no odiaba a las víboras, o a las tarántulas. Son seres que no despiertan sentimientos; de ellos se huye, es todo. Pero he aquí que él, Duke, no podía huir de Normand. Al contrario, lo necesitaba.

Siempre tuvo la sospecha de que a Normand se lo habían puesto de segundo para vigilarlo. Aunque tal vez no exactamente eso. Había una mala opinión en la Agencia con respecto a los veteranos: se les tenía, en el mejor de los casos, como inofensivas piezas de museo. En apenas cinco años, la Agencia había sido tomada por la nueva generación. Y aquella nueva generación era, indiscutible mente, más flexible de espíritu; es decir, más cínica.

Pero ¿era Mickey un cínico? Tal vez algo peor.

Duke no pudo evitar un estremecimiento cuando recordó el rostro afilado de Mickey Normand.

Fue largo y difícil.

Ricardo estaba tendido sobre el piso de madera encerado, bocabajo, y le habían atado las manos a la espalda con una corbata de seda.

Primero, uno de aquellos tipos le había roto la nariz con el cañón de una Browning.

“¿Y éste quién es?”, había dicho el que entró en la sala con una Magnum, caminando detrás de San Gil, que estaba lívido.

“Acaba de llegar”, fue todo lo que se le ocurrió decir a San Gil.

El otro tipo le apuntó a Ricardo con la Browning. Y a la mujer de San Gil, que se había quedado blanca como la pared.

“¿Gente tuya?”, preguntó el de la Magnum, empujando a San Gil hacia un sillón.

“No lo conozco”, dijo San Gil.

“No lo conoces, ¿eh? —dijo el de la Magnum. Y luego, dirigiéndose al de la Browning—: Dice que no le conoce.”

“Échate en el piso”, dijo el de la Browning.

Ricardo fue a decir algo.

“Que te echés en el piso, hijo de puta”, y le golpeó la cara con la pistola.

Ricardo cayó de rodillas, pero no perdió el conocimiento. Un hilo de sangre comenzó a correrle por la nariz y las gotas mancharon el encerado.

“Traiga una soga o una corbata”, le dijo el de la Browning a la mujer de San Gil. Ella no se movió. Parecía clavada en el piso y sus ojos dilatados miraban alternativamente a San Gil y a los dos hombres, como si no entendiera.

“Haz lo que te dicen”, dijo San Gil.

Como un autómata, la mujer retrocedió hacia el cuarto.

“No se le vaya a ocurrir ninguna genialidad, miss.”

Un minuto después, la mujer reaparecía en la sala, con una corbata ancha, roja y blanca.

El de la Browning se la quitó y le dijo a Ricardo:

“Bocabajo, criatura.”

Ricardo obedeció. Le ardía horriblemente la cara y la cabeza le daba vueltas.

En pocos segundos, sintió que le ataban fuertemente las manos a la espalda.

“Para ti hay esto”, dijo el de la Browning dirigiéndose a San Gil; sacó unas esposas de imán, de las que usan los policías en el Bronx.

“Vuélvete”, le dijo el de la Magnum.

San Gil se volvió. Le esposaron las manos a la espalda.

“Y usted, miss —dijo el de la Browning—, venga conmigo.”

La mujer se resistió, pero el tipo la empujó hacia el cuarto.

“¿Qué le vi a hacer?”, jadeó San Gil.

“Tranquilo”, dijo el de la Magnum.

Allá adentro, el de la Browning encerró a la mujer en un closet. Luego tocó a la puerta y dijo:

“Sin ruido, ¿ok?”

La mujer no respondió.

“Bien —dijo el de la Browning—. ¿Empezamos?”

El de la Browning abrió con sumo cuidado el maletín que había colocado sobre el sofá. Sacó la grabadora y una cajita de metal con las ampolletas de LS-140. Como si estuviera disponiendo el instrumental para una operación, colocó la grabadora cerca del sillón donde el de la Magnum había obligado a sentar a San Gil. Luego comenzó a preparar una jeringuilla de plástico desechable.

“¿Qué me van a hacer?”, dijo San Gil.

“Está cegado de miedo”, comentó el de la Magnum.

“Oye”, le dijo el de la Browning, que ya había llenado de un líquido azulado la hipodérmica.

“¿Tiene que llegar aquí alguien más?”

San Gil no respondió.

“Bien —dijo el de la Browning—, dudo que me digas la verdad. De todos modos, si alguno mete una llave en esa puerta te vuelo la cabeza. ¿Claro?”

Inyectaron a San Gil. Tenía tanto miedo que se rindió dócilmente a la aguja. Su cuerpo de toro temblaba como si fuera gelatina.

“No me mate”, susurró.

Ninguno de los dos hombres se tomó el trabajo de contestar.

Ricardo se había vuelto ligeramente, para tratar de observar lo que ocurría. Vio que los dos hombres se sentaban frente a San Gil a fumar. Esperaban algo; era evidente. Lo más seguro era que aguardasen a que la inyección hiciese sus efectos.

“Este cabrón se droga”, dijo el de la Magnum.

“Seguro. A lo mejor no le hace nada. Está inmunizado tal vez.”

“Pero ésta es droga para elefantes”, dijo el otro.

¿Quiénes eran? La pregunta pasaba una y otra vez por el cerebro de Ricardo. No por el de San Gil; él sabía quiénes eran, porque él sabía que su grupo no había contado con la Agencia para el ataque de la semana anterior; tenían que ser de la CIA.

San Gil sintió como si tuviese una mosca encerrada dentro de la bóveda craneana. Un zumbido, una ligera cosquilla. Y luego comenzó a respirar con dificultad y a sudar.

Sus ojos comenzaron a ver las cosas, los muebles de la sala, de otro color, de otro tamaño y luego...

formas una saliva amarga en la lengua un vértigo creciente una espiral que subía a buscarlo desde el fondo de la masa pastosa y azul en la que comenzó a flotar y sintió que se iba cabeza abajo hacia sensaciones frías calientes húmedas y muy a lo lejos un rostro largo como visto en un espejo de feria un rostro que se encogía se alargaba como si fuese de goma y una voz también lejana que comenzaba a preguntarle y...

Fue largo y difícil, Ricardo reconoció enseguida los síntomas de la droga de la verdad; el rostro de San Gil palideció, comenzó a sudar; cerró los ojos y abatió la cabeza sobre el pecho.

Empezó el interrogatorio.

Pero había algo con lo que los dos tipos no habían contado: el idioma.

Bajo los efectos de la droga, San Gil comenzó a responder en español a las preguntas.

9:30 p.m.

Mickey Normand bebió un trago de *gin & tonic* y encendió un Tareyton con filtro. Estaba sentado en el bar del hotel Phoenix, que regenteaba la *Playboy*.

Las *bunnys* iban y venían entre las mesas, perfumadas y casi desnudas, con sus largas orejas de peluche y sus motitas blancas sobre las nalgas. A las once sabría si, en efecto, San Gil era *su* hombre. Si no era San Gil, entonces quedaban otras opciones; los dos nombres que estaban en la lista que le había dado Duke: Mingolo Arteaga y Tatica Romano, los jefes de “Acción Cuba” y “Patria y Justicia”.

Ojalá fuese San Gil; ganaría tiempo.

Y pensó, sonriendo fugazmente, en la agradable sorpresa que le tenía reservada para el gran final al viejo Duke.

—Creo que es todo —dijo el de la Browning.

San Gil se había quedado dormido; pero sobre el sofá había dos cintas de $\frac{3}{4}$ llenas de una larga e interesante historia.

Ricardo contrajo los músculos cuando oyó la voz de uno de los dos (¿el de la Browning?):

—¿Y qué con éste?

—Desátalo —dijo el otro (¿el de la Magnum?—. Me gusta esa corbata.

El cerebro de Ricardo había recogido, hasta la última palabra, la incoherente confesión de San Gil. Y ahora, como marcadas a fuego, siete letras martilleaban en los latidos de su sangre: *Estigma*.

El pésimo español de ¿el de la Browning? había sido suficiente para interrogar a San Gil. Pero ninguno de los dos hombres tenían una clara idea de lo que acababan de oír. Y acababan de oír (Ricardo también, con el corazón en un hilo) la estructura completa de la operación *Estigma*, cuyo primer paso se había dado en Boca de Pájaro y cuyo último paso se daría ese mismo domingo (cuatro días después) en el puerto de Cienfuegos.

—Ponte de pie —le dijo uno de los dos a Ricardo.

Lentamente, Ricardo se puso de pie. La sangre se le había secado sobre la nariz y tenía parte del labio hinchado.

El de la Browning le zafó el nudo a la corbata y las manos de Ricardo quedaron libres.

—No se estrujó. Es de seda —dijo—. Linda.

Ricardo se comenzó a frotar las manos. Los dos tipos le apuntaban.

—¿Por quién empezamos? —dijo el de la Browning, guardándose la corbata.

—Por la Bella Durmiente —dijo el de la Magnum.

Fue hasta la maleta, guardó la grabadora, la cinta y los restos de ampolleta; se echó la hipodérmica en el bolsillo. Luego sacó un tubo de metal negro, de unas diez pulgadas de largo y se lo enroscó con lentitud al cañón de su Magnum.

—Ya está —dijo sonriendo.

Entonces se volvió hacia San Gil.

Ricardo no oyó el estampido; pero vio cómo el cuerpo de San Gil salía brutalmente despedido hacia atrás, arrastrando la butaca. A dos metros cayó un grasiento pelele desarticulado, con media cabeza volada por la bala 44. En las paredes, las cortinas, la alfombra, quedaron pedazos de masa encefálica y coágulos de oscura sangre.

—El próximo —dijo el de la Magnum.

Ricardo lo miró a los ojos; pero aquellos ojos estaban vacíos; había tanta emoción en ellos como puede haberlos en los del empleado que maneja los carritos, en el túnel del amor de una feria.

¿Morir?

¿Así que —de aquel modo— en un apartamento del West Side de New York él iba a morir? La paradoja estaba en que iba a morir no como Ricardo Villa y por ser quien realmente era, sino en una sucia guerra de pandillas, como cómplice de Roberto San Gil. Y *Estigma* no llegaría ya nunca a Walter.

Ricardo Villa, sin bajar los ojos, esperó el disparo.

Y hubo un disparo.

10:25 p.m.

Normand pidió su tercero y último *gin & tonic* y la misma *bunny* rubia de las otras dos veces se lo trajo, en un vaso que tenía dibujada a otra conejita rubia (pero ésa sí totalmente desnuda).

Normand le prendió la mirada de sus ojos grises en los senos cuando ella se inclinó sobre la mesa para colocar el vaso.

—¿Te he visto en alguna parte? —preguntó sin sonreír.

—*Playboy*, número de marzo del 65, página central —dijo ella.

—Y con mucho menos ropa que ahora —agregó Normand.

—Oh, sí, señor: muchísima menos.

Le dio la espalda y se fue meneando las nalgas.

Murió de pie.

La bala le entró por la espalda y le partió el corazón.

Cayó pesadamente, sin un quejido.

El de la Browning se volvió e hizo fuego dos veces, como disparan los profesionales. La primera bala se incrustó en la pared; la segunda le abrió a la mujer de San Gil una flor de carne y sangre en el hombro.

Ricardo lo vio todo en cámara lenta, como en un filme.

La vio salir a ella del cuarto, escapada sabe dios cómo del closet donde la habían encerrado; la vio levantar con las dos manos una pistola 45 que debía ser de San Gil y la vio disparar y oyó el estampido y vio caer al tipo de la Magnum, atravesado por el plomo.

El de la Browning se volvió: dos disparos, y la mujer de San Gil cayó abatida sobre la alfombra.

Pero el de la Browning no tuvo tiempo de volverse otra vez hacia Ricardo; con un golpe de karate, seco y silencioso, éste lo derribó sin sentido.

Casi un minuto estuvo de pie, tratando de ordenar sus ideas. Por fin se agachó, abrió la maleta y tomó la cinta. Luego cogió la Magnum que aún empuñaba el muerto y se acercó al tipo de la Browning, que estaba sin conocimiento. Le palmeó con fuerza la cara.

Lentamente, el hombre abrió los ojos. A un centímetro de su nariz estaba el largo y oscuro silenciador. Sintió el olor quemante de la pólvora.

—¿Quién eres? —dijo Ricardo.

El hombre no contestó.

Ricardo martilleó el revólver.

—¿Quién cono eres, hijo de puta? —dijo apretando los dientes.

—CIA —jadeó el hombre, y luego tragó en seco.

—Mentira —dijo Ricardo.

—Lo juro.

—¿Qué hubo con San Gil? ¿Por qué todo esto? —preguntó Ricardo.

Los ojos dilatados del tipo miraban fijamente el cañón de la Magnum.

—No sé. Cumplí órdenes —susurró.

—Tú sí sabes —dijo Ricardo.

—Lo juro. No sé.

Ricardo bajó el revólver y le empujó el silenciador dentro de la boca.

—No sé —balbuceó el hombre.

Casi no se le entendía; debía sentir sobre la lengua el sabor picante de la pólvora.

—Dame una prueba de que eres CIA —dijo Ricardo variando la ruta.

—La droga —dijo el tipo, y tuvo una arcada, como si fuera a vomitar.

Ricardo le sacó de la boca el silenciador.

—¿Qué hay con la droga? LSD. Ácido lisérgico. A otro estúpido con ese cuento.

—No es LSD. Es LS-140. Sólo la Agencia la tiene.

Sin dejar de apuntarle a la cara, Ricardo sacó de la maleta, con una sola mano, la cajita metálica que aún tenía dos ampolletas. Extrajo una de ellas y le echó una fugaz ojeada; en efecto, LS-140. El no sabía mucho de toxicología. ¿Le estaría el tipo diciendo la verdad?

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ricardo.

—Milton Kauffman —mintió el hombre.

—¿Traes algún papel? ¿Carnet? ¿Cartera?

—Sólo un pañuelo y un poco de dinero. Es lo usual. Registre si quiere.

Ricardo pensó que, en efecto, el tipo no iba a andar con un carnet de la Agencia encima.

—Bien —dijo Ricardo incorporándose.

El hombre se puso de pie también. Temblaba. Se tapó el rostro con las dos manos.

—No seas cobarde —le dijo Ricardo—. No voy a matarte, a menos que cuando yo salga te asomes enseguida al pasillo. ¿Entendido?

Ricardo echó a caminar de espaldas, lentamente, en dirección a la puerta. El tipo de la Agencia seguía con el rostro cubierto por las manos.

Ricardo abrió la puerta y dijo:

—Si sales antes de cinco minutos despídete de la vida.

Cerró la puerta y dio unos pasos por el hall. Luego bajó corriendo los seis pisos.

Eran las 10:30 de la noche. El teniente Sarduy estaba en su despacho y acababa de apagar la luz para irse a la casa a tratar de vencer un poco la fatiga del día.

Cerró la puerta tras de sí y se dirigió al ascensor.

En cinco minutos estuvo en la calle. Su VW estaba a menos de una cuadra del edificio. Media hora después avanzaba a sesenta kilómetros por hora rumbo a Bauta, donde vivía.

“El tiempo vuela”, pensó.

Sí: el tiempo huye velozmente. Cinco años no son mucho tiempo ni poco: todo depende de eso que se llama la vida: cuánto uno ha hecho, de qué modo ha exprimido cada minuto, qué ganó y qué perdió. Desde ese punto de vista, cinco años debían ser casi una eternidad para Ricardo Villa.

¿Habría cambiado? La pregunta era superflua, porque él no conocía a Ricardo; sólo a Bruno, que para él, que había comenzado a trabajar con el capitán Riquenes cuando hacía ya un año que Bruno transmitía, sólo era unas cifras, una señal de baja frecuencia cada semana, un file repleto de valiosos informes sobre las actividades de la contrarrevolución en Miami. Eso era Bruno.

Pero detrás había un hombre, un rostro, un gigantesco sacrificio. Detrás estaban unos nervios dolorosamente tensados, una voz, el corazón de un camarada que exponía su vida. Detrás estaba Ricardo Villa, a quien nunca había visto.

Ni siquiera había visto fotos suyas. Ni sabía su historia anterior. El sistema natural y lógico de compartimentación con el que trabajaban no contemplaba que él, Sarduy, supiese nada del pasado de Ricardo Villa. ¿Se llamaba así en realidad? Tampoco estaba seguro. Para él era Bruno, sencillamente.

Pero aquel hombre allá, tan lejos —solo como el cosmonauta en el más absoluto vacío del silencioso espacio—, aquel combatiente anónimo y él estaban unidos por algo más que señales de baja frecuencia: los unía una misma fe en la victoria, un mismo amor a la tierra que los había visto nacer,

por una misma fidelidad a la sangre derramada para que esa tierra sea el lugar hermoso en el que correrán libres los hijos del comunismo.

Semana tras semana, había escuchado llegar la señal a través del éter. Eran como los latidos de su pulso, como saber que estaba vivo. Si esos latidos callaran, si Bruno entregaba alguna vez su vida, también él, Rodolfo Sarduy, moriría un poco.

La sangre los había hecho hermanos.

Los invencibles lazos de roja sangre.

Sin darse cuenta, había oprimido el acelerador y ahora su VW blanco corría velozmente por Quinta Avenida.

Desapareció de golpe la dulce sensación de poder que había experimentado en el bar del Phoenix. Ahora lo que atenazaba el corazón de Mickey Normand era una dura y helada sensación de cólera e impotencia. Ante él, en el lobby del hotel, estaba Charlie Melton, diciéndole que San Gil estaba muerto, en efecto; pero también la mujer de San Gil y sobre todo Pawelczak, todos lindamente distribuidos sobre la alfombra de un apartamento en Park Avenue; como una suerte de matanza de San Valentín de los viejos tiempos. Y le estaba diciendo también que un estúpido bastardo desconocido había sido testigo de la carnicería y que se había llevado la cinta con la confesión de San Gil.

Los labios delgados de Normand temblaban y sus manos blancas como el yeso estaban crispadas sobre los brazos del butacón.

La balanza se inclinaba, peligrosamente, en favor de Duke.

A pesar del feo recuerdo del cañón a la Magnum a la altura de sus ojos, Charles con siguió sonreír débilmente.

—Lo fotografié —murmuró.

—¿Cómo? —dijo lentamente Normand.

—Que los fotografié. La Micro-Nikon instalada en mi Rolex le tiró no menos de diez preciosas instantáneas.

Y Charlie se tapó la cara como había hecho en el apartamento, unos segundos antes de que Ricardo saliera con el revólver en una mano y la cinta en la otra. En efecto, Normand comprobó que la esfera del Rolex GMT de Charlie Melton apuntaba hacia su rostro.

Se puso de pie de un salto.

—Vamos —dijo.

Y salió caminando hacia la calle, seguido de Charlie.

Ricardo estuvo sólo media hora en el “St.-Moritz-on-the Park”, el tiempo suficiente como para recoger su maleta, devolver el auto, pagar la cuenta y salir disparado a buscar un taxi que lo llevase al aeropuerto Kennedy.

Llegó al aeropuerto a la una menos cuarto, pero no había vuelto para Miami hasta las 6:00 de la mañana. ¿Qué podía hacer? La cosa estaba fea y no era conveniente permanecer en New York ni un minuto más. ¿Y si alquilaba un auto en Hertz y se iba a Miami por carretera? No, demasiado tiempo perdido. Tampoco le parecía buena —no podía decir por qué— la opción de tomar un avión para cualquier otra ciudad y desde allí volar a Miami. Si los tipos que habían matado a San Gil eran, en efecto, de la CIA, ya estarían montándole la trampa para atraparlo. Quizá lo mejor era hacer lo que ellos creerían que no haría: quedarse cuatro horas en New York y volar a las 6:00 de la mañana hacia Miami.

Se decidió por esta última variante. Compró un pasaje para el vuelo de las seis y luego tomó un *yellow cab* en el parqueo del aeropuerto.

“Tengo cuatro horas”, pensó.

—¿Adónde? —le dijo el chófer.

—Lléveme a cualquier sitio donde se coma bien.

VIERNES

A las 2:30 de la madrugada las fotos tomadas por la Micro-Nikon de Charlie Melton ya habían sido reveladas en el laboratorio del segundo piso del edificio 1 de la Agencia (el Sheraton Building). A las 2:45 ya estaban listas las copias para el equipo de radio-fotos IBM del quinto piso. A las 2:55, en el *bunker* de Langley, se recibía la señal de Nueva York. A las 3:05 la memoria de imágenes del equipo Digitronics convertía en fotos las señales recibidas. A las 3:10, la computadora Benson-Lehner localizaba, a una velocidad inferior a 0,03 segundos \times 1000 el código 0101100011101010010, a partir de los

rasgos de la foto. A las 3:20 los analistas del centro de proceso del PGP (Perfil Global de Personalidad) habían localizado el *dossier* de Ricardo Villa Solana. A las 3:25 ese *dossier*, marcado como CONFIDENCIAL y con las cifras de área CUB-12364-3838, entraba en el equipo de radio-fotos IBM. A las 3 y 30 se recibían en el quinto piso del Sheraton veintiséis señales rápidas, que correspondían a las 26 páginas del *dossier*. A las 3:50 estaban revelados los negativos. A las 4:15, en una pequeña oficina destinada a esos usos en el tercer piso del edificio, Mickey Normand revisaba el expediente del hombre que se había llevado la cinta.

Ricardo Villa Solana. En el *dossier* que habían enviado desde Langley aparecía vinculado a actividades anticastristas en Miami y Key West, como propagandista de la facción más recalcitrante del MRC. Pero a partir de 1968 había pasado a ser uno de los más cercanos colaboradores del cabecilla Jaime Torres. Trabajaba como traductor para la casa editorial Diamand & Meyer de Miami, especializada en libros de autores españoles e hispanoamericanos; en las imprentas de Diamond & Meyer, además, se editaba para la Florida el periódico *Alerta*, de Gustavo Montes, un incondicional de Jaime Torres. Por lo demás, Villa Solana, treinta y dos años, un metro noventa, pelo castaño, ojos pardos...

Mickey Normand encendió un Tareyton y volvió a mirar las fotos de Ricardo: las que venían en el *dossier* (dos de carnet, tomadas en 1965) y las que le había hecho Charlie con su Micro-Nikon; allí aparecía mirando al lente (sin saberlo) con una Magnum con silenciador en la mano izquierda.

¿Qué hacía ese tal Villa Solana en la casa de Roberto San Gil? Charlie afirmaba que San Gil les había asegurado a él y a Pawelczak que no lo conocía. ¿Entonces?

Pero lo cierto era que se estaba largando con la cinta; había que encontrarlo. Miró su reloj: las 4:20. ¿Estaría aún en New York o habría volado ya a Miami?

Levantó el auricular y le pidió a la operadora de la centralita del Sheraton que lo pusiera con el aeropuerto Kennedy. Dos minutos después había logrado averiguar que no habría vuelos para Miami hasta las 6:00 de la mañana.

—¿A qué hora salió el último vuelo hacia Miami, miss? —le preguntó a la empleada de información.

—*Just a minute, please.*

Ella consultó los listados y medio minuto después respondió:

—*11:40, sir.*

—*Thanks.*

Colgó y llamó a Charlie Melton a su casa. Fue él quien respondió al teléfono.

—Es Normand.

La voz pastosa de Charlie se avivó.

—Lo escucho.

—¿A qué hora escapó ese tipo de allí?

Charlie Melton sólo tuvo diez segundos para despertar del todo, descubrir que “ese tipo” era aquel tipo que se había largado con la cinta y que “allí” era el apartamento de San Gil.

—Después de las 11:00, creo.

—¿Crees o estás seguro?

—Bueno, estoy seguro —dijo, dudando.

—Bien. Quédate junto al teléfono. Te llamo en diez minutos.

Normand colgó sin despedirse.

Había aún una posibilidad. Llamó de nuevo al aeropuerto y pidió otra vez que le pusiera con información de vuelos.

—Miss —dijo con la más dulce y amable de sus voces—, tendría la bondad de informarse si un señor Ricardo Villa Solana tomó el vuelo de las 11 y 40 para Miami, Florida. Sabe usted, soy agente de seguros y... oh, pero resulta una historia larga y aburrida. ¿Podría usted ayudarme a encontrar a mi cliente?

—*Just a minute, please.*

La muchacha retuvo el auricular entre el hombro y una de las mejillas y llamó a la casilla de la National Airlines por otro de los teléfonos que tenía delante. Dos minutos después le decía a Normand:

—¿Señor?

—¿Sí?

—No hay ningún Ricardo Solana, señor.

—Gracias, miss.

—*You're welcome, sir.*

Normand colgó. Tenía ahora varias cartas en su juego: una, que Ricardo Villa no hubiese abandonado aún New York y que lo hiciera en el vuelo de las seis; dos, que abandonara New York, dos, tres días después, tal vez la semana siguiente: tres, que hubiese tomado con otro nombre el vuelo de las 11:40 (aunque, bien vistas las cosas, ésa era la probabilidad más remota, porque desde Park Avenue hasta el aeropuerto había no menos de una hora de viaje y, según Charlie, Villa había salido después de las 11:00 del apartamento de San Gil); cuatro, que hubiese tomado un avión para otro sitio (Orlando, Jacksonville, en fin...) cinco, que se hubiese ido en ómnibus o en auto de New York...

En el primer caso, todo estaba resuelto. Bastaría esperarlo a las 6:00 en el aeropuerto e invitarlo cordialmente a dar un paseo. En el segundo caso, el asunto se complicaba, pues habría que buscarlo por todo New York y encontrarlo, lo cual no iba a ser fácil sin la autorización de Duke (o más arriba, de Kaplan) por la cantidad de hombres que habría que movilizar; siempre, naturalmente, quedaba la acción más pasiva: esperarlo en el aeropuerto. Pero ¿y si se marchaba por la Greyhound o en auto? En el tercero y cuarto casos, entonces habría que irlo a buscar a Miami.

Apagó con fuerza el cigarro contra el cenicero de aluminio que había sobre el buró.

Bien. De cualquier modo, no se perdería nada mandando a Charlie al aeropuerto y...

Se quedó con la vista fija en el cenicero. Sus ojos brillaron y sus labios se entreabrieron en una sonrisa. Había tenido una idea. Tal vez...

Volvió a llamar al aeropuerto, a información.

Fue la misma voz de mujer la que le dijo:

—*Information, good morning.*

—Es la persona que llamó interesándose por el vuelo de Miami de las 6:00 a.m. —hablaba atropelladamente a propósito—. Y mire usted, no encuentro a mi cliente Ricardo Villa Solana en... Creo que le expliqué algo acerca de unos seguros y unos bienes raíces... En fin, la molesto mucho pero

¿podría decirme...? Es decir: ¿resultaría muy difícil averiguar si mister Villa ha reservado pasajes para el vuelo de las 6 de Miami?

—Dígame el nombre otra vez, please.

—Ricardo Villa Solana. Ricardo, *like Richard, Villa, with double l, Solana, Es, ou, el, ei, en, ei.*

—*One moment, please.*

Normand contó impaciente los segundos. Aguantó el teléfono con el hombro y encendió otro cigarro. Le dio dos o tres chupadas ansiosas.

—*Sir?*

—*Yes?*

—*Correct, sir: mister Richard Villa Sowlana: Fligtt number 505 from Miami, at 6:00 o'clock.*

—¡Qué buena suerte! —dijo Normand.

—Me alegro de haberlo servido —dijo la muchacha.

La caza había comenzado.

...y su consecuente actitud...

Los años

*Pero antes de que se acabe
toda esta dicha, piérdela atacándola,
tómale la medida, por si rebasa tu
ademán: rebásala,
ve si cabe tendida en tu extensión.*

CÉSAR

Miami, Fla. Bien: Richmond Hts, al suroeste, Biscayne Bay al este, Opa-Locka al noroeste... ¿Qué más? Al centro, Flager, cortada por la Avenida 47. Flagler, la arteria vital de la parte baja de la ciudad; una calle ancha, recta, iluminada de noche por el fuego multicolor de los anuncios lumínicos. A la izquierda; FOAM RUBBER CENTER; a la derecha: BILLY TEMPLE MOTORCYCLE CO.; a la izquierda; LOANS \$30.00 TO \$600.00 (ON YOUR SIGNATURE ONLY); a la derecha: SHOLTZ INSURANCE AGENCY; a la izquierda: MASTERS OF MIAMI (FEATURING HIGH FIDELITY); a la derecha: PEACKS: STUDIES OF DAN CING (TAP MODERN BALLET ACROBATIC HAWAIIAN MODERN JAZZ SONS STYLING); a la izquierda... Bancos, agencias de seguros, funerarias, peleterías, cines, bares, casas de empeño, garajes, ferreterías, farmacias, restaurantes, estudios fotográficos, discotecas. Pero sobre todo, Flager es la calle de las grandes tiendas de Miami: Kress, Burdine's, Baker's Richar's Flagler. Los refugiados cubanos deambulan de día y de noche por esa calle limpia y arrogante. Los ojos se dilatan; los corazones palpitan más de prisa; las bocas se abren para dejar escapar asombrados ah, involuntarios oh; las narices se aplastan contra las vidrieras de Burdine's: ostentosas pieles, deslumbrantes vestidos (modelo exclusivo), bellos zapatos. Las lámparas, azules, verdes, amarillas que los decoradores han colocado hábilmente aquí y allá hacen resaltar aún más el brillo de los charoles, les arrancan irreales

destellos a las sedas... Ver las vidrieras de Flagler se ha convertido en uno de los pocos entretenimientos que tienen los cubanos exilados que no han conseguido empleo, que viven todavía de los sesenta dólares que les pasa mensualmente el Cuban Refugee Center-Employee, los cubanos que se hacinan en insalubres covachas junto al río o en la zona que alguien ha llamado —con evidente humor negro— El Paraíso. Con las manos sumergidas en los bolsillos vacíos, los hombres recorren Flagler lentamente acompañados por sus pálidas mujeres. Ver. Ver. Llenarse los ojos de tocadiscos, grabadoras, aparatos de cocina, refrigeradores, armas de fuego, equipos deportivos, lavaplatos, cosméticos, alfombras, flores artificiales, relojes, muebles, lanchas, cortinas, abrigos, juguetes, automóviles, detergentes, alimentos enlatados, bicicletas, carteras. Soñar con aquel mundo de objetos hechos para todas las comodidades, todos los gustos, todas las horas, todos los usos, todos los caprichos. Objetos de cuántos colores y formas y tamaños; objetos confeccionados en plástico, cristal, barro, aluminio, madera, oro, yeso, plata, acero, cromo, piel, platino, estaño, lana, bronce, latón, caucho. Objetos para ponerse, tenderse, sentarse, bañarse, dormirse, despertarse, alegrarse, emborracharse, cubrirse. Objetos para las manos, los brazos, los pies, el pelo, la cara, las orejas, los ojos, la espalda, el sexo, la boca. Objetos frágiles, resistentes, eternos, desechables, plegables, irrompibles, dúctiles. Objetos para oír, ver, gustar, sentir, oler. Objetos que no sólo se venden, sino que igualmente se alquilan, se rentan, se hipotecan, se dan a comisión, se subastan, se intercambian. Por detrás de los que miran (mientras los dedos tocan en el fondo de los bolsillos el escaso menudo, los dos o tres dólares arrugados) pasan los veloces y silenciosos automóviles de los que compran. Todas las marcas, todos los colores, todos los precios, todos los tamaños. Al timón siempre irá un floridano, cuya mirada burlona se posará apenas un segundo en esas espaldas que se encorvan frente a los escaparates abarrotados de productos de primera, segunda; tercera, cuarta, sexta necesidad.

Miami, Fla. Bien. La calle de los refugiados cubanos (la que han tomado casi a la fuerza, desplazando a los yanquis) es la 47. Allí se sienten más en su ambiente. Han florecido, en menos de dos años, deslavadas calcomanías de los comercios que existían en La Habana de 1958; el Siglo XX, la Primera de

Muralla, La Casa de los Tres Centavos, La Antigua Chiquita, La Gran Vía, J. Vallés, Los Reyes Magos, El Oso Blanco. Voces cubanas, risas cubanas, espesos bigotes cubanos, nalgas cubanas —enfundadas en pescadores color carne—, ademanes cubanos. En la calle 47 es posible ligar un punto, sacarse un terminal, darse el corte cuadrado, echarse un laguer, amarrar un bisne, meterse un café, ponerse en onda, organizar un güiro, romper un coco, hacer la media, picar un chester, meter un tackle, correr una bola, pegar un tarro, dar un sablazo. En las discotecas se escucha a Olga Guillot, Fernando Albuerne, Celia Cruz; en la radio se oyen los comentarios vitriólicos de Artalejo, los chistes sobados de Trespatines y Nananina; en los televisores asoma el rostro empolvado de Normand Díaz. Los bares se llenan de ruidosas descargas y del rodar de los dados de cubilete. A veces los ánimos se exaltan, las palabras se hacen más agrias, salen a relucir las madres y no falta una voz aflautada que pida «la galleta» y otra que diga, con tono conciliatorio, «aquí no ha pasado nada, caballeros». En la calle 47 el *hamburguer* ha sido desplazado por el pan con bisté, los *pop corn's* por los chicharrones de viento, la *Coke* por la malta con leche. Allí no se habla inglés, aunque se dice cofitera, dawtanear, hamanhuevo, fokear. No hay camisas con palmas y playas desiertas, como en los tiempos en que Miami era de los floridanos; asoman los zapatos de puntera, los sombreritos con pluma, las gorras tipo Lasserie, los pantalones de dril crudo, las guayaberas almidonadas, los colmillos de oro, los shorts media talla más pequeños (y los hombres vuelven la cabeza para gritar «¡avemaría qué cu...ba!»). El aire se llena de gritos, de ruidosas palmadas en la espalda, de chiflidos. Una masa heterogénea, en la que se confunden el traidor con el chulo, la antigua niña bien con la puta de Colón, el doctor sin reválida con el pepillo de treinta años, el batistiano con el auténtico, el cantante mediocre con el politicastro, el vago con el soldado de fortuna, el aventurero con el poquitacosa, el ignorante con el audaz, la antigua señora de Pérez con la querida de Rodríguez, el católico de dientes para afuera con el gángster. Una extraña fusión de fracasos y pasiones de esperanzas y odios; un quiste en tierra yanqui; un hervidero de organizaciones que se disputan las migajas que reparte el gobierno; un surgir y desaparecer de líderes que «ahora sí van a cambiar los destinos de»; una lucha a muerte entre los viejos camajanes de la Cuba de ayer y los nuevos camajanes de la «República en el

exilio», un quítate tú para ponerme yo en medio de dos cervezas y una partida de dominó en camiseta; un oscuro presentimiento de que la única y la última oportunidad se perdió en las arenas de Girón; una fe alimentada sólo con las ediciones semanales de *Patria* y los programas de «La Voz» que ya nadie oye; un hastío de vivir; un sordo rencor contra el país que los margina, que los aparta como si fuesen la encarnación tropical de la peste; y, además la terrible certeza de que aquella señora de tan buena familia vale menos que un negro, de que aquel reputado caballero sólo sirve para despachar gasolina en los garajes de Coral Gable. Una alteración de los viejos valores —porque Pérez Hernández era nadie en La Habana y ahora no saluda a Hernández Pérez que tenía una fábrica de chorizos en Santiago de las Vegas—; una extraña nostalgia de la sazón criolla. Y en el recuerdo, la imagen de una Cuba que añoran, pero que ya no existe. Van y vienen de una acera a la otra esos hombres y mujeres sin rostro, sin identidad. La falsa alegría de «oye vate pon una *bear* aquí para los amigos» esconde un miedo cerval a haber equivocado el camino, unos deseos insuperables de volver a conversar de balcón a balcón con los vecinos, de jugar pata en la bodega, de preguntar qué tiró Castillo, de apostar a las chapas en la esquina, de indagar qué se sabe del marido de la del 23, de rascabuchear a la mujer de los bajos, de estar en el tibiritábara, de coger la confronta y regalarle una pecuña al ciego que canta, de drenar la borrachera con sopa china en la Plaza del Vapor, de ser otra vez Pepe en La Habana, de echar un partido de billar en los garitos de Consulado, de limpiar el sable en Pila o en casa de Tía Nena, de tocar con limón al policía para que no nos clave la multa, de romperle el papo a la criadita que vino de Camajuaní, de tocarse con un pito en el Paradero de la Víbora, de untar al juez, de tener una botella en Gobernación, de quitarle dos onzas al pan, de imprimir billetes falsos, de pasar contrabandos por la aduana, de vestir el santo, de tomar Hatuey, de bailar en el Casino, de remar en el Miramar, de comprar en El Encanto, de jugar bingo en Tropicana, de leer el Caballero Audaz, de comprar billetes de la lotería, de ir al cine Capitolio a ver películas de relaxo, de buscarse un chino, de fletear en Galiano, de estafar a los guajiros, de robar gallinas, de tener igualas, de ir al Vedado Tennis a matarse con la más chiquita de los Tarafa.

Miami, Fla. Bien. Ajiaco de las costumbres de Llegaypón, Las Yaguas y Los Pocitos con las del Nuevo Vedado, Miramar y el Biltmore. Fusión de vanas esperanzas, malos sueños, desquites, componendas, estafas, manejos turbios, fanfarronerías, mentiras, bravura de café con leche, buenas tajadas, pésimos negocios y miedo. Y en el vórtice del huracán de papeles mojados por el odio, cada mes corren ríos de tintas para anunciar que apareció el hombre indicado, el nuevo líder, el verdadero adalid, el esperado cabecilla, el gallardo capitán, el incorruptible dirigente, el carismático caudillo. Y hay un movimiento espasmódico en la masa desconcertada del exilio, y por un instante (un mes, una semana, tal vez un día) renacen las esperanzas de regresar por la puerta grande. Pero las esperanzas se desvanecen, el hombre se esfuma y todo vuelve a ser como antes; la misma implacable lucha entre pandillas, el mismo intercambio de insultos en los libelos, la misma competencia entre facciones, grupos, comandos, brigadas, sectores, todo con un trasfondo turbio de disparos en la noche.

Bien: Miami, Florida, adonde llegué el 12 de marzo de 1964, después de navegar a la deriva casi una semana en una lanchita de 15 pies de eslora.

Tres días después de la huelga de abril de 1957 abandoné mi casa y dejé el trabajo. El viejo me dio cien pesos, y me conseguí un cuartico en un hospedaje de la calle Benjumeda. Así logré salvarme. Muchos de los compañeros de nuestra célula habían muerto; otros se habían aislado y unos pocos habían logrado llegar a la Sierra Maestra. En La Habana, quedábamos menos de cinco, en medio del estrecho cerco policial.

Lavastida fue quien lo arregló todo para que yo me pudiese alzar. Era mi única alternativa. Un martes me dijo que ese viernes saldríamos para Santiago de Cuba en el auto de su padre. Llevaríamos un pequeño cargamento de relojes suizos y muestras de tela. Supuestamente, íbamos a venderles los relojes y los géneros a los minoristas polacos de Santiago, de Holguín y Tunas. Esa noche llamé a Yolanda. Nos citamos en el parque de San Mariano, donde siempre.

Nos encontramos a las 8:00 de la noche.

6:00 p.m.

—¿Cómo?

Me incliné un poco hacia ella para oírla.

—Que si hace mucho tiempo que no vas allá —dijo, tratando de alzar la voz por encima del ruido ensordecedor.

—¿A Fomento? —casi grité—. Sí, mucho tiempo.

—Ah... vuelve... vez...

El viento y el ruido del motor se tragaron sus últimas palabras. Ella sonreía ahora, y yo asentí con la cabeza, sin saber realmente lo que me había querido decir.

Durante algunos minutos simulé buscar en el cielo la bandada de gaviotas que un rato antes daba vueltas en torno a la lanchita. Sin necesidad —pues el sol tocaba la línea del horizonte— hice con las manos una visera sobre mis ojos. El cielo estaba rojo y vacío.

La miré. Ella se había vuelto hacia el poniente.

5:10 p.m.

—Me alegro de haberte encontrado.

Deslizó una de sus manos delgadas sobre la arena: los dedos fueron dejando cinco surcos uniformes.

—También yo —dije—, mirando su mano, que se había detenido de pronto.

La levantó de un golpe y atrapó sobre su cabeza el sombrerito de lona azul, que el viento había estado a punto de arrebatarse. Comenzó a hacer un complicado ajuste para deslizar dentro de él algunos mechones rebeldes de cabello castaño, mientras yo la observaba —por primera vez después de tanto tiempo— detenidamente.

¿Cuántos? Cinco años. «No me olvides», así le llaman en Pinar del Río al arbusto que echa estas flores de color lila.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—Una flor de «no me olvides».

Estábamos sentados en el parqucito de San Mariano, a unas diez cuadras del Edison. Había llegado la noche. La flor morada dormía en las hojas de su libro Física III. Me la había enseñado —tal vez— para poder pronunciar su nombre: «no-me-ol-vi-des», «nomeolvides».

No había sido fácil. Las primeras veces que la acompañé hasta la casa declinó mis sucesivas y vehementes invitaciones al cine.

La había conocido en la bodeguita de chinos de Luis Estévez, a la que iba toda la tángana del Edison a tomar helados de frutas.

«¿Cómo te llamas?»

«Lucrecia Borgia», me dijo, mientras saboreaba un helado —creo que de tamarindo.

«Yo soy Popeye el Marino, encantado.»

La seguí un par de cuadras.

«¿Vives por aquí?»

«Sí, no muy lejos.»

—Aquella vez —le digo ahora— no me quisiste decir cómo te llamabas.

—Pero yo sí sabía cómo te llamabas tú.

—¿Lo sabías? ¿Y cómo?

—Así, así.

—¿Qué es eso de «así, así»?

Ella se rió.

—Me lo habían dicho mis espías, chico.

Los dos nos reímos.

Entonces, por fin, la beso. Un beso torpe, ahogado, húmedo, mientras el libro de Física rueda por sobre la hierba y mis manos buscan sus senos breves por encima de la blusa.

5:25 p.m.

Cuando terminó la complicada operación, el sombrerito había quedado firmemente encajado en su cabeza, y ya no caían sobre su frente los

remolinos de cabellos castaños. Se colocó con cuidado los espejuelos oscuros y me miró.

Sonrió.

—¿Estoy más vieja?

—Estás igual —murmuré.

—No exageremos.

Se quedó unos segundos observándome a través de los cristales ahumados; pero la sonrisa se fue borrando de sus labios hasta que volvieron a plegarse.

Miré de nuevo hacia el mar. Tomé un puñado de arena y dejé que se me fuera escapando de entre los dedos.

—¿Te has casado? —pregunté, mirando el montoncito de polvo dorado que se formaba bajo mi mano.

Se oyó el ruido apagado de la lanchita de turismo de Bacuranao, que se acercaba lentamente al muelle.

—Mejor cuéntame de ti —me dijo.

«Hay poco que contar —dijo ella—. Tengo dieciocho años, estudio en el Instituto, nací en Fomento. Las...»

Yo solté una carcajada.

«No es posible.»

«¿Qué?», preguntó ella.

«Yo también nací en Fomento. Vine muy pequeño para La Habana.»

Se echó a reír también. Botó el barquillo. Yo me apresuré a ofrecerle el pañuelo para que se secara los dedos.

«¿Puedo acompañarte hasta la casa?»

«Hasta la esquina.»

«¿Dónde vives?»

«Acosta y Juan Delgado.»

«Yo en Heredia y Libertad.»

«Es lejos.»

«No me importa. Yo te acompaño hasta tu casa», le dije.

7:00 p.m.

—¿Qué es eso? —le grité al viejo que manejaba la lancha.

Volvió hacia mí un rostro enrojecido por el resplandor del sol declinante.

—No se preocupe... soy un veterano...

La miré a ella y ambos sonreímos. Volví a dirigirme al viejo gritando:

—Oiga le preguntaba qué es eso que se ve allí.

—Ah, son corales —respondió el viejo sin volverse esta vez—; no se preocupe, no vamos a chocar.

Eran unas sombras de complicada estructura que sobresalían a flor de agua. Parecía el casco de un barco hundido.

—Son corales —dije, como si ella no hubiese oído al viejo.

Soplaba un viento fuerte, seco. Comenzó a amarrarse sobre el sombrero de lona un pañuelito de colorines. Con los brazos levantados, sus senos vibraron un instante bajo el pulóver. Terminó de ajustarse el pañuelo a la barbilla. Las puntas sueltas ondeaban al viento y le azotaban suavemente el rostro. Sus rasgos comenzaban a borrarse, a suavizarse bajo las sombras del anochecer. El sol había desaparecido por completo y ahora sólo nos iluminaba un débil resplandor que emergía del horizonte.

—¿Volvemos? —murmuré, inclinándome casi hasta su rostro.

Ella no me escuchó.

—Amigo, vamos a regresar ya —le grité al viejo—. La verdad, no vale la pena seguir; no se ve nada.

No sabía por qué había dicho aquello. Aparte del mar, del atardecer y de la costa lejana —en la que brillaban ya algunas luces— ¿qué debíamos ver?

La lanchita comenzó a girar fatigosamente, hasta que puso proa a la costa.

Ella seguía inmóvil, mirando hacia el mar. La fugaz visión de sus senos erguidos persistía en mi memoria.

—¿Te gusta el mar? —le dije al oído, sabiendo que decía algo tonto.

Volvió de golpe su rostro hacia mí. Nuestras bocas estuvieron muy cerca unos segundos.

«Sí», dijo y no la oí; sólo vi el movimiento imperceptible de sus labios, y hasta mí llegó, de pronto, su aliento dulce de otros tiempos.

«Me gusta el mar.»

—¿*Passport*? —me dice el funcionario de Inmigración.

Sonrío. Tengo una barba de cinco días, estoy quemado por el sol. ¿Nadie le explicó que hui de Cuba en un botecito de agua dulce, que casi me muero de sed en el Caribe, que me recogió un guardacostas de US Navy? ¿O es que debí haber escapado con mi pasaporte?

—*Sorry*—dice el hombre.

Un tipo como para anunciar cerveza; rostro rubicundo, cabellos blancos y fuerte como un toro. Me ha dicho que lo siente. ¿Qué es lo que siente? ¿Que yo haya llegado a los Estados Unidos o mi aventura en las aguas del Golfo, infestadas de tiburones?

Me mira con simpatía. Si no me equivoco, se ha disculpado por su estupidez.

¿Cómo puede un náufrago tener pasaporte?

Saca de una caja metálica una tarjetica blanca. Me explica que es la ficha de *Parolee*. Empieza a llenármela (con *capital letters*, según las instrucciones).

—*Family name?*

—Villa.

—*Given name?*

—Solana.

—*With one L?*

—*Yes, just one.*

—*United States Address?*

¿Dirección en los Estados Unidos? ¿Qué dirección puedo dar? Le digo que no tengo familia en USA.

—*Friends?*

¿Amigos? No, ninguno.

El funcionario no se inmuta. Son muchos los que llegan a Estados Unidos sin tener la menor idea de adónde van a ir a vivir. Al menos yo hablo bien el inglés y soy joven. Supongo que eso es lo que le ha pasado por la mente, porque me guiña un ojo.

—*All right, Mr. Villa. Have you money?*

¿Dinero? Sí, logré sacar de Cuba 300 dólares.

Media hora después, con mi tarjeta de *Parolee* en la mano, salgo de las oficinas de Inmigración. Debo presentarme al día siguiente en el Cuban

Refugee Center-Employee (me ha anotado la dirección) y solicitar mi credencial de *refugee*, que me dará derecho a sesenta dólares mensuales, una factura y... ¿Qué más? Nada más, creo.

Ahora lo importante es afeitarme, bañarme, comprar algo de ropa y buscar algún hotel barato. Echo a caminar por la calle 26 NW. Nadie me mira, a pesar de mi aspecto. Claro, la ropa no está rota: sólo un poco estrujada. Debe haber alguna barbería cercana.

Tres cuadras más adelante, Carl's Barber Shop. Entro. Hay tres sillones, pero sólo uno de ellos está ocupado.

—Por aquí, señor —dice en un inglés con una pizca de pimienta mexicana un barbero de bata inmaculadamente blanca, calvo y con espesos bigotes negros.

—Pelado y afeitado —digo en español, para probar.

Me mira con una expresión que parece de disgusto. Quizá algún cubano le ha quedado debiendo algo. Qué sé yo.

—¿Mexicano? —pregunto mientras me echa al cuello un paño blanco y almidonado.

—Yes, sir.

Me ha contestado en inglés, lo cual es un claro indicio de que no quiere hablar mucho conmigo. No me doy por vencido.

—Ando en busca de un hotel barato —digo, mientras él, con un golpe un poco brusco, reclina hacia atrás el sillón.

—Por aquí cerca no hay ninguno —responde, ahora en español.

Me ha empezado a enjabonar la barba: un olor delicioso, a espuma de chocolate (si cabe la expresión).

—No tiene que ser por aquí cerca. Da igual donde esté.

Durante un buen rato no hace más que frotarme el rostro con la jabonadura.

Cierro los ojos.

—Hay uno bastante bueno en la calle 47. El Silvia.

La voz que acabo de escuchar no es la del barbero mexicano. Es una voz cubana. Abro los ojos, vuelvo el rostro y veo al que ha hablado; es un viejo que está en el otro sillón y al que acaban de afeitar.

—Gracias —digo—. ¿Eso queda lejos de aquí?

—Un poco —responde el hombre.

Me hace una pequeña mueca:

—¿Acaba de llegar?

—Anoche.

—¿España o México?

—En lancha.

Deja escapar un silbido.

—¿Fue duro?

—Bastante.

El barbero invirtió cuarenta minutos en afeitarme y pelarme. El viejo había terminado hacía rato, pero lo vi sentarse en una de las sillas de espera a fumar. Evidentemente quería hablarme.

—¿Cuánto? —le dije al mexicano, mirándome en el espejo.

—Tres ochenta, *plus tax*, señor.

—¿Cuánto en total?

—Cuatro dólares.

Le di los cuatro dólares exactos. Traía mis trescientos en una carterita de piel.

No me dio las gracias.

El viejo se puso de pie y ambos salimos a la calle 26. Echamos a caminar en la dirección del tráfico.

—¿Va por aquí? —le dije.

—Anjá.

Para satisfacer su curiosidad tuve que contarle mi aventura. Le expliqué que había salido de noche por Varadero, en una lanchita de motor fuera de borda. Remé hasta que se me agotaron las fuerzas. Cuando creí haberme alejado lo suficiente de la costa puse en marcha el motor. Navegué durante dos días, gracias al tanque de gasolina auxiliar que había tenido la previsión de cargar conmigo. Al tercer día se agotó el combustible y quedé a la deriva. Al cuarto día se me acabó el agua. Por la noche, cerca de Andros, me recogió un guardacostas de la Marina norteamericana. Dormí en la prisión. Al quinto día, por la mañana, me interrogó el FBI y me hicieron fotos. Al sexto día me dejaron en libertad (después de comprobar que era *solvent*, pues tenía trescientos dólares). Al séptimo día no pude hacer lo que Dios (descansar);

tuve que presentarme —así me lo indicaron en la Policía— en el edificio de Inmigración.

—El séptimo día es hoy.

—Ya veo —me contestó—. ¿Y dónde durmió el sexto día?

—En un parque —le respondí sonriendo.

Caminamos unas cuadras más.

—Aquí puede tomar un *bus* hasta la calle 14 y allí...

—Voy a ir en taxi.

Me dio la mano, me dijo que se llamaba Ernesto Travieso y que había llegado a Miami en 1960. No me explicó de qué vivía, pero a juzgar por la ropa no le iba mal.

—Ricardo Villa Solana —le dije—. Ya sabe dónde me tiene: Hotel Silvia, si hay habitaciones.

La esperaba todos los días a la salida del Instituto. Me dejaba acompañarla hasta el bar Victoria, a una cuadra de su casa; pero no quería detenerse a conversar. Ni tampoco ir al cine.

Nuestra primera escapada fue aquella del parque de San Mariano. (La flor lila de «no me olvides», el libro de Física III, el largo, ansioso beso...) Después de ese día nos vimos casi todas las noches; ahora se me confunden los lugares y las fechas, pero creo que visité por primera vez su casa en mayo de 1956.

Nos amábamos, creo. Pero no nos conocíamos. Tuvo que ocurrir la huelga de los planteles de Segunda Enseñanza de la Víbora para que yo supiera realmente quién era ella y ella supiera realmente quién era yo.

Fue un martes. Y aunque ha pasado tanto tiempo no se me olvida que fue un martes 17 de noviembre, porque ese día cumplí diecinueve años.

Se había creado un Comité de Huelga y el 26 de julio nombró un delegado por cada plantel. A mí me tocó ir en representación del Edison a una reunión que tendría lugar en la casa de Papo Molina, de la escuela Maristas. (Papo Molina, fue torturado y asesinado la Nochebuena de 1958.)

Llamé a Yolanda y le di una excusa, insostenible, teniendo en cuenta que era mi cumpleaños. Pero me creyó. No recuerdo bien, pero creo que le dije que debía visitar a mi madrina Margot que estaba bastante mal de salud.

(Entre paréntesis, mi madrina gozaba de una salud extraordinaria a pesar de sus setenta y cinco años.)

A las 8 de la noche llegué al número 179 de la calle Juan Bruno Zayas, donde vivía Papo Molina.

Toqué a la puerta.

Ambos estuvimos a punto de dar un grito de sorpresa. Fue Yolanda quien me abrió.

5:30 p.m.

La lanchita continuaba acercándose al muelle.

—¿Te has casado, Yolanda? —volví a preguntar, sacudiéndome la arena que se había quedado adherida a la palma de mis manos.

No conseguía verle los ojos tras los cristales ahumados, pero sabía que me miraba fijamente.

—Sí, me casé.

Se levantó, apoyando las manos en la arena, y caminó luego hasta la orilla. Se recogió la falda más arriba de las rodillas y entró unos pasos en el agua. Tenía los muslos bronceados y muy llenos. Me puse de pie, me descalcé los tenis y avancé hacia el agua. Muy cerca había un pedacito rojizo de caracol. Lo cogí.

—Sí —dijo—, vamos.

Recogí la camisa y, balanceando los zapatos en la mano, eché a caminar junto a ella hacia el muelle.

—¿Cuántos años te llevo? —pregunté.

Quedé esperando unos segundos, mientras simulaba examinar con gran atención el brillante trocito de concha.

—Tengo veinticinco años. ¿No es eso lo que querías saber? Y tú veintiséis, ¿correcto?

No la miré. Lancé con fuerza el pedacito de concha hacia el agua. Salió a la orilla y comenzó a exprimir sobre la arena el borde mojado de su saya.

—¿Damos una vuelta en la lanchita? —dije.

Se sacudió un poco la arena de los pies y se puso sus zapatillas de goma.

Después de aquel martes, ya no nos ocultamos mutuamente nuestras actividades revolucionarias. Como es natural, seguimos trabajando en grupos distintos, y algunas veces —cuando ella me lo pedía— la acompañaba a llevar algunos bonos al Instituto de La Habana o al de Marianao. Ella nunca participaba en las misiones que yo debía cumplir. Lo nuestro, era otra cosa: más arriesgado, más peligroso. Sólo una vez me guardó en su casa un par de niples. Los mismos niples que volaron la estación de registros de la Compañía Telefónica en Santos Suárez.

Yo había terminado el Bachillerato en septiembre de ese año (1956), pero no había ingresado en la Universidad. Necesitaba trabajar y conseguí, a través de mis padres, un puesto de cien pesos mensuales como auxiliar de ventas en Publicidad en Transporte, S. A.

Yolanda y yo hacíamos planes. ¿Quién no los hace cuando es joven? Queríamos casarnos, tener hijos, ser felices. Pero ¿quién no piensa en casarse, tener hijos, ser feliz? Después sabríamos que la felicidad es sólo uno de los rostros de la vida, como el sufrimiento o el cumplimiento del deber. La felicidad, como entonces la imaginábamos, no existía.

7:20 p.m.

Cuando la lanchita comenzó la complicada maniobra de atracar ya era de noche. Salté al muelle y la ayudé a descender.

—Compadre —dijo el viejo cuando nos disponíamos a irnos—: son cinco pesos.

Yolanda y yo nos miramos y reímos.

—Así es la vida —dijo ella.

Yo saqué un billete de cinco pesos del bolsillo de la camisa y se lo alargué al viejo.

Reanudamos la marcha por el muellecito en penumbras, pisando con cuidado sobre las desajustadas y húmedas tablas.

Allá arriba había una luna turbia, recortada contra la noche. Caminamos por la arena, que conservaba el calor de sol. A lo lejos, parpadeaban las luces del restaurante de Bacuranao. La playa estaba desierta. Me detuve de pronto y

tomé a Yolanda por la cintura. La atraje suavemente hacia mí y la abracé. Dejé los brazos colgando a lo largo del cuerpo. Miraba hacia abajo.

—Suéltame —murmuró.

Yo avancé la boca hacia la de ella, pero retiró la cara.

—No, por favor.

La luna se escondió detrás de unas nubes gordas, oscuras. Quedamos uno frente al otro, bajo la noche.

—Vamos —dijo.

Bajé los brazos y nos apartamos. Echamos a caminar hacia el restaurante.

Había habitaciones en el Silvia. El dueño resultó ser un cubano lo suficientemente bicho como para sacar su dinero a tiempo de 1959. Tuve que pagar una semana por adelantado: cincuenta y seis dólares, a razón de ocho dólares diarios.

El hotel estaba muy alejado del centro, era pequeño y nada cómodo. Pero el precio no era excesivo. Me dieron una habitación en el segundo piso (el hotel tenía treinta habitaciones, pero la mía ostentaba un exagerado 209). Era extremadamente reducida: paredes empapeladas de color crema, una cama chica, una silla, un paraban de aluminio, una mesita de noche también de aluminio y una lámpara de luz fría en la cabecera de la cama. Como único adorno, un marco dorado con una reproducción del cuadro de Remington, *Atraco de un tren de abasto*.

Hice un pequeño balance de mis finanzas; me quedaban doscientos diez dólares. No era mucho, pero al menos no tendría que preocuparme por el alquiler durante una semana. Tenía aún que comprarme alguna ropa, ir al Cuban Refugee y luego buscar trabajo.

El propio dueño me indicó un lugar cercano en el que se comía bastante bien y por precios relativamente módicos; el restaurante Hong-Kong, en 47 y la Avenida Segunda, a cinco cuadras de allí.

Eran las doce del día y estaba hambriento. Pero decidí ir primero a comprar alguna ropa.

No muy lejos, encontré una tiendecita de polacos en la que se apiñaban anoraks para la nieve y trusas, sombreros de playa y paraguas. Después de un interminable regateo, adquirí dos pantalones, tres camisas, ropa interior,

medias, un par de zapatos de suela de goma, un maletín, un suéter y un saco de sport a cuadros (algo pasado de moda) por casi cincuenta dólares. Regresé al Silvia, subí a mi habitación y me cambié. La comida en el Hong-Kong era bastante mala, pero barata. Almorcé (arroz frito «special» chopsuey y una cerveza) por tres dólares.

Volví a regresar al Silvia, y me senté en uno de los dos viejos sofás del lobby a hojear un no menos viejo ejemplar de *The Miami News*. Me puse a buscar en los clasificados alguna solicitud de empleo que pudiera convenirme, aunque, a decir verdad, cualquier cosa me convenía, teniendo en cuenta que apenas restaban de mi capital unos ciento cincuenta dólares. Eran ya casi las 4:00 de la tarde. El lobby estaba vacío y tras el mostrador de la carpeta bostezaba ruidosamente Félix Martínez, el dueño. Era un tipo singular. Más que cubano, parecía español, cachetes colorados, pelo pajizo, ojos claros. Dejé el ejemplar de *The Miami News* donde lo había encontrado (es decir, sobre la alfombra) y me acerqué al hombre.

Había visto, por la mañana, que junto al casillero de las llaves había una foto de Kennedy y al lado un cartel impreso en español e inglés: NO NOS INTERESA LA POLÍTICA, NUESTRO INTERÉS ES SERVIRLO. Me acodé sobre el mostrador y le pregunté:

—¿Puede hacer una excepción conmigo?

Me miró sin comprender. Sonriendo, le señalé el cartelito.

—Cuando se está buscando trabajo en Miami es inevitable hablar de política, ¿no le parece?

Encendió un cigarro para desperezarse, y luego sus ojos azules e inexpresivos me miraron. ¿Qué edad podía tener? Acaso unos cincuenta, a juzgar por las bolsas que se le formaban bajo los pómulos.

—¿Quiere un consejo? —me dijo despaciosamente.

—Seguro —repliqué.

—No trabaje con cubanos. Trabaje con americanos.

—¿Por qué dice eso?

—Yo me sé mi negocio —respondió.

—¿No es usted cubano?

—Era —dijo—. Pretérito... ¿cómo se dice?

—Simplemente pretérito...

—Ahora soy norteamericano.

—Ya veo.

Sentí ganas de fumar, pero la caja de Camel que me habían regalado en la estación de Policía se me había acabado.

—¿Qué tiempo lleva en los Estados Unidos?

—Desde 1959. Me fui de allá en julio.

—¿Y por qué me aconseja usted que trabaje sólo con los yanquis?

Me miró duramente.

—Yo no le dije «los yanquis», mi amigo; yo le dije los norteamericanos. No es lo mismo. Oiga, ¿y cuándo llegó usted? No hace ni dos días, me imagino.

—En efecto, dos o tres días.

—Todavía no tiene tiempo para haber empezado a hablar mal de los americanos. Aquí muchos lo hacen. Los mal agradecidos. Si yo fuera Johnson, ¿sabe lo que haría? Pues los devolvería para Cuba. Eso es lo que haría. ¿Hablas mal de nosotros, después de lo que hemos hecho por ti? Pues, paf, para Cuba.

Sacudió la cabeza,

—Ahí tiene. Por eso no quiero hablar de política.

—Comprendo —dije.

Apagó el cigarro en un cenicero de cristal que había sobre el mostrador.

—¿Tiene familiares aquí? —me preguntó.

—Ninguno.

—¿Y amigos?

—Eso mismo me preguntó el de Inmigración. Conocidos sí. Gente que vino antes. En fin. Pero no amigos. No pienso llamarlos.

—Y hace bien —me dijo el hombre—. ¿Sabe usted? Se sorprendería de saber qué rápidamente la gente pierde aquí la memoria. Nadie quiere acordarse de nadie. Apuesto a que si llama a alguno de esos conocidos le da el esquinazo.

—Probablemente —dije.

—Seguro —puntualizó.

Hablamos una buena media hora más. Indagué sobre los grupos de acción de Miami.

—Mucho charlatán... mucho descarado, mucho vividor. Gente con verdaderos cojones, muy pocos, la verdad. Se reúnen en el hotel McAllister, dan banquetes, prometen, y nada. A mí me da igual, después de todo; yo sí que no pienso regresar, ni aun si el mulato de la grulla vuelve a ser el presidente. Lo mío es aquí, en los Estados Unidos.

—Pero no todos los grupos son iguales. Digo, pienso yo —comenté—. Tiene que haber alguno que tenga contactos sólidos con el gobierno...

—Todos dicen tener abiertas las puertas de la Casa Blanca; todos se entrevistan con almirantes, almuerzan con funcionarios del State, se acuestan con la hija del jefe de la CIA... Puro bla, bla, bla, bla. En mi opinión, el único que tiene algo concreto en la mano es el cojo Orosmán; usted sabe, el del MNR.

—¿MNR?

—Movimiento Nacional Revolucionario. Hacen mucho y hablan poco. Me gusta ese tipo de gente.

—¿Dónde lo puedo encontrar?

—Oiga, usted va de prisa.

—Tengo prisa —dije.

Guardé silencio unos instantes.

—No es fácil ver al cojo. Tiene un restaurante cerca de Lummus Park, en Ocean Drive, Miami Beach.

—¿Usted lo conoce?

—Algo —respondió el hombre evasivo.

—¿Lo suficiente para...?

—No —me cortó—. No lo suficiente.

Me quedé callado unos instantes. Bajé los ojos y luego hice una mueca de desaliento.

¿El azar o el destino? Ni uno ni otro: sólo la vida. Ella nos separó en abril de 1958. Yo me fui para la Sierra y tres meses después, Yolanda se marchó exiliada hacia Venezuela. No volvimos a saber el uno del otro hasta aquella tarde de septiembre de 1959. No recuerdo dónde nos encontramos. Creo que fue frente al cine Radiocentro. Recuerdo, sí, sus lágrimas corriendo por mi barba y sus dedos aferrados a mi uniformemente verdeolivo. Ella había

llegado de Venezuela en abril y me había buscado tenazmente. No sabía que yo me había casado en marzo, con una muchacha de Placetas que había conocido en la Sierra de Gibara: Irmina. Todavía hoy no puedo explicar por qué nos casamos. El matrimonio duró poco más de un año; nos separamos como solíamos hacerlo en la Sierra, antes de algún combate; con un apretón de mano y una mirada triste.

—Me casé —dije.

Su rostro no reveló nada.

—Me alegro.

Yo guardé silencio. La invité a tomar algo, pero no quiso aceptar.

Se marchó y no volvimos a encontrarnos más, hasta este día de 1963, en Bacuranao.

5:35 p.m.

La lanchita venía acercándose a nosotros. Detrás, diez o doce gaviotas revoloteaban sobre la estela de espuma, se posaban sobre las olas, hacían uuigh uuigh, movían blandamente las alas. Prendí un cigarro y arrojé el fósforo al agua verdosa que espumajeaba contra los pilones del muelle. Miré al cielo. Fingí no notar que ella me estaba mirando con curiosidad. Saqué el pañuelo; no hice nada con él. Lo doblé cuidadosamente y lo guardé de nuevo.

La lanchita golpeó contra el muelle, que se estremeció. Parado frente al timón, había un viejo con una boina y un short.

—Esto trabaja sólo hasta las cinco —dijo levantando la cabeza hacia nosotros.

Ella me miró consternada y yo me encogí de hombros. Comenzó a golpear con la zapatilla sobre las tablas. El aire batía ahora su pelo, que había vuelto a escaparse en mechones castaños, ondulados, bajo el sombrerito de lona. Sonrió. Se quitó los espejuelos, se acercó al borde del muelle y se los tendió al viejo, que la miró sin comprender, haciendo equilibrios en la popa de la lanchita que cabeceaba suavemente:

—¿Qué quieres, joven?

—Se los doy como recuerdo y usted nos da como recuerdo un pequeño viaje.

El viejo me miró y yo sólo atiné a sonreír y hacer una pequeña mueca de desconcierto.

—¿Sí? —dijo ella.

El viejo se rascó la frente con el revés de la mano. De pronto, sin mirar a Yolanda, extendió hasta los espejuelos una mano de dedos ásperos, los cogió y los hizo desaparecer rápidamente bajo la boina.

—Vamos —dijo.

7:30 p.m.

Caminábamos ahora por la hierba, uno al lado del otro, en silencio. De pronto sentí la mano de ella que rozó un momento la mía y luego la retuvo suavemente.

—Ven —dijo deteniéndose.

La luna había vuelto a asomar, ahora un poco más alta y con un halo amarillento alrededor.

—¿No vamos al restaurante? —pregunté.

—No. Vamos a mi cabaña.

7:45 p.m.

—No te preocupes —dijo, tanteando la pared en busca del conmutador—. Tengo algo de comida. Encendió la luz y entré a la única pieza de la cabañita. La cama estaba destendida y sobre ella algunas piezas de ropa interior, que Yolanda recogió rápidamente e hizo desaparecer en una maleta.

Cerré la puerta y me senté en la cama. Encendí un cigarro. Ella sacó de un pequeño closet una cocinita eléctrica.

—¿Te ayudo? —dije.

—Ahora no —dijo colocando la cocina sobre la mesita de noche.

Sacudí las cenizas sobre el piso. Me miró un segundo.

—No te has vuelto a casar, ¿verdad?

Moví negativamente la cabeza.

—Me lo imaginaba.

—¿Por qué?

—Eso es natural —dijo, señalando las cenizas que estaban en el piso— en los solteros.

—Perdona, tú querrás decir en los solterones.

—¿Solterón a los veintiséis?

—Un barco que se va a pique —dije sonriendo.

—Bueno, si tú lo dices.

Sacó del closet una bolsa plástica llena de huevos y una pequeña sartén; luego una lata de galletas de soda y dos botellas de vino.

—Hazme un favor, conecta la cocinita.

Me agaché junto a la mesita, con el cordón de la cocina en la mano, buscando el enchufe.

—Ahí, junto a la pata de la cama —dijo—. Vamos a hacer revoltillo si te parece; tenemos poca grasa.

Pasaron aún otros tres días antes de que conociera a Tony Méndez, la persona que me iba a desbrozar el camino hacia el cojo Orosmán. Fueron tres días largos, tediosos, que empleé de diversas maneras. Fui al Cuban Refugee Center-Employee (Primera Avenida y calle 5ta. del NE). Me vacunaron contra la polio, me hicieron placa, me prometieron la *waiver* para dos semanas después, me entregaron la tarjetica azul para la factura del almacén de la calle 26 NW y 23 Court, y la Cruz Roja me regaló una cajita con algodón, aspirinas, una máquina de afeitar desechable y curitas. Lo más importante fue, sin lugar a dudas, el cheque por sesenta dólares.

Había estado leyendo, de manera acuciosa, el *Miami Herald* y el *Miami News*; pero en los clasificados no había ningún empleo en el que pudiese caber.

Era viernes. Se había cumplido mi sexto día en Miami. A las 8:00 de la noche, después de comer en el Hong-Kong (entre paréntesis, ya estaba harto de la comida china), me senté en el lobby del hotel a fumarme un cigarro. No había vuelto a hablar con el dueño. Nos limitábamos a intercambiar saludos.

A la media hora de estar allí llegó.

Tendría unos veinticinco años, era alto, bien parecido y vestía elegantemente. Transpiraba un suave aroma de buena colonia y fumaba un

tabaquito de capa roja con boquilla de plástico. Diez minutos antes de que entrara en el hotel yo había oído el áspero ronquido de un motor de auto de carreras en la calle.

Se sentó frente a mí a hojear un número de una revista dedicada al automovilismo, *Warm Road*.

Mi suerte fue doble, porque me pidió candela y porque tuve la ocurrencia de decirle (en inglés) que el *Miami Herald* anunciaba un Ferrari en sólo tres mil dólares. La frase fue mágica. Claro que él no había leído la sección de clasificados con tanta atención como yo en los últimos tres días. Pero evidentemente, le había alcanzado el corazón (que debía funcionar como un motor V-8 reforzado).

—¿De veras? —me dijo con gran interés.

—Lo leí ayer.

—¿Sólo tres mil?

Me devolvió los fósforos y se sentó en el sofá donde yo estaba.

—¿Cubano? —me dijo.

—Sí —le respondí en español.

—Yo también.

Me extendió la mano.

—Tony.

—Ricardo.

—¿Desde cuándo estás aquí?

Había comenzado tuteándome y me pareció conveniente hacer lo mismo.

—Menos de una semana.

—¿Qué vía?

Sonreí:

—El mar. Le adapté un motor de Chevrolet a una lancha y... bueno. Aquí estoy.

—¿De Chevy?

—Anjá.

—¿Qué año?

—Cincuenta y seis. Le rebajé la tapa y le limpié la entrada de gasolina.

Yo sabía un poco de mecánica; pero no tanto como trataba de hacerle creer; naturalmente, lo del motor del Chevy era un cuento. Pero mordió el

anzuelo.

Cada cierto tiempo consultaba su reloj pulsera. Yo hacía esfuerzos por no dejar caer la conversación y pasaba de los delcos a Indianapolis; de Le Mans a aquella vez en que Fangio no pudo correr en La Habana porque lo secuestraron. Estuvimos más de una hora conversando, hasta que, de pronto, dijo:

—Ya no viene. Que se vaya al carajo.

Yo lo miré un tanto asombrado. Sonrió y se creyó en la obligación de explicarme que se trataba «de una chamaquita» que lo había dejado plantado.

—Vengo mucho aquí —me dijo en tono confidencial—. A Martínez no le gusta que le usen el hotel de posada, pero le pago bien, qué coño.

Se quedó en silencio.

—¿Tomamos algo? —me dijo por fin.

—Lo siento. No tengo dinero para gastar en bebida. Aún no he conseguido trabajo.

—Yo invito.

—Si es así...

Me hizo admirar su MG descapotable. Cuatro velocidades, tres litros por kilómetros, doscientos veinte en carretera... Si a los hombres les circulara por las venas alguna otra cosa que no fuera sangre, a Tony Méndez (ése era su apellido) le corría gasolina de alto octanaje.

En un barcito de Miami Beach despachamos casi tres botellas de ginebra. Tony se emborrachó; yo tomé más despacio, para no perder del todo la lucidez.

Cuando estuvo «a punto» volví a recordarle que no tenía trabajo.

—Ezo ez um azunto mío, mi hermano —me dijo con la lengua estropajosa por el alcohol.

Me explicó, cómo pudo, que su padre era dueño de un negocio de autos de uso.

—Te voa ponez cómodo.

Lo tuve que llevar cargado para el auto y manejar yo. Todo el trayecto lo hice preguntando en las esquinas, y erizado de que la policía pudiera pararnos y cogermé manejando sin cartera. Llegamos al Silvia. Desperté a Martínez y conseguí que entre los dos subiéramos a Tony a mi habitación.

Tuve que pasarme la noche sentado en una silla, oyéndolo roncar y hablar en voz baja.

Por suerte, a la mañana siguiente seguía tan afable como durante la noche. Y no se olvidó de su promesa. Volvió a repetirme.

—Te voy a poner cómodo, cubano.

4:10 p.m.

Me acerqué. Tenía que ser ella. Estaba sentada en la arena, con los brazos enlazados alrededor de las piernas recogidas, y la barbilla apoyada sobre las rodillas.

—Yolanda.

Se volvió lentamente.

Alzó con la punta de los dedos los grandes espejuelos ahumados y me miró. Se puso de pie casi de un salto. Se quedó sin saber qué hacer, con los espejuelos en la mano.

—Ricardo —dijo.

Me echó los brazos al cuello.

Estuvimos un minuto abrazados, sin decir nada. Se separó lentamente de mí. Dejó caer los espejuelos en la arena. Los dos nos apresuramos a recogerlo y tropezamos ligeramente.

—Ricardo —murmuró perpleja—. Ricardo.

8:05 p.m.

Terminó de servir en platos de cartón el revoltillo y se dirigió al baño.

—Por favor, guarda la cocinita en el closet y destapa una de las botellas. Me doy una ducha en cinco minutos.

Cuando se cerró la puerta del baño, encendí un cigarro. Me apresuré a guardar en la tabla superior del closet la cocinita. Cogí un cuchillo y comencé a destapar una de las botellas de vino.

Dejé la botella sobre la mesita de noche y luego me senté en la cama.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dije en voz alta.

De adentro salió su voz, ahogada por el rumor del agua de la ducha.

—¿Cómo?

—¿Que si te puedo hacer una pregunta? —dije alzando la voz.

—Bueno.

Me puse de pie y me acerqué a la puerta.

—¿Por qué no has venido con tu esposo?

—¿Cómo?

—¿Que por qué no has venido con tu esposo?

Durante unos segundos sólo oí el sonido del agua.

—Porque está muerto —dijo por fin.

Me volví a dejar caer en la cama. Cerca me quedaba la maleta de ella. Levanté la tapa tratando de no hacer ruido. Un olor fragante e indefinible me hizo mover imperceptiblemente las aletas de la nariz. Olía a limpio, a algo infinitamente apetecible y limpio. El sonido del agua cesó de pronto. Bajé la tapa de la maleta.

La puerta se abrió y Yolanda salió con una bata gris oscura, envuelta en un suave perfume.

—¿Serviste el vino?

—No —respondí—, pero ya está abierta la botella.

Llené dos vasos. Nos sentamos uno frente al otro, ante la mesita, yo en la cama y ella en la única silla que había en la cabaña.

—¿Desde cuándo trabajas? —le dije.

Ella se inclinó hacia adelante, apoyando los codos sobre la mesa.

—Desde hace años. Comencé a trabajar en 1961.

Bebió unos sorbos de vino.

—Dime una cosa: ¿por qué te divorciaste de...? ¿Cómo se llamaba?

Sonreí:

—Irmína.

—Anjá —dijo ella—, Irmína.

—Fue un error casarnos. ¿De qué murió tu marido?

Evidentemente, no esperaba la pregunta.

—¿Un accidente? —dije.

—No exactamente, Ricardo —respondió ella, mirándome a los ojos—. Se fue del país en 1961.

9:40 p.m.

Se levantó y empezó a recoger los platos. Nos habíamos tomado una botella de vino y habíamos comenzado la otra. Yo seguía sus movimientos con la vista.

—Y bien —dijo—. Ahora te toca a ti.

Me dio la espalda y comenzó a guardar las cosas en el pequeño armario. Por debajo de la bata, los muslos le asomaban firmes y tostados por el sol.

—¿Por qué no te has casado de nuevo?

—¿Es que eso te importa? —le dije—, Y tú, ¿por qué no te volviste a casar?

Ella se volvió hacia mí. La respuesta había sido tan brusca que yo mismo estaba sorprendido.

—Perdona —murmuré—. He tomado más de la cuenta.

Me puse de pie y caminé hasta la puerta. Abrí: la noche, afuera, seguía siendo húmeda; no había estrellas en el cielo. No se veía el mar; sólo se escuchaba su pulso sereno.

—Tal vez —dije sin mirarla—, tal vez no he encontrado...

—Igual que todos —me interrumpió; un hombre de cada dos dice lo mismo. Sólo que, los que no lo dicen, también lo piensan. Me volví para mirarla.

—Creo que te equivocas.

Tony no me puso cómodo, pero logró que el padre me empleara como vendedor, con ochenta dólares a la semana. Empecé a trabajar un lunes, y el viernes de esa semana devolví mi tarjeta de *refugee*. Ya era solvente y no quería problemas con el FBI.

A través de Tony conocí a Wanda, una muchacha pecosa, de grandes dientes de conejo y bonitos ojos azules. Era norteamericana. La tesis de Tony era que a las gringas las volvía loca «la macabia cubiche». Wanda vivía en un apartamento de la calle 67 del SW; lo compartía con la mujercita de Tony, Alice, una trigueña de grandes tetas, pero con las piernas bastante cobardes, como todas las gringas.

En junio —tres meses después de mi llegada— ya ganaba noventa y cinco dólares y podía pagar un apartamento de regular tamaño en el SW. Abandoné el Silvia y me instalé en el 18564 de la Avenida 92.

Las puertas hacia el MNR se abrieron una tarde... Una tarde, en que, en el parqueo de gravilla del Rouse Car's, el padre de Tony me presentó a Jack Moreno, uno de los hombres más allegados al cojo Orosmán.

El hombre me dio la mano. A pesar de su «Jack», parecía haber sido extraído dos minutos antes de un billar de Zanja. Grandes patillas, calobares como los que usaba la gente de Orlando Piedra que querían que todo el mundo supiera que eran de la «Secreta», medalla de Santa Bárbara, pantalón de dril hacendado, guayabera rosada.

—Un muchacho emprendedor —me elogió el padre de Tony.

El tipo sonrió, mostrando unos cuarenta adarmes en oro distribuidos entre un par de colmillos y un incisivo.

—Esta noche damos un acto en el Viscaya —dijo.

—¿Eh MNR? —quise saber.

—Nosotros, sí. ¿Quién más?

Esa noche asistí al Viscaya. En la puerta me paró un mastodonte rubio que hablaba un inglés de Jorrín que metía miedo; pero yo invoqué a Jack Moreno. El tipo dudó un rato, y por fin me dejó pasar.

En el acto no había más de cien personas. Nos sentamos en sillas de tijeras, frente a una mesa presidencial que permaneció vacía un buen rato. A las 9:00 de la noche apareció Pedro Orosmán.

Una nube de ayudantes y guardaespaldas lo rodeaba. Pero en la mesa presidencial sólo se sentaron Orosmán, Jack Moreno, dos tipos más que yo no conocía y un viejo que fumaba una pipa, al que luego presentaron como el senador Víctor Pepper.

Mientras Orosmán hablaba con su voz áspera y pausada, tuve una idea que me pareció buena. Saqué una pluma y, en mi libreta de teléfonos, comencé a apuntar frases salteadas del discurso. Durante una hora Orosmán atacó sin piedad a esos «que se dicen antifidelistas, y anticomunistas y que son en el fondo antiamericanos, antidemócratas...». Mencionó por su nombre y apellido a algunos líderes de las facciones autodenominadas «de

ultraderecha» y los calificó como «charlatanes de esquina». «Nosotros — terminó diciendo— no prometemos nada. Haremos. Haremos. Haremos...»

Antes de que terminaran los aplausos salí del Vizcaya, tomé un taxi y me aparecí en el apartamento de Wanda. Eran más de las 11:00 de la noche y ella tenía que madrugar. Me abrió soñolienta, envuelta en una bata de casa.

Le di un beso y le dije casi enseguida:

—¿Tienes máquina de escribir?

—¿Qué rayos...?

Le tapé la boca suavemente.

—¿Tienes...?

—Un cacharro...

Desde adentro oí la voz de Alice.

—*Who is it, Wanda.*

—Richard —dijo Wanda.

—Dámela y te la devuelvo mañana —la apremié.

Era una Underwood, bastante vieja, pero manuable. Tomé un taxi y me fui a mi apartamento. A las tres de la mañana había terminado el pequeño artículo. Unas cuatro cuartillas.

Salí a la calle y llamé a Tony; no estaba en la casa. Supuse que andaría por el Silvia. Llamé.

No me equivoqué.

—Es urgente, Martínez —le dije al dueño.

—Está bien. Le aviso.

El Silvia no tenía teléfono en las habitaciones. Tuve que esperar un buen rato antes de que Tony bajara a la carpeta.

—¿Tony?

—Habla, habla —dijo de mal humor.

—¿Sigues en buenas relaciones con Savoy, el de *Las Américas*?

La pregunta lo sorprendió.

—¿Y me jodes a esta hora para eso?

—Es un asunto sumamente importante.

—Sí.

—Bien. Necesito que lo llames ahora mismo.

—¿A las cuatro de la mañana? ¿Estás loco?

—¿Tienes el teléfono de su casa?

—Me lo sé...

—Llámallo. Dile que necesitas que inserte en el próximo número un artículo.

—¿De quién?

—Mío —dije.

—¿¡Tuyo!?! Oye, ¿estás borracho?

—No estoy borracho. Tienes que hacerme ese favor. Te llamo en quince minutos. El artículo tiene cuatro cuartillas. Díselo.

—Está bien. Y vete al carajo.

Colgué.

Veinte minutos después volví a llamarlo.

—¿Y?

—Que se lo lleves mañana a la redacción. Después de las 9:00. Me preguntó si era el anuncio del fin del mundo, porque para llamarlo a esta hora...

—Es más o menos eso —le dije—. Mañana te cuento.

No era el anuncio del fin del mundo. Era una breve y ácida reseña del discurso de Orosmán; pero sazonada con un toquecito de escándalo.

A las 9:30 me recibió Savoy. Leyó el trabajo. Luego me miró fijamente.

—No es nada ultraterreno...

—Pero no me negará que es...

—Sí, está bien. ¿Veinte dólares?

No entraban en mis cálculos, así que me parecieron muy bien.

—Pasa dentro de cuatro días por la caja.

Apuntó mi nombre en un block.

Estuve dos días esperando que saliera el artículo. Por fin, el martes 18 de junio apareció. Segunda plana. Lo firmaba R. Villa Solana; se titulaba: «La gran esperanza: Pedro Orosmán y su MNR.»

Pasó casi una semana antes de tener noticias del cojo. Una mañana apareció un Mercedes negro en el parqueo de Rouse Car's. El padre de Tony corrió a abrirle la puerta al propio Orosmán. El chofer y dos guardaespaldas lo acompañaban. Los vi acercarse a mí. El padre de Tony, radiante de felicidad, nos presentó.

—Así que tú eres Villa Solana —me dijo el cojo, mirándome a través de sus calobares.

—Sí, señor.

—Muy bien tu artículo.

—Gracias, señor.

Me estudiaba y sonreía socarronamente.

—Muy bien —repetía.

10:30 p.m.

—Papá murió —dijo ella.

—Papá también, hace dos años.

—¿Qué has hecho en todo ese tiempo?

—Nada importante.

—Y ¿qué cosas no importantes has hecho entonces?

—Trabajar. En fin.

—¿En qué?

—Me licencié del Ejército en 1961. Después he estado aquí y allá.

—¿Y ahora qué haces?

—Me gano la vida como puedo.

—Vienes mucho a la playa, me imagino.

—No creas. Hacía años que no venía. ¿Y tú?

—Siempre vengo con la niña.

—¿Tu hija?

—Sí. Tiene tres años.

—¿Cómo se llama?

—Como la madre.

—Eso me imaginé. ¿Y por qué no vino contigo?

—Quería descansar un par de días aquí, sola.

11:45 p.m.

Estábamos sentados en la arena, con las espaldas recostadas a la pared de la cabaña.

—Son casi las 12:00 —dije.

—Está haciendo frío.

Me acerqué a ella un poco más y le pasé un brazo sobre los hombros. Ella se encogió, como si fuese a quemarla con mi mano.

Permanecimos un rato en silencio, escuchando el ruido monótono de las olas.

—¿Es cierto lo que he sabido, Ricardo?

Quedé sorprendido con la pregunta.

—¿Qué te pueden haber dicho de mí?

—Cosas...

—¿Qué?

—Que te has apartado de la Revolución.

—¿Quién te ha contado eso?

—Eso no importa. Amigos tuyos y míos.

Cerré los ojos. A otro, a otra, le hubiese dicho algo así como «esto no era lo que yo creía» o cualquier otra cosa. Pero no podía mentirle a ella. Ni decirle la verdad. Haciendo un esfuerzo, dije:

—Estás con la Revolución, ¿no es así?

—¿Y tú no?

—Te lo pregunto a ti.

—¿Cómo puedes hacerme esa pregunta?

No respondí. Le quité suavemente el brazo de los hombros y me puse de pie. Le ayudé a ponerse de pie. Le tomé una mano.

—Ven —dije, caminando hacia el interior de la cabañita.

—¿Tú comprendes que yo no te quiero? —susurró ella.

La obligué suavemente a entrar. Cerré la puerta y apagué a tientas la luz.

Me acerqué a ella y le dije al oído:

—Levanta los brazos.

Lentamente, muy lentamente, los alzó. Entonces, casi con un mismo impulso, le saqué la bata por la cabeza.

Cuando la abracé me di cuenta de que, bajo la bata, ella había estado todo el tiempo completamente desnuda.

En junio abandoné el Rouse Car's y comencé a trabajar en un empleo mejor pagado, que me consiguió Orosmán: traductor de la casa editorial Diamond & Meyer. Seguí escribiendo, pero ahora publicaba mis artículos a favor del MNR en *Alborada*, el periodiquito semanal de la organización.

En ese momento había en Miami no menos de cincuenta organizaciones contrarrevolucionarias, todas ellas en pugna. En el conjunto, el MNR resaltaba, no sólo como la más activa, sino también como la más silenciosa. El Movimiento Nacional Revolucionario había llevado a cabo un ataque contra la Misión Cubana ante la ONU, había ametrallado en las Bahamas a un buque mercante griego que se dirigía a Santiago de Cuba y se preparaba —económica y materialmente— para desembarcar una fuerza de cincuenta hombres en las costas de Las Villas. Además, el MNR contaba con un grupo que operaba en el Escambray, bajo el mando de Benito Parúa.

No me fue difícil —aunque tampoco fácil— lograr que Orosmán me llegara a considerar su *consiglieri*. Eso, como es natural, levantó algunos celos entre los más veteranos y, sobre todo, me atrajo la enemistad de Orlando Conde Santos, el tipo que tenía dentro del MNR la misión de atender a la banda de Parúa en el Escambray.

En octubre de 1964, las cosas estaban entre Conde y yo en términos de que alguno de los dos salía sobrando. Orosmán no se inclinaba, ni hacía uno, ni hacía otro. Decidí pasar a la ofensiva. El 26 de octubre se celebró en el cuartel general del MNR —una casa marcada con el número 14562 en Sevilla Avenue— una reunión en la que se iban a decidir los detalles de la fuerza de apoyo al grupo de Parúa, que entraría en la Isla por Las Villas.

Antes de que Conde hablara me levanté y, volviéndome hacia Orosmán, le dije:

—A mí me parece que no vale la pena mandar a nadie a apoyar a un grupo que ya no existe.

Diez cabezas se volvieron hacia mí. El rostro de Conde palideció.

—No te entiendo, Ricardo —dijo Orosmán.

—Lo que quiero decirle es que en el Escambray ya no queda nadie. Y el tal Parúa ese, si es que existe, está muerto o está preso.

Conde se puso de pie de un salto:

—¿Qué pruebas tienes de...?

Lo interrumpí.

—Tú no tienes moral para hablar aquí, Orlando Conde, porque tú no sabes lo que está pasando en el Escambray. Tú has estado engañando a todo el mundo; tu Escambray me lo paso por los cojones.

Conde era muy fuerte y, cuando lograron apartarnos, yo sangraba por la nariz y tenía un ojo adolorido; pero él no había salido ileso.

Orosmán la cogió con Conde. Era tan bruto que aquellos argumentos habían parecido bastarle. Le mentó la madre y lo botó de la reunión. Conde no se lanzó con Orosmán porque Racielito y Bombón Echevarría —los dos mastodontes que no le perdían pie ni pisada al cojo— lo disuadieron con sólo algunas muy significativas miradas.

Cuando todo se calmó, Orosmán se dirigió hacia mí.

—¿Y tú, Ricardo, qué sugieres con respecto al Escambray?

Había ganado la batalla.

La experiencia me sirvió en dos sentidos: primero, porque subí varios puntos en la escala de valores de Orosmán; segundo, porque me di cuenta de que tenía que prepararme físicamente.

En enero matriculé en un dojo de karate en Purdy Avenue. Lo dirigía un japonés nacido en San Francisco llamado Ryo-Mond. Los alumnos le llamaban *Raymond*, pero sólo fuera del dojo; durante el entrenamiento había que llamarlo sensei. Las clases se daban tres noches a la semana (cuatro horas) y costaban 150 dólares al mes. Baratas, si se tiene en cuenta que la práctica del karate era, por lo general, muy cara en los Estados Unidos (quizá con la excepción de New York, en donde habían florecido cientos de dojos en Harlem y el Bronx).

Mi fama de tipo enérgico y sin pelos en la lengua (pero con sangre en las venas) fue creciendo entre la gente del MNR. Mi posición se fue solidificando y en febrero de 1965 el propio Orosmán me nombró jefe de operaciones del movimiento.

4:50 a.m.

Abrí los ojos. Lo primero que vi fueron dos ojos, a unos centímetros de los míos, que me escrutaban; unos ojos pardos, con un puntito rojo y distante en

alguna parte del iris. Ella estaba echada junto a mí y me miraba dormir. Sonreí y ella sonrió.

—¿No te gusta que te miren?

Comencé a acariciarle la espalda suavemente, hasta que ella se estremeció.

—¿Vives sola?

Ella cerró los ojos.

—Con la niña.

Ahora le acariciaba el pelo.

—¿Por qué tardé tanto tiempo en encontrarte? —le dije.

Ella abrió los ojos, giró sobre sí misma un poco y se acostó a mi lado.

—Me voy por la mañana —dijo.

Yo no respondí en seguida.

—Lástima —dije por fin.

—¿Nos volveremos a ver? —preguntó ella.

—No sé.

Me alcé sobre los codos, y la besé en los labios.

Fue un beso largo, tranquilo.

—¿Tú amas la vida, Yolanda?

—Es algo que no he aclarado todavía —dijo.

Se quedó en silencio. Me miró de pronto.

—Pero oye, ¿de qué vida hablas tú?

—De la vida —dije—. De esta vida.

—¿La Revolución quieres decir?

—Digamos que sí.

—Sí, la amo. Tú no, ¿verdad?

Ella se incorporó de pronto y se recostó a la pared. Se cubrió los pechos con la sábana.

—¿No te pones bravo si te digo una cosa?

Me senté también, y comencé a tantear junto a la cama buscando la camisa. Saqué la caja de cigarros y los fósforos.

—Eres muy ingenuo, ¿sabes?

Encendí un cigarro. Las manos me temblaban un poco.

—¿Por qué ingenuo?

Solté una bocanada de humo y miré el techo.

—¿Crees que no me he dado cuenta de que evitas hablarme de...

No encontraba las palabras.

—...de la Revolución?

La miré. Su rostro se había alterado un poco.

—¿Cómo es posible, Ricardo? Le dimos la juventud, se lo dimos todo. ¿Cómo es posible que ahora le vuelvas la espalda como hizo mi... el que era mi marido? ¿Para qué luchaste entonces?

Estaba a punto de llorar y traté de tomarle una mano, pero me la retiró.

—Es como si hubieras muerto —dijo, y comenzó a sollozar amargamente.

—Es demasiado tarde —murmuré.

Levanté bruscamente la cabeza. Sentía un dolor agudo, muy agudo en el pecho.

Me puse de pie y comencé a vestirme de prisa. Con la camisa abierta aún me dirigí a la puerta.

Ella me miró, con el rostro bañado en lágrimas.

—Ricardo.

Me detuve en el umbral de la puerta y me volví para mirarla por última vez.

—¿Te sirve de algo que te diga que no dejé de amarte hasta hoy?

—Sí —le dije—. Me sirve de algo.

Le volví la espalda y salí de la cabaña.

5:10

Amanecía. El viejo de la lancha estaba parado en el muellecito. Tenía puesto los calobares que le había dado Yolanda.

—Buenas —le dije.

—Buenas —respondió.

Estaba enrollando una soga deshilachada a un clavo jorobado que sobresalía de uno de los espigones del muelle.

Sobre la cubierta de la lancha había extendido un pedazo de lona húmeda. Debajo algo se movía rítmicamente.

—¿Qué es eso? —le dije.

—¿Eso? —dijo, señalando con el dedo la lona.

Se montó en la lancha de un salto, se agachó sobre la cubierta de proa y retiró la lona. Debajo había un pargo de regular tamaño que agonizaba.

—Una birria —me dijo—; y para eso estuve dos horas en el mar. Desde las 4:00.

Me quedé mirando la lenta agonía del animal. Su respiración entrecortada producía un leve murmullo, como un silbido. Cerraba sobre los ojos una película membranosa, luego la levantaba rápidamente y aparecía una córnea muy blanca, una pupila azul, fija. La muerte llegó; de pronto el pargo se quedó quieto. La última burbuja estalló casi en el momento en que la película membranosa se cerraba para siempre sobre el ojo redondo, duro.

Levanté la vista hacia el viejo, que ahora estaba encendiendo un cigarro de espaldas al viento.

—¿Le tiene usted miedo? —dije de pronto.

—¿A qué? —preguntó el viejo volviéndose hacia mi.

La frase era absurda. Había pensado en voz alta.

—A la muerte —dije.

—Bueno —respondió el viejo, como si le hubiese formulado la más cotidiana de las preguntas—, eso depende.

—¿De qué? —murmuré.

El viejo le dio una larga chupada al cigarro.

—De muchas cosas —dijo por fin.

—Eso pensaba yo —murmuré al cabo de algunos segundos—. Depende de muchas cosas.

Cumplí mi primer año en los Estados Unidos de una manera más bien triste. Elizabeth y yo (creo que aún no les he hablado de Liz; pero tampoco vale la pena) nos fuimos a comer a un restaurantico de Miami Beach y después fuimos al cine. Yo me había comprado un Buick del 59, en bastante buen estado, y eso nos permitió dar después un breve paseo por los alrededores de la Universidad. Hicimos el amor sin mucho entusiasmo en el asiento de atrás del auto, en un recodo de la carretera que conduce al aeropuerto.

Un año.

Y sin noticias de Cuba.

Pero iba a haberlas el 20 de abril.

Eran aproximadamente las 11:00 de la mañana. Yo me había levantado un poco tarde y estaba poniendo al día el trabajo de casi una semana para Diamond and Meyer. Eran unas aburridas cuartillas de Geometría Analítica:

There is a process called addition by which two vectors of the set can be combined, the result which, called the sum, is also a...

Sonó el teléfono.

—Yes?

—¿Ricardo Villa Solana? —me dijeron en español.

—Sí —dije—. Es el que habla.

—¿Perdió un abrigo color terracota en el cine Capitol?

Retuve el aliento, mientras asimilaba el hecho de que acababa de escuchar la esperada contraseña de La Habana.

—En efecto —dije con un susurro—. Color terracota con puños negros.

—Lo espero mañana a las 10:00 a.m. en el Ace's Bar, en la calle 8. Yo lo conozco a usted; usted a mí no. Siéntese en una mesa lejos de la barra y pida un trago. Estaré allí.

—Gracias —dije.

«Gracias», pensé.

La abracé.

—¿Cuándo? —me dijo.

—El viernes.

Estábamos en el parque de San Mariano.

—Dentro de tres días —murmuró ella.

—Sí, dentro de tres días.

Sus lágrimas caían sobre mi hombro. La apreté con fuerza contra mi cuerpo.

—Ella está por encima de nosotros.

—¿Quién? —dijo ahogadamente.

—Ella —respondí cerrando los ojos—, la Revolución.

—Tal vez cuando todo haya pasado...

Le besé los ojos llenos de lágrimas.

—Sí —dije—. Cuando todo haya pasado. Quizá entonces.

*Y hubiese querido sembrar su vida en mi pecho. Pero ya estábamos muy
distantes como sólo pueden estarlo una piedra y una estrella.*

*y entonces oirás como medito
y entonces tocarás cómo tu
sombra es
esta mía desvestida
y entonces olerás cómo he
sufrido*

...VALLEJO

...comunista, sea ascendido...

La vida

VIERNES

Las 5:30 a.m. Un largo timbrazo. En la oscuridad, una mujer pasó la mano sobre la mesita de noche hasta encontrar el teléfono. Descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Matutino. Las 5:30 —dijo la empleada de la Empresa Telefónica.

—Gracias.

Colgó a tuestas.

Se volvió un poco en la cama. Comenzaba a refrescar por las madrugadas y habían tenido que taparse con una colcha.

Sacudió suavemente el brazo del hombre que dormía a su lado.

—Andrés... Andrés...

—¿Eh?

—Las 5:30.

Los párpados le pesaban.

—Enciende la luz —dijo.

La mujer se levantó. Encendió la luz y se puso una bata de casa.

—¿Pongo el calentador? —dijo.

—Sí. Pero tráeme café.

Como a través de la niebla, avanzando con lentitud hacia su conciencia, las preocupaciones comenzaron a emerger nítidamente y fue desapareciendo el sueño. El capitán Andrés Riquenes se sentó en la cama y se restregó la cara.

Apenas había dormido cuatro horas. La noche anterior habían permanecido Sarduy y él discutiendo largamente lo de Boca de Pájaro, tratando de encontrar los pasos que debían darse antes de que llegara el cifrado de Bruno.

Su esposa regresó con una taza de café.

Dio vueltas por Manhattan hasta las 5:00 a.m. El chófer estaba encantado porque el taxímetro andaba en los \$22,80.

A las 5:20 se desmontó del taxi en el aeropuerto Kennedy.

Los aeropuertos tienen también sus horas de vigilia y de sueño, y aunque el Kennedy no despierta, porque no duerme, hay una hora entre 5:00 y 6:00 de la mañana en que recuerda al Metro: oleadas de hombres y mujeres que van y vienen hacia todos los puntos del país, hacia todos los sitios del planeta: Atlanta y Singapur, Denton y Londres, Wisconsin y Oslo.

Los altoparlantes anunciaban cada veinte o treinta segundos la llegada o la salida de un vuelo. Ricardo se sumergió en el hervidero humano que se movía de un sitio a otro en los dos kilómetros de vestíbulo del aeropuerto. Se dirigió a la casilla de la National Airlines para confirmar su asiento en el vuelo de las 6:00 a Miami.

Hizo la pequeña cola. Cuando le llegó su turno entregó el pasaje y el empleado de la National se lo acuñó.

—*Any baggage?*

—Sólo un maletín de mano —dijo Ricardo.

Buscó el lumínico de una de las cafeterías y se encaminó hacia allá.

En el río humano, no notó enseguida que un hombre caminaba muy pegado a él, casi hombro con hombro. Sólo cuando sintió, en el otro lado, una presión igual, se dio cuenta de lo que ocurría.

Dos hombres caminaban junto a él, comprimiéndolo ligeramente.

—Supongo que te acuerdas de mí —dijo uno de ellos en voz baja, sin mirarlo—. La última vez que nos vimos me apuntabas con un revólver. Igual que yo a ti ahora. Sigue caminando y no trates de pasarte de listo.

Ricardo reconoció a uno de los que había matado a San Gil en Park Avenue.

—¿Adónde vamos?

—Sigue hacia aquella puerta.

Dieron la vuelta y caminaron hacia la puerta de salida número 6, la que daba al parqueo.

—Sin prisa —le dijo Charlie Melton.

Salieron.

El auto estaba al final del parqueo. Era un Mercedes Benz color limón. Llegaron hasta allí. En esa zona apenas había gente y Charlie sacó el 38 con silenciador que llevaba envuelta en un periódico. Le puso el cañón en los riñones a Ricardo.

—Monta, precioso.

El otro hombre abrió una de las puertas traseras y Ricardo agachó la cabeza, como si fuera a entrar en el auto.

Pero giró sobre sí mismo y golpeó con los nudillos el sorprendido rostro de Charlie. La pistola saltó por el aire y Charlie cayó de espaldas sobre la gravilla.

El otro hombre sacó una pistola; pero no tuvo siquiera tiempo de levantarla.

Ricardo le lanzó el maletín al pecho: el hombre dio un giro y se proyectó contra el Mercedes. Con el mismo impulso, Ricardo echó a correr entre los carros aparcados, bajando la cabeza lo más posible.

Fue Charlie quien tiró. Gateando, recogió la pistola, la levantó y disparó dos veces contra el cuerpo de Ricardo, que se escurría a toda velocidad fuera del parqueo.

El silenciador ahogó el estampido de los disparos.

—¿Sarduy?

—Sí, capitán.

—¿Estabas despierto ya?

—Ya me había levantado, sí.

—Salgo para la oficina. Nos vemos allá a las 6:45.

—Correcto.

Riquenes colgó el teléfono.

Las balas no lo alcanzaron.

Dejó de correr y entró, caminando de prisa, en el vestíbulo del aeropuerto. Le echó un vistazo a su Seiko: las 5:59 a.m. Avanzó entre la gente sin detenerse, tropezando y murmurando disculpas.

Buscó con la vista la casilla de la National Airlines.

Se dirigió hacia allí.

Miró una o dos veces atrás, pero en la multitud no logró ver a ninguno de los tipos. Era imposible que se atrevieran a hacer fuego dentro del vestíbulo. Ya no tenía maletín, pero sólo había perdido un poco de ropa y el silenciador. La Magnum, la cinta con la confesión de San Gil, su dinero y sus documentos estaban en sus bolsillos.

Le tocó su turno ante la casilla de la National.

—¿Hay algún vuelo ahora para Los Ángeles?

El empleado consultó las listas, hizo un par de rápidas llamadas telefónicas y luego le dijo.

—Seis y cuatro, TWA, casilla 36.

—Gracias.

La casilla 36 de la TWA quedaba bastante lejos. Tratando de caminar siempre entre el gentío, logró llegar allá. Sus ojos buscaban ansiosamente el rostro de Charlie o el del otro tipo: nada.

Compró en TWA un pasaje hacia Los Ángeles. Ni siquiera se molestó en pedir una rebaja sobre el pasaje de la National para Miami.

—*Any baggage, sir?*

—No —dijo—. Ni un maletín de mano.

—Seis y cuarto, puerta de salida 23.

—*Thanks.*

Miró su reloj: las 6:08.

Le quedaba aún siete minutos.

Decidió caminar hasta la puerta 23. Se palpó la Magnum bajo el saco — aunque sabía que él tampoco podría disparar allí; además, le había quitado el silenciador.

Encendió un cigarro y echó a andar en medio de un pequeño grupo de monjas que avanzaba en esa dirección. Eran belgas o francesas. Por suerte llegaron casi hasta la puerta 23.

Se escurrió entre los pasajeros que esperaban ante la puerta de salida. Descubrió a dos oficiales de la Fuerza Aérea que fumaban y charlaban sobre algún asunto relacionado con el remate profundo en tennis de campo. Se acercó y les pidió fuego. Se demoró todo lo que pudo encendiendo con la fosforera que le había facilitado el más alto de los dos. Tenía que ganar unos minutos.

Devolvió la fosforera con una sonrisa y preguntó:

—¿Hay demora?

Uno de los oficiales le echó un vistazo a su reloj:

—No creo. Estamos en tiempo. Son las 6:11.

—Está anunciado para las y cuarto, ¿no?

—Eso dijeron.

—TWA es puntual —dijo Ricardo—. Sin embargo la National... Recuerdo una vez, en Washington, un retraso de dos horas. Y sin mal tiempo. No, señor.

Era una de esas conversaciones triviales de salas de espera, y Ricardo la llevaba maravillosamente.

—Mi cuñado sirve en la Fuerza Aérea. Alemania. Tal vez ustedes lo conozcan: Martin Gustin. Aunque, claro, la Fuerza Aérea es tan grande. ¿Le conocen ustedes? Es capitán.

—¿Martin Gustin? —dijo casi por cortesía uno de ellos—. No creo que lo conozca.

Ricardo escuchó, con el aliento contenido, el anuncio del vuelo por los altoparlantes.

La puerta se abrió y los pasajeros comenzaron a salir hacia la pista.

Ricardo se fue quedando atrás.

Había una posibilidad: que le dispararan desde el mirador en cuanto saliera.

Faltaban sólo cinco personas.

No lo pensó. Se abrió paso y echó a correr a toda velocidad.

La hilera de pasajeros que se dirigía al turbo hélice de TWA se detuvo cuando vio a aquel hombre que corría velozmente por la pista asfaltada. Corría en zigzag, a todo lo que le daban las piernas.

—¡Oiga, usted! —gritó uno de los empleados de tráfico aéreo.

Ricardo llegó a la escalerilla y subió de cuatro en cuatro los peldaños de metal.

La aeromoza lo miraba asombrada cuando por fin Ricardo entró sin aliento en el avión.

El le dirigió a la aeromoza la más estúpida de las sonrisas, mientras le decía con acento sureño:

—Le gané una buena apuesta a Jerry, preciosa. Me he jugado diez dólares a que era el primero en subir al aparato, saliendo último.

—Ya veo —dijo la muchacha sin comprender del todo.

Ricardo le guiñó un ojo.

Riquenes montó en su VW. Eran las 6:15 a.m. Le dolían un poco los músculos del cuello, tal vez por el exceso de cigarros de la noche anterior.

Vivía en el Cerro. Subió por La Rosa, cruzó Ayestarán y salió a la Avenida de Rancho Boyeros.

Lo esperaba un día bien atareado.

A las 6:30 Charlie llamó a Normand. Le contó en detalles lo que había ocurrido. Incluso que Ricardo había echado a correr por la pista y ni él ni Kovak le habían podido disparar desde el mirador.

El chaparrón fue horrible. Los nervios de Normand estallaron y le gritó a Charlie —que aguantó a pie firme y en silencio— los peores insultos. Charlie lo dejó desahogarse.

Cuando la tensión cedió, Normand le dijo, mordiendo las palabras:

—Vete ahora mismo a ver a Chang. Tú tienes arriba las fotos de ese hijo de puta. Dáselas a Chang. Y dale dinero. El suficiente como para que vaya a Miami por cinco días. No creo que ése esté mucho tiempo en Los Ángeles. No vale la pena llamar para que lo esperen allá: va a Miami, seguro. Si en cinco días no llega a Miami, dile a Chang que vea a Josef Devin en Miami. Yo hablaré con él mañana mismo para que le dé más plata. Dile a Chang que lo llamaré después de las siete.

Colgó.

Marcó un número en el Bronx.

A las 7:00 de la mañana del viernes 9 de octubre, tres hombres de Normand allanaron el apartamento de Roberto San Gil, en Park Avenue. Una de las primeras sorpresas fue descubrir que la mujer del cubano estaba viva. Había sangrado mucho, pero respiraba débilmente. Siguiendo las instrucciones de Normand, uno de ellos, Max Grulow, llamó desde allí a la policía y luego al

servicio de emergencia del hospital Jefferson Center; por último telefoneó a la oficina de Mickey Normand.

Un poco pálido, nervioso por la llamada que acababa de recibir de Charlie y por la falta de sueño, Normand escuchó en silencio lo que le estaba diciendo Max del otro lado del hilo.

—¿Avisaste ya a la policía?

—Ya, señor. Y también al Jefferson Hospital.

—Escucha bien, Max —dijo Normand después de unos segundos—: dile a los tipos de la ambulancia que la lleven al Westchester Hospital en Queens. ¿Conoces el lugar?

—Sí, señor. El hospital de la Agencia.

—Exacto. Vete tú mismo con ellos en la ambulancia. Igual historia que para los polizontes: asunto CIA, TOP SECRET. ¿Entendiste?

—Creo que sí.

Normand se esforzaba por pensar velozmente.

—Allá debes ver enseguida... Aguarda...

Sacó una libretica de teléfonos de una de las gavetas de su buró y hojeó el alfabeto. La abrió en la letra K. Buscó con el índice en la lista de nombres. Encontró el que buscaba.

—Al doctor Willy Kluger. ¿Grabaste el nombre?

—Doctor Willy Kluger —repitió Max.

—Exacto. Yo me encargo de que te esté esperando. Otra cosa —Normand hablaba con rapidez, pero sin atropellar las palabras—: Deja a alguno de los hombres con el cadáver de Pawelczak. Que no responda ninguna pregunta que no esté en el programa que te di. Asunto CIA, división Newport y que de ahí no se salga. ¿Entendido?

—Entendido.

—Si uno de los polizontes quiere quedarse también porque desconfíe, de acuerdo. Pero que tu hombre no se mueva de al lado del cadáver. Que espere por mí. ¿Todo claro?

—Sí, señor.

—Si se lo llevan para el necrocomio, allí plantas al hombre, y me llamas. Yo me encargo del resto. Déjalos que sigan el trámite normal: que hagan sus fotos, que tomen huellas. Pero un hombre con el cadáver de Pawelczak y tú

con esa mujer, para el hospital de Queens. Atiende bien, Max: esto tiene que salir tal y como te lo estoy diciendo. ¿Ok?

—Correcto, señor —dijo Max.

Cuando colgó el auricular, Normand le echó una hojeada a su libreta-guía y en seguida marcó el teléfono del doctor Kluger. Mientras sonaba el timbre, Normand deseó intensamente que Kluger no estuviera en casa: eso significaría que andaba por el hospital.

Pero fue la voz soñolienta de Kluger la que salió al aparato.

—¿Kluger?

—¿Sí?

—Es Mike Normand. Escucha bien. ¿Estás despierto ya?

—Sí, hable.

—Ahora mismo vas a vestirte y sales para Westchester. ¿Comprendes?

—Lo oigo, lo oigo —dijo Kluger suspirando con tristeza.

—Dentro de una media hora estará allí uno de mis hombres, con una mujer gravemente herida, o herida. No sé. Fíjate bien, Willy: nadie puede ver a esa mujer. Tienes que aislarla hasta que yo pueda ir a verla. Algún cuarto aparte. Tú sabrás arreglártelas.

—Comprendo —dijo Kluger.

—Invoca el nombre de Stuart Duke. Es un asunto de él. Si hace falta uno más arriba, invoca el de Kaplan. O di que se trata de un caso de J. J. ¿Copiaste esos nombres?

—Conozco a Kaplan —dijo Kluger.

—Los otros dos nombres... Anótalos. Ahora.

—Aguarde —dijo Kluger.

Tomó su pluma, que estaba sobre la mesita de noche y anotó en la cubierta de las hojas de una Newsweek lo que Normand le dictó.

—Primero invoca a Stuart Duke. Es importante. Sólo en caso de que ese nombre no funcionara invocas a Kaplan o a J. J. A mí no puedes mencionarme. ¿Está claro?

—Claro, míster Normand.

—No te muevas del hospital hasta que yo no llegue.

—Seguro.

—Y una última cosa, Willy: esa mujer tiene que vivir. ¿Comprendido?

—Haré lo posible.

—Y lo imposible —dijo Normand.

—*All right*. Y lo imposible.

—Sale ahora mismo.

Normand colgó.

Encendió un cigarro. Transpiraba a pesar del fuerte aire acondicionado que había en su oficina.

Lentamente, descolgó el auricular y marcó el MONUMENT 3-8976.

Uno, dos, tres timbrazos.

Volvió a marcar el número.

Al primer timbrado, descolgaron.

—¿Chang? —dijo.

—Sí. Esperaba su llamada.

—¿Te llevó Charlie las fotos, el pasaje y el dinero?

—Sí.

—A las 9:00 a.m. estarás rumbo a Miami. Anota: calle 121 número 23864, North East, apartamento 12-A.

—A las 9:00. Dentro de dos horas: 121, número 23864 North East, 12-A.

—¿Te explicó Charlie de qué se trataba?

—Me explicó.

—Chang...

—¿Si?

—Confío en tu eficacia.

A las 10:40 el turbo-hélice de la TWA llegó a Los Ángeles. Ricardo no se hospedó ni en el Keen's ni en el Columbia; escogió un hotelito de tercera, lejos del centro de la ciudad. A las 5:00 de la mañana llamó a la centralita del hotel y dio la orden de que lo llamaran a las 7:00 a.m. Luego apagó la luz y se durmió en seguida.

No fue un sueño extraño; tal vez fue la más natural de las pesadillas, teniendo en cuenta los acontecimientos de la víspera. Se vio a sí mismo en una callejuela oscura y solitaria de Brooklyn (sí: era de Brooklyn y olía a matadero). Sangraba abundantemente por la nariz y caminaba con dificultad,

tirando casi sin fuerzas de una cuerda a la que iba atado el cadáver de un hombre.

Luego, el paisaje cambió: ahora estaba en alguna de esas carreteras del Medio Oeste, que se deslizan entre suaves colinas y vastos pastizales. Era de día, estaba lloviendo y él permanecía tendido sobre el asfalto, recibiendo en el rostro los helados manotazos del agua. Quería levantarse, pero no conseguía más que mover los dedos y abrir y cerrar los ojos. Algún camión, algún auto iba a pasar uno o dos minutos después, y lo aplastaría sin remedio.

De golpe ya no estuvo más en aquella carretera del Medio Oeste: ahora corría como en cámara lenta por un paisaje que le resultaba vagamente familiar: era en alguna parte de Cojímar, pero no veía el mar. Y ella estaba allí, sentada sobre los restos de un viejo espigón a menos de cien metros de él. Sonreía y le hacía señas para que se acercara. Él movía los brazos y las piernas, pero avanzaba muy lentamente, como si corriese contra un viento de gelatina. Tenía que ser Yolanda y lo llamaba con una sonrisa en los labios. Y ya la iba a alcanzar; ya sus dedos se estiraban para tocarle el rostro cuando ella se esfumó y en su lugar apareció un tipo con una pistola. Le disparó a la cara.

Se despertó sudando. El timbre sonaba insistentemente. Levantó el auricular: lo llamaban desde la pizarra para avisarle que ya eran las siete 7:00. Murmuró algo y colgó.

Le dolía todo el cuerpo y se sentía agotado. En el baño miró su rostro en el espejo: tenía el labio hinchado y con un oscuro cardenal casi a la altura de la nariz. Se dio una ducha, se puso de nuevo la misma ropa y se guardó el revólver bajo la chaqueta. Bajó al lobby, se bebió un café con crema y desde la carpeta llamó al aeropuerto. El próximo vuelo para Miami estaba anunciado para las 12:00. Era viernes. A las 8:30 p.m. del sábado La Habana recibiría el cifrado con la información sobre el ataque a Cienfuegos.

Sólo que no sería tan fácil como él suponía.

Eran las 8:00 a.m. A esa misma hora, en New York, Yen Chang tomaba un vuelo de la National rumbo a la soleada ciudad floridana:

A las doce menos cuarto de la mañana del viernes 9, Normand estaba sentado en la antesala de la oficina de Stuart Duke. La secretaria tecleaba en silencio,

de espaldas a él. Normand había decidido poner proa a la tormenta. De todos modos, el viejo tendría que enterarse del asunto tarde o temprano.

A las 8 de la mañana de ese día había pasado por el hospital y el doctor Kluger, de pésimo humor y con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, le había informado que la mujer de San Gil estaba fuera de peligro (y, sobre todo, fuera de circulación: había logrado trasladarla, después de extraerle la bala del hombro, a una de las habitaciones del ala este, la parte del hospital destinada a los familiares de los miembros de la agencia). Kluger mintió en la oficina de registros con respecto a la identidad de la mujer: la inscribió como cuñada suya y aseguró que se había dado un tiro con una escopeta de caza. Normand lo tranquilizó diciéndole que esa misma tarde la mujer sería trasladada a una clínica particular en Queens.

—¿Estará en condiciones de hablar esta noche? —preguntó Normand inquieto.

—Estará en condiciones de hablar en cuanto se le pase el efecto de la anestesia —dijo Kluger.

—Bien, Willy: debes ponerla a dormir de nuevo si se despierta. Pero la necesito hablando a las 8:00, ¿entendido?

El asunto era feo, pero Kluger le debía tanto a Mickey Normand que no podía negarse.

—A las 7:30 aproximadamente yo estaré aquí para llevármela. No te muevas del hospital.

Willy Kluger fue a iniciar una débil protesta, pero Normand le dio la espalda y se marchó.

A las 10:00 estuvo en el necrocomio con el hombre que Max Groliow había mandado de «ayuda de cámara» del cadáver de Pawelczak. El director del necrocomio de East Manhattan era un hombrecillo insignificante, de rostro borroso bajo los grandes espejuelos bifocales y unas hebras de pelo rubio dispersos sobre el cráneo brillante. Estaba muy impresionado con aquel trajín de hombres-CIA y se imaginaba a sí mismo en el vórtice de una compleja trama de conspiraciones y secretos de estado. Casi pierde el habla cuando el «ayuda de cámara» le presentó a Normand como «el gran jefe».

A Normand no le costó trabajo explicarle al hombre el asunto, sobre todo porque no le explicó nada. Se limitó a hablarle en términos muy vagos sobre

la «seguridad nacional» y el hombrecito estuvo a punto de cuadrarse militarmente. Normand le aseguró que a las 4:00 de la tarde vendría a buscar los cuerpos de San Gil y de Pawelczak y lo autorizó (casi le ordenó) a que les hiciera la autopsia.

A las 11:30 Normand llamó por teléfono a Charlie Melton y le encargó todo el asunto Pawelczak: avisarle a la familia, conseguir una buena funeraria, ocuparse de los detalles del entierro. Igualmente, le encargó el asunto de la mujer de San Gil: conseguir una clínica particular en Queens y estar a las 7:30 con una ambulancia en el hospital de la Agencia.

Ahora eran las doce menos cinco. Normand apagó un cigarrillo justo en el instante en que un leve zumbido le indicó que Duke llamaba desde su despacho.

—Puede pasar, míster Normand —le dijo la secretaria.

—Sonia no aparece —dijo Joseíto Menocal, muy nervioso.

—¿Qué más pudiste averiguar? —preguntó Fico Tablada, dejando escapar el humo de su cigarro por la nariz.

—Qué carajo, Fico: rompieron a Roberto. Eso es lo que importa ahora.

En el recuerdo, Tablada volvió a escuchar un fragmento de la conversación que había tenido la tarde del día anterior con Roberto San Gil.

«Ortiz quiere verme.»

«¿Está en Nueva York?»

«No. Me llamó un tal... Ramón Sierra. ¿Lo conoces?»

«Nunca oí hablar de él.»

San Gil había quedado en llamarlo después de las 7:00. Pero no había llamado. A las 10:00 de la noche ya Fico estaba impaciente, y le telefoneó a Joseíto Menocal para que se diera una vuelta por Park Avenue. A las 12:00 Joseíto le dio un timbrazo: nadie le había abierto la puerta en casa de San Gil.

A la mañana siguiente, muy temprano, Joseíto volvió a Park Avenue. Entonces vio el trajín de policías y ambulancias. Confundido entre el pequeño gentío que se arremolinaba en la puerta del edificio, había visto sacar en camillas el cuerpo baleado de San Gil y el otro tipo cuyo rostro no le era familiar.

Voló a casa de Fico Tablada.

La gran incógnita, ahora, era el paradero de Sonia, la mujer de San Gil.

—Creo que el gordo Ortiz nos va a tener que explicar algunas cosas — murmuró Fico—. ¿Qué hora es?

—Las 9:30 —dijo Joseíto.

—Te espero a las 12:00 en el aeropuerto. Si llegas primero saca dos pasajes para Los Ángeles.

Eran las doce menos cinco. Stuart Duke estaba solo en su despacho mordisqueando un tabaco y pensando en lo que tendría que decirle a Mickey Normand. Algo grave, sin duda, porque Normand había telefoneado desde muy temprano a su secretaria pidiendo un *meeting* superurgente con él, Duke, para las 12:00 m.

Se echó hacia atrás en su silla giratoria de respaldar alto y puso el dedo sobre el botón de llamada, pero sin oprimirlo.

Se sentía levemente ansioso desde que su secretaria le había comunicado, a primera hora, que Normand estaría allí al mediodía para una reunión de máxima urgencia. Y esa ansiedad que no había logrado controlar le molestaba. ¿Por qué iba a sentirse tenso? En otros tiempos no hubiese pensado en el *meeting* urgente hasta el momento de oprimir el botón para que su secretaria hiciese pasar a quien deseara verlo. Pero eso era en otros tiempos; ahora había pasado la mañana en turbias meditaciones. Sí, la seguridad y el temple habían quedado atrás. Y no porque él, Duke, se hubiese hecho viejo demasiado pronto (aunque sí: se había hecho viejo): era que el mundo había cambiado demasiado rápido dejándolo a la zaga.

Se decidió.

Hundió los dientes en el tabaco y apretó el botón rojo de llamada.

Un minuto después —un poco pálido y solemne— Mickey Normand entraba en el despacho.

Volaban sobre una blanca alfombra de nubes. El avión se había trepado a más de cinco mil metros de altura y ahora (eran las 12:40) estaría cruzando las Montañas Rocosas. Aterrizaría en Miami a las 2:00 p.m.

Ricardo se puso a hojear un ejemplar de la revista *Time* que había comprado en el aeropuerto de Los Ángeles; pero sus ojos miraban sin ver: su

mente estaba en otra parte.

¿Hasta qué punto era cierto que aquellos tipos que habían interrogado y asesinado a San Gil eran de la CIA? Podían ser, perfectamente, matones pagados por alguna otra de las bandas de New York a la que San Gil acaso hubiese traicionado. Pero si, en efecto, eran de la CIA, eso significaba que la Agencia había sido mantenida «al margen» por San Gil. Ricardo sabía que la Agencia —muy vinculada a Torres y a su plan— jugaba ahora a la guerra sicológica con Cuba. Había recogido cordel en lo que se refería a las acciones armadas y estaba tratando desesperadamente de unir a todo el exilio bajo un mando único. Tal vez el golpe de San Gil y los suyos había venido a estropear la estrategia. O, simplemente, querían dar —en la persona de San Gil— un pequeño escarmiento, para que nadie más volviese a salirse del carril. Pero había un hecho significativo: en su confesión, San Gil no había mencionado para nada a la Agencia. El plan *Estigma* —con base en Puerto Cabezas, Nicaragua— parecía haber sido diseñado por San Gil y los suyos solamente, con capital de la ITT, según había confesado San Gil, pero sin el asesoramiento de la CIA. Claro, asesoramiento indirecto sí lo habían tenido: el propio San Gil había pasado un curso de entrenamiento en una escuela de la CIA, en 1966, sobre prácticas de demolición y explosivo; pero según indicaban las evidencias, en esta ocasión el ratón se le había adelantado al gato.

Era viernes. Tendría que esperar aún hasta las 8:30 de la noche del sábado para poner a La Habana en antecedentes de lo que estaba preparado para el domingo a las 6:30 a.m., en el puerto de Cienfuegos. La Habana sólo tendría diez horas para preparar la captura de la lancha artillada del grupo de San Gil, que saldría (porque aún ignorarían que San Gil estaba muerto) a las 10:30 del viernes, desde Puerto Cabezas. Pero diez horas serían suficientes para Walter.

Diez horas.

Normand permanecía en silencio, esperando que Stuart Duke hablara.

De un tirón y sin titubear, le había contado al viejo una muy fantástica versión del asunto San Gil. Sus hombres (los de él, Normand) habían allanado el apartamento del cubano y habían iniciado un minucioso registro en busca de alguna evidencia. Habían actuado según la información que les

había suministrado el dossier del PGP y el informe de Harry Tertz (y aquí Duke bajó los ojos un instante); es decir, habían trabajado en concordancia con los horarios de San Gil. Pero, inexplicablemente, éste había regresado a la casa dos horas antes de lo habitual y había sorprendido a los de la Agencia. Imaginando tal vez que eran ladrones había abierto fuego contra uno de ellos y lo había matado; el otro, en defensa propia, había eliminado a su vez a San Gil. Eso era todo. Un error de cálculo.

Naturalmente, además de mentir en lo tocante al allanamiento y toda aquella historia, se había reservado lo de la mujer y, sobre todo, lo de ese cubano, Ricardo Villa, que se había largado con la cinta magnetofónica en la que estaba la confesión de San Gil; ese cubano que era, además, un testigo ocular de todo lo que en realidad había ocurrido. Pero ésas eran las cartas del triunfo que Normand se reservaba.

Duke mordisqueó pensativo su tabaco.

—Muy mal trabajo —dijo por fin.

—Es cierto, señor. Muy mal trabajo. El azar...

Normand interpretaba a las mil maravillas el papel de muchacho aplicado sorprendido por primera vez en falta: incluso hasta había conseguido sonrojarse un poco.

Pero Duke no tragaba fácilmente una píldora tan grande.

—¿Le parecía a usted buena esa forma que escogió de obtener la información? —le preguntó Duke.

—¿Allanar dice usted, señor?

—Exacto —dijo Duke.

—En realidad, sí, señor. Me parecía buena. Aunque tenía otra en reserva.

—¿Por ejemplo?

—Persuadir a San Gil mediante un «interrogatorio reforzado», señor.

Duke sabía de sobra lo que significaba, «reforzado»; drogas de la verdad, hipnotismo electrónico o, incluso, torturas. Los dos primeros medios no pertenecían a su época dorada; el tercero sí.

Hubiera empezado por ahí —dijo Duke.

—Me pareció, señor, más prudente iniciarme por debajo. Ir subiendo las apuestas lentamente.

—¿Comprende usted la cantidad de problemas que eso acarreará? —dijo Duke.

—Perfectamente, señor. Pero ya he meditado sobre eso.

—¿Y?

—En cierto modo, señor, convendría dejarlo «en el aire». Quiero decir: hacer ver que se trata de un asunto entre cubanos. Pero que los cubanos pueden sospechar (sin confirmarlo, naturalmente) que fuimos nosotros. Nadie más se atrevería a salirse de las normas, señor.

—¿Qué hubo del agente suyo muerto?

—No hay dificultades, señor. Hablé con Dunn, el hombre nuestro en la oficina de Homicidios de la Policía de la ciudad. Se le echarán varios camiones de tierra encima al asunto. Él lo garantiza.

—¿Cómo quedaría entonces el panorama? —preguntó Duke.

—San Gil habría sido ejecutado por grupos cubanos rivales, señor. Pero dejando una rendija abierta; que se sospeche que fuimos nosotros.

Duke encendió su tabaco. Exhaló lentamente el humo.

—Hay un pequeño problema, Normand —dijo el viejo—. Casi insignificante. Pero me pregunto qué voy a informarle a Kaplan.

—¿Sobre este asunto, señor?

—Exacto. No puedo aparecerme ante él a decirle que no logré averiguar si fue la organización de San Gil la que atacó Boca de Pájaro porque... bueno, porque uno de mis hombres mató «por accidente» a San Gil. ¿Se da usted cuenta?

—Tengo eso resuelto, señor.

Duke no se sorprendía mucho, cuando se trataba de Normand, de aquellas palpables muestras de eficacia.

—A ver...

—Verá usted, señor. Creo que aún nos queda tiempo para averiguar si fue o no el grupo de San Gil. Basta que algún periódico especule que su muerte se debió a que traicionó a otra banda rival, atacando Boca de Pájaro por cuenta propia. Entonces nos bastará con apretar un poco a alguno de sus hombres, usted me entiende; hacerle ver que *sabemos* positivamente que fueron ellos los que atacaron a Boca de Pájaro...

Duke guardó silencio un instante.

—¿Y si no fueron ellos?

—Entonces, señor, y por eliminación, podríamos llegar a la conclusión de que se trata de alguna de las otras dos bandas. Especialmente la de ese Arteaga.

En quince minutos el avión estaría sobre Miami. Su compañero de asiento — un gigante rubicundo que dormía plácidamente desde que el turbohélice guardara el tren de aterrizaje en Los Ángeles— debía tener alguna pesadilla, porque hacía graciosas muecas y gemía quedamente. Acaso soñaba que el aparato caía en picada envuelto en pavorosas llamas azules.

No sentía hambre, pero sí deseos de tomar café. Naturalmente, no aquel brebaje insípido al que estaba acostumbrado el paladar norteamericano (no aún el suyo, por suerte), sino café, verdadero café, colado en tetera y muy dulce, como el que hacían en... ¿En dónde? En Cuba, claro, pero ¿quién?

A su madre le quedaba muy sabroso, aunque un poco amargo. Pero su madre había muerto en 1959 y era difícil que aquel recuerdo que se le prendía a la lengua fuese el de su café: habían pasado tantos años, después de todo. Tal vez el que colaba Yolanda los domingos, en su casa de la Víbora, aquel inolvidable año de 1957, muy dulce, sí, pero no muy fuerte. O aquel que servían al lado del cine Rex, o aquel otro que colaban en la cafetería de la funeraria Rivero. Y más atrás, en la memoria, aquel glorioso café de la esquina de Monserrate y Empedrado.

Los viejos y desvaídos recuerdos volvían de pronto, como un aroma distante y olvidado de buen café. Los recuerdos-trampa, los buenos y malos recuerdos de su otra vida, de su única vida.

No él, porque él regresaría tarde o temprano. Pero los otros, los que vendrían a continuar su trabajo, los que lo relevarían en la tarea de impedir que la Isla fuese asesinada por la espalda, ¿cuándo podrían vivir su propia vida? Tendrían que estar allí todo el tiempo que fuera necesario y una hora más; muchos años y un año más, sí, hasta que el peligro externo que amenazaba a la Revolución desapareciese. Mientras eso no ocurriera, mientras el país no pudiese respirar en paz y ocupar todas sus fuerzas en emerger de la resaca del atraso —como una flor que brotara de una prisión de sangre y lodo—, habría que estar allí, habría que oponerle el valor, la astucia

y la fe a la gigantesca maquinaria de odio que se alzaba frente a la flor para segarla. El valor, la astucia y la fe: eso era lo que los había hecho fuertes; la invulnerable libertad de la patria descansaba sobre aquellas tres palabras. De otro modo, hubiese sido imposible. Un punto de tierra fértil en el Mar Caribe, un pequeño país pobre, sólo podía vencer a costa de valor, astucia y fe: valor para saber morir de pie, sin una queja; astucia para luchar en condiciones monstruosamente desventajosas, fe en Fidel, la Revolución, el porvenir. Miles de millones de dólares, decenas de cientos de científicos en todas las ramas del saber humano, arsenales de armas de refinadísima técnica, decenas de institutos y universidades en las que se experimentaban nuevos artefactos de destrucción y muerte, toneladas de sofisticados equipos de subversión y espionaje, ejércitos de computadoras... y del otro lado, sólo un pequeño país dispuesto a resistir; sólo el valor, la astucia y la fe de su pequeño país. Se escribiría algún día la historia de aquella batalla desigual; y habría de contarse de qué modo la inteligencia natural de los cubanos —a los que habían despreciado, a los que creían envilecidos, incapaces de nada, simples bailadores de guaracha dispuestos a vender su alma por un trago de aguardiente— se había puesto en tensión para vencer, y había vencido. Por ejemplo él, Ricardo, no había tenido en los Estados Unidos otra cosa que una planta transmisora RT-48A, una planta transmisora fabricada por la Rank Corporation para la CIA, enviada a Cuba clandestinamente para uso de la contrarrevolución interna, capturada por el DSE cubano y devuelta en secreto a los Estados Unidos, para equipar al pianista Bruno. Era una enorme y trágica paradoja para el gran país todopoderoso, y una victoria moral para el pequeño país. El fruto de aquella paradoja —y de otras tantas de las que estaba sembrada la historia de aquella guerra— era la existencia misma de la Revolución, de aquella revolución que ya era invencible. La metáfora de David y Goliat era vieja y gastada; pero insustituible en su conmovedora verdad.

Bajo el avión, extendiéndose a cientos de miles de kilómetros, estaba el gigantesco y poderoso país que había querido aplastar los sueños de su patria.

Pero no había podido.

Ni podría, aun cuando aquella guerra durase hasta el fin de los tiempos.

—Estuvimos de suerte —dijo Joseíto Menocal cuando abordaron el *yellow cab* en el aeropuerto de Los Ángeles a las 4:30 de la tarde.

—Mucha suerte, sí —concedió Fico Tablada.

Habían tenido tanta suerte, que a las 12:30 habían despegado de New York en un vuelo de la National, y ya a las cuatro el aparato estaba sobrevolando la ciudad de las colinas.

—Halifax Road 13486, Bakersfield —le dijo Tablada al chófer del taxi.

Normand sabía hacer aquellas cosas.

La mujer estaba acostada en una cama Fowler y le pasaban un suero. El hombro —la zona donde había sido operada— había sido cubierta con una campana plástica antiséptica. La mujer respiraba acompasadamente, y sus ojos sin brillo miraban al doctor Kluger y a Mickey Normand, que estaban sentados en sillas metálicas frente a la cama. No había nadie más en la blanca y desinfectada habitación.

—¿Cómo se siente? —preguntó Normand.

La mujer asintió.

—¿Mejor entonces?

La mujer volvió a asentir.

—Magnífico —dijo Normand—. ¿Puede hablar?

La mujer no respondió. Miró a Kluger y éste le hizo un gesto con la cabeza, como animándola.

—Creo que sí... —dijo ella con una voz débil y nasal.

Comenzó el juego.

Mickey Normand sabía muy bien cómo hacer aquellas cosas. Le hizo ver que ella se encontraba en una situación particularmente comprometida y que sólo podía salir a flote si cooperaba un poco.

Con palabras sencillas y muy precisas, Normand le explicó lo que se quería de ella.

Luego, con gran paciencia, se lo hizo repetir a la mujer.

Por último, le mostró una colección de quince fotos, de un hombre de unos 65 años, canoso y de mirada absorta.

—Este es el hombre —dijo—. ¿Ha entendido bien?

—Sí —dijo la mujer.

—No olvide que ha matado usted a un oficial de la Agencia Central de Inteligencia —le recalcó una vez más—. Podremos olvidarlo en la medida que usted cumpla con lo que hemos acordado. Además, le daremos en tres plazos cinco mil dólares. Su esposo será enterrado mañana. Servicio de primera. No me parece posible que usted asista, en ese estado, al sepelio. ¿Está segura de que su esposo no tenía otros familiares en Los Estados Unidos?

La mujer asintió.

—Muy bien —dijo Normand—. Ahora descanse. La trasladamos mientras usted dormía, a una clínica particular. Una de las mejores de New York. El doctor Kluger es responsable de su salud. No se preocupe; es muy buen médico.

Normand guardó las fotos en su portafolios de piel y él y Kluger salieron de la habitación.

En la habitación, la mujer cerró los ojos. Apareció ante ella, muy vivamente, el hombre canoso que acababa de ver en las quince instantáneas. Normand le había dicho varias veces el nombre, hasta que se lo supo.

Y ahora, sin darse cuenta, sus labios pálidos y fríos como el hielo lo pronunciaron: Stuart Duke.

Se hospedó en el Biscayne Terrace Hotel, en Biscayne Boulevard. Pagó tres días por adelantado y se encerró en su habitación hasta las 6:00 de la tarde. A esa hora encargó al *room service* medio litro de té y tres *steaks* a la parrilla.

Comió siguiendo el viejo rito de Shaolín: con un apretado corset de cuero y muy derecho en la silla. Masticaba muy despacio, y bebía sorbitos de té sin azúcar. Nunca empleaba menos de dos horas en comer, y sólo ingería carne de res y té.

Después de comer se alivió del corset y se tendió diez minutos sobre la alfombra, moviendo alternativamente las manos y las piernas, como si nadara de espalda.

Por último se dio una ducha fría. Cuando salió del baño se sentía como si no hubiese comido nada: había hecho la digestión mientras ingería los *steaks*. Se puso una ropa cómoda (camisa de sport, pantalones de franela, zapatos de tela con suela de goma), se colocó unos espejuelos ahumados y bajó al lobby.

Alquiló, desde el lobby, un auto en la Avis. Pagó por adelantado dos días, incluidos también los quince dólares de comisión que cobraba el Biscayne Terrace por servirle de fiador a los clientes. Un empleado de la Avis trajo hasta el hotel a las 8:40, un Buick del 69, pintado de blanco.

Él se puso al timón del auto.

Subió por la calle 20 hacia el North East. Dobló a la izquierda en la calle 37 y luego torció hacia la derecha en Flagler. Dio unas vueltas por la zona comercial y luego tomó la calle 42. Ricardo vivía en la calle 121 del North West, después de Hialeah.

Detuvo el auto frente a un edificio de seis plantas marcado con el número 23864. Apagó el motor.

Veinte minutos después, la ganzúa de Chang había abierto la puerta del apartamento 12A, el de Ricardo Villa Solana.

No encendió las luces. Escogió una silla —no un butacón— y se sentó muy derecho.

Sus ojillos oscuros y oblicuos escrutaron la oscuridad; sus manos comenzaron a moverse lentamente, rítmicamente, ejercitándose para la muerte. Esperaba.

Ortiz no pudo decir una frase al estilo de «a qué debo el honor de esta visita» o «cuánto me alegro de verlos», entre otras cosas porque Fico Tablada le estaba apuntando directamente al corazón con una pistola.

—Entra —dijo Tablada, y le hundió el cañón del arma en el pecho.

Ortiz retrocedió lentamente con el rostro desencajado y un ligero temblor en los gruesos labios.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó Joseíto.

Ortiz negó con la cabeza.

Joseíto cerró la puerta.

—¿Seguro, León?

—Por mi madre —fue lo único que se le ocurrió balbucear con voz temblorosa al gordo.

—Registra —le dijo Fico a Joseíto, sin dejar de apuntarle a Ortiz.

Joseíto sacó un revólver 32 y subió muy de prisa la escalera que conducía a los dormitorios.

—Tú y yo tenemos mucho que conversar —dijo Tablada.

—¿Qué es lo que pasa, Fico? —gimió el gordo.

Sudaba como si estuviese en un baño de vapor.

—¿Quién es Ramón Sierra? —dijo Tablada despaciosamente.

—¿Ramón *what*? —murmuró Ortiz.

—No te hagas el comemierda, León. No te conviene y yo ando de prisa. Suéltala.

—Te juro por lo más grande...

—¡Nadie! —gritó Joseíto desde el piso de arriba.

—Baja y revisa la cocina y lo demás —le dijo Tablada.

Luego volvió a clavar los ojos en la cara babosa del gordo Ortiz.

—Estoy esperando por ti, León.

Ortiz tragó en seco.

—¿Qué pasó, Fiquito?; que se me muera...

Fico Tablada no lo dejó terminar. Con el cañón de la pistola le golpeó la cara y el gordo se desplomó gimiendo sobre la alfombra. Fue como si cayese un saco lleno de piedras; el piso de madera retumbó.

La boca del gordo se llenó de sangre. Comenzó a gimotear mientras hacía grotescos esfuerzos por arrodillarse.

—Fiquito, por tu madre...

—¡Te voy a sacar el buche! —gritó Tablada.

Le dio una patada en el pecho y el gordo volvió a rodar sobre la alfombra.

Tablada caminó unos pasos hacia él.

—Se me está llenando la cachimba, León.

—Por la Virgencita... —jadeó el gordo cubriéndose la cara.

—¡Ni un juramento más, cojones! —gritó Tablada—. ¿Quién coño es Ramón Sierra? ¿Quién?

Ricardo decidió no llamar a Torres hasta después del domingo. Naturalmente, tendría que permanecer oculto en algún hotel de la playa y alquilar un auto en Avis o Hertz; pero quería estar desligado de Torres hasta tanto no hubiese logrado ponerse ante la caja de música a las 8:30 del sábado, y transmitir a La Habana.

Eran las 3:00 de la tarde. Ricardo se dirigió a las oficinas de Hertz en el aeropuerto y alquiló un Ford Mustang con su carnet de Dinners Club. Hertz tenía un parqueo particular a un centenar de metros del edificio central del aeropuerto. Allí, un empleado le entregó la llave y le deseó una feliz estancia en Miami.

A las 3:25 Ricardo enfilaba hacia uno de los motelitos de la calle 185 *on the Ocean*: el Thunderbird.

A las 4:30 ya tenía la llave de la habitación 109, en el cuerpo este del edificio, junto a la piscina.

A las 5:30, después de ducharse, montó en su Mustang y se fue al *down town*, a Flagler. Invirtió sesenta y cinco dólares en una grabadora Philips, cincuenta dólares en ropa y un maletín, y regresó al Thunderbird.

Cenó entre 7:20 y 8:00 en el restaurante del hotel y a las 8:20, sentado en la cama, comenzó a oír la cinta de la confesión de San Gil.

A las 9:30 ya tenía el texto que enviaría a La Habana. Harían falta doce bloques de cifras.

Decidió ir a buscar a su apartamento el libro de claves y el *piano* al otro día por la mañana.

Guardó la grabadora y la cinta en el maletín que acababa de comprar, le echó el pestillo a la puerta, se desnudó y se dejó caer en la cama para oír un poco de música en el radio que estaba adosado a la mesita de noche: encontró en el dial un programa de jazz. El aire acondicionado estaba bastante fuerte y tuvo que saltar de la cama y ponerse un pulóver.

La música no lograba calmarlo; al contrario.

Dio algunas vueltas por la habitación, fumando. Por fin, se decidió; sacó la Magnum del maletín y la metió debajo de la almohada. Se acostó. Apagó la luz. Apagó el radio. Se durmió a las 10:20.

SÁBADO

Eran la 1:15 de la madrugada.

Todo estaba preparado. Faltaban sólo dos cosas: Primero, que Chang lo llamara desde Miami para informarle que ese Ricardo Villa ya no se haría nunca más el nudo de la corbata y que, en consecuencia, él, Chang, tenía la

cinta magnetofónica. Segundo, encontrarse con «la pieza» que le faltaba en el rompecabezas para golpear a Stuart Duke. Por lo demás, tenía en la mano todos los triunfos del juego: la mujer de San Gil, Charlie, el doctor Kluger y...

No podía fallar.

—No puede fallar —murmuró Mickey Normand.

—¿Qué? —dijo la *bunny* de *Playboy* que estaba echada junto a él en la cama, desnuda.

—Nada —dijo él, y se inclinó para besarle los pechos.

Llovía.

Fico Tablada miró su reloj: las 7:25 de la mañana.

—Vamos a desayunar —dijo Joseíto.

Hacía diez minutos que estaba en Miami. Y Miami los había recibido, no con el sol radiante de los anuncios que se veían en los escaparates de las compañías de aviación y turismo en New York, sino con un fuerte aguacero.

A ninguno de los dos les gustaba Miami. Ambos habían vivido allí (tres meses Fico y casi un año Joseíto). Pero Miami se parecía mucho a La Habana y ellos querían otra cosa. Por eso habían decidido irse a New York. Y no les había ido tan mal.

Entraron en la cafetería del aeropuerto. Se sentaron ante el mostrador y pidieron rosquillas y café negro.

Ortiz había confesado: Ramón Sierra era en realidad Ricardo Villa Solana, uno de los hombres de confianza del camaján Torres. Pero la descripción que les había dado Ortiz no coincidía para nada con el tipo que Joseíto había visto sacar en una camilla del edificio de San Gil.

De todos modos, lo más probable era que el tal Villa Solana estuviese todavía en New York. Pero el asunto de ellos era con Torres, con la cabeza pensante; si alguien podía estar interesado en borrar a San Gil del panorama era Torres, y él era quien debía pagar por la muerte de San Gil. (Aunque, de paso, aprovecharían que Ortiz les había dado la dirección de Villa Solana en Miami para dejarle un pequeño recuerdo para su regreso: una lata de té rellena con 250 gramos de pólvora negra, unida mediante cintas adhesivas a una batería de nueve voltios; dos o tres cables de cinco amperios, un

diminuto detonante y ya quedaba listo el regalo: cuando Villa Solana abriese la puerta del apartamento, iría a hacerle compañía a San Gil en el infierno). Terminaron de desayunar y salieron del aeropuerto.

—¿Y entonces? —dijo Joseíto.

—Yo voy a visitar a Torres. Tú ve a ponerle la «velita» a San Solana.

Cada uno tomó un taxi.

Media hora después, Fico tocaba a la puerta de cristales del bufete de Jaime Torres en la avenida 60 del NE.

—Adelante —dijo la secretaria.

El rostro sonriente de Tablada asomó en el marco de la puerta.

—¿Puedo entrar? —dijo en inglés.

—En qué puedo servirlo —dijo la muchacha poniéndose de pie.

Tablada entró en la refrigerada oficina.

—¿Está míster Jaime Torres?

—¿Tiene usted cita con él?

En ese momento se abrió una puerta a la derecha.

Un tipo —con cara de cualquier cosa menos de abogado; un saco que se le ajustaba a los mollereros y unos bigotes que habían crecido probablemente en Luyanó— se encaró con Tablada.

—¿A quién busca? —le dijo a la muchacha, pero sin quitarle los ojos de encima a Tablada.

—Al doctor —dijo la muchacha.

—¿De parte? —dijo el del bigotón.

—Tengo aquí mi tarjeta —dijo Tablada sonriendo.

Se palpó los bolsillos del saco, como si no recordara dónde había puesto la cartera.

—Aquí —dijo de pronto, metiéndose la mano dentro del saco.

El bigotón se dio cuenta, antes de que sacara la mano, de que no habría tarjeta.

Pero Tablada fue muy rápido.

—Muy tranquilos, ¿eh? —murmuró apuntándoles con su Star 9 mm.

El sábado amaneció lloviendo. Uno de esos días perros, con agua y viento y un cielo sucio y triste. Ricardo se despertó a las 8:20 con un horrible dolor de

cabeza atribuible a los nervios y al exceso de cigarrillos de las últimas cuarenta y ocho horas.

Se dio una ducha caliente y se afeitó. Luego se puso unos pantalones de tergal, un polo y unos mocasines bien cómodos.

Cuando abrió la puerta de la habitación, recordó que había dejado la Magnum bajo la almohada. Regresó y la guardó en la maleta. Se echó en el bolsillo la cinta magnetofónica y el texto que debía enviar esa noche a las 8:30.

Desayunó frugalmente; jugo de naranja y café. En la cigarrería compró una caja de Marlboro.

Tuvo que aventurar una pequeña carrerita para salvar, sin mojarse demasiado, los veinte metros que había entre el lobby del motel y el parqueo. Se acomodó en el Mustang, encendió el motor y, lentamente, salió en marcha atrás hacia la calle 185.

Ni siquiera se había adormilado. Dos veces fue al baño, orinó y se lavó la cara. El resto del tiempo lo pasó sentado en aquella incómoda silla, sintiendo el lento goteo de las horas. Ahora eran casi las 9:00 de la mañana. Pero las persianas de la única ventana de la sala estaban corridas y todo seguía en penumbras.

Entonces lo sintió.

Primero fue un rasgueo distante y apagado sobre la puerta que daba al pasillo del edificio.

Lenta y silenciosamente se puso de pie. Afelpando los pasos se escurrió hacia un rincón y contuvo la respiración.

Ahora escuchaba, con nitidez, un ligero ruido metálico.

Sonrió: alguien estaba forzando la puerta con una ganzúa, exactamente como había hecho él once o doce horas antes. Sólo que, quienquiera que fuese el que estaba del otro lado de la puerta, era mucho menos hábil.

Un chasquido metálico y el pestillo cedió.

La puerta se abrió con suavidad y una sombra se escurrió en la sala.

Chang esperó a que cerrara.

Cuando el pestillo volvió a caer y se desvaneció el poco de luz que se había filtrado desde el pasillo hacia la habitación, Chang saltó.

El hombre tuvo sólo dos segundos para darse cuenta de lo que había ocurrido; dos segundos; el tiempo que transcurrió entre el primer golpe, que le partió la columna vertebral y el segundo, que le hundió el cráneo.

Ni siquiera dejó escapar un quejido. Se desplomó a dos pasos de la puerta.

Chang encendió la luz.

Los ojos muy abiertos del hombre que yacía sobre el piso aún tenían destellos de vida; pero Chang sabía que estaba técnicamente muerto.

Se agachó junto al cuerpo; un jadeo ahogado escapaba de la garganta del hombre. Sin prisa sacó las fotos que le había entregado en New York, Charlie Melton. Comparó el rostro de las fotos con aquel otro rostro blanco y crispado: no, no eran la misma persona.

Aquél *no* era Ricardo Villa Solana.

Se había equivocado.

Le registró los bolsillos. Una bomba casera, un alicate, un rollo de tape, un revólver 32. Había también una cartera —con unos veinte dólares que Chang se guardó— en la que estaba la licencia de conducción.

«José A. Menocal AF-39867NW8622», leyó.

A las 10:30 de la mañana, Ricardo detuvo el Mustang frente a su edificio en la calle 121. Apagó el motor, cerró los cristales y descendió.

No estaría mucho tiempo: sólo recoger el maletín con el radio, y el libro de claves; pero tendría que emplear no menos de veinte minutos en sacarlos del lugar donde los tenía ocultos.

Subió por las escaleras.

Frente a la puerta extrajo la llave. Se agachó y palideció ligeramente al descubrir que el «sello» estaba roto.

A ras del piso, colocaba siempre (entre la puerta y el marco) un cabello, sostenido por dos minúsculas bolitas de plastilina. Era la garantía de que nadie había entrado en el apartamento en su ausencia.

Alguien había estado allí. O todavía estaba.

Sacó la Magnum, la amartilló y metió sin ruido la llave en la cerradura.

La sala estaba en penumbras.

Entró, pero no cerró la puerta. Apretando el revólver tanteó en la pared hasta dar con el interruptor.

Encendió la luz.

No había nada que pudiera inquietarlo. Todo seguía en su lugar. Tal vez en el cuarto, o en el baño.

Echó a andar lentamente hacia el baño.

Descorrió la cortina de hule de un tirón; dio un paso atrás: los ojos sin vida de Joseíto Menocal parecían estarlo mirando desde la bañera.

Entró a toda prisa en el cuarto.

El closet estaba cerrado. Recordaba vagamente haberlo dejado abierto antes de salir hacia Los Ángeles.

Avanzó muy despacio, mientras sentía que el sudor de su mano humedecía la empuñadura de la Magnum.

Contó hasta tres.

Abrió con fuerza la puerta.

Nadie.

¿Quién era aquel hombre que estaba muerto en el baño? ¿Cómo había llegado allí?

Una y otra vez, mientras corría la cama, apartaba la alfombra y comenzaba a quitar algunas tablas del piso, aquellas preguntas pasaban dolorosamente por su cerebro. Cinco tablas. Debajo estaba el maletín con el radio, dentro del maletín estaba el libro de claves.

Volvió a poner las tablas, estiró de nuevo la alfombra y movió la cama.

¿Qué podía hacer?

Miró el reloj: las 11:05.

No podía avisarle a la policía.

Tenía que transmitir a las 8:30.

En ese instante comenzó a sonar el teléfono.

Mickey Normand levantó el auricular y pidió que le pusieran con el Sheraton Building. Eran las 11:50 de la mañana. Allí pidió con la extensión de Personal A, con Melvin Weisz. La telefonista A lo puso al habla con Weisz.

—¿Qué hubo, Mickey?

—Nada importante, hermano. Sólo que necesito el teléfono particular de J. J.

—¿Sabes lo que me pides?

—Lo sé, viejo. No voy a perjudicarte. Tengo que hablar con él y no está en la oficina.

—Me cuesta la cabeza.

—No sabrá que me lo diste tú.

—¿Y quién te lo dio entonces?

—Mi jefe, Stuart Duke. No te apures: a J. J. le agrada mi llamada.

Melvin Weisz cedió. Le dio el teléfono de J. J. en Farmingdale, al oeste de Manhattan.

Diez minutos después, Mickey Normand, muy circunspecto, hablaba con el propio J. J. Le pidió una cita para el día siguiente; un asunto extremadamente delicado y de máxima urgencia. J. J. le dijo que estuviera en su oficina a las 10:00 a.m.

—Gracias, señor —dijo Normand. J. J. colgó sin contestarle.

Los nervios de Ricardo se crisparon con el primer timbrado. Se puso de pie de un salto y se quedó quieto, en tensión, mientras el teléfono seguía sonando.

El aparato estaba a unos pasos de él, junto a la cama.

¿Quién podía ser?

Quizá nadie. Tal vez una bomba conectada al auricular, como aquella que mató a Pedro Orosmán.

El teléfono calló de golpe.

Ricardo se acercó; sin tocarlo, inspeccionó el aparato. No había ningún indicio de que estuviera *preparado*.

Pero la carga explosiva plástica podía estar dentro.

Volvió a sonar.

¿Quién? ¿Quién? ¿Quién?

Cerró los ojos, apretó los dientes y levantó de un golpe el auricular.

No hubo explosión.

Sólo una voz bronca del otro lado de la línea.

—¿Eres tú?

Ricardo notó que la mano con la que sostenía la Magnum le temblaba un poco.

No reconocía aquella voz.

—Oye —volvieron a decir—, Joseíto. ¿Eres tú?

—Sí —dijo Ricardo.

—¿Terminaste?

¿Qué debía hacer?

—Sí.

—Yo también —dijo la voz—. Rompí a Torres, y a otro tipo y a una tipa de esas que escriben a máquina y... ¿Oye? ¿Estás ahí?

—Te oigo —murmuro Ricardo.

—¿Podrás estar en media hora en el aeropuerto?

—Creo que sí —dijo Ricardo.

—Hay que apurarse. Esto se va a poner malo. Miami es de Torres.

Hubo una pausa.

—...más bien era.

La persona, del otro lado, soltó una risita nerviosa.

—En media hora, ¿ok?

—Seguro —dijo Ricardo.

—Pero oye —dijo la voz—, ¿por qué...?

Ricardo colgó.

Quince minutos más tarde corría a toda velocidad en su Mustang hacia el motel Thunderbird en la calle 185 *on the Ocean*.

—Las tres y cuarto —dijo Sarduy.

—Bien —dijo Riquenes—. Vamos. El comandante Ruiz nos espera a las cuatro en Guardafronteras.

A las 3:20 Ricardo entró en el bar del Thunderbird y pidió un whisky doble.

Se lo bebió casi de un trago y pidió otro.

Encendió un cigarro y se pasó una mano por la frente: le dolía horriblemente la cabeza.

Trataba de ordenar las ideas; pero era en vano. ¿Había muerto Jaime Torres? ¿Quién era el hombre que habían asesinado en su apartamento? ¿Qué

podía hacer?

Ahora sólo tenía delante una cosa: *Estigma*. Que *Estigma* llegara a La Habana a las 8:30. Lo demás, ya vería. Tenía aún mucho que hacer; cifrar el mensaje le tomaría nunca menos de dos horas de paciente trabajo.

Se bebió su segundo whisky y se quedó mirando al trocito de hielo que quedaba en el fondo del vaso.

Era curioso, pero había tenido la sensación, al salir de su apartamento, de que lo seguían. Hizo todo el trayecto hasta el motel vigilando la calle por el espejito retrovisor. No había visto nada que pudiera inquietarlo. Pero la extraña sensación persistía.

Y no se equivocaba.

Yeng Chang entró al bar, se sentó no muy lejos de él y pidió una cerveza negra.

A las 4:00 de la tarde, el capitán Riquenes y el teniente Rodolfo Sarduy se reunieron con el segundo jefe de las Tropas Guardafronteras.

A las 5:00 de la tarde, los radios de campaña de cuarenta y cinco bases de guardacostas y campamento recibieron el cifrado de *Posición 2*.

A las 6:00 de la tarde, Riquenes y Sarduy comieron algo en la cafetería Wakamba.

A las siete menos diez entraban en la oficina 1-H del Centro de Recepción y escucha de Contrainteligencia del DSE.

Estaba en el cuarto del motel y había terminado de copiar los catorce bloques de cifras de cuatro dígitos; uno más de los que había previsto.

Antes de quemar el texto original, volvió a echarle una ojeada:

«OPERACIÓN BOCA DE PÁJARO EJECUTADA POR COMANDO 16 DE ABRIL CIUDAD NEW YORK. AGENCIA DESCONOCÍA PLAN. HOMBRES AGENCIA INTERROGARON Y LIQUIDARON ROB SAN GIL. MAÑANA DOMINGO 6:00 A.M. LANCHAS ARTILLADAS PROCEDENTES PUERTO CABEZAS NICARAGUA ATACARÁN CAÑONES SIN RETROCESO Y AMETRALLADORAS PESADAS INSTALACIONES PUERTO CIENFUEGOS. REPITO MAÑANA DOMINGO 6:00 A.M. LANCHAS ARTILLADAS PROCEDENTES PUERTO CABEZAS NICARAGUA ATACARÁN PUERTO CIENFUEGOS CAÑONES SIN RETROCESO Y AMETRALLADORAS PESADAS. AGENCIA SABE QUE CONOZCO PLAN GRUPO SAN GIL PROBABLEMENTE SABE YA PERTENEZCO ORGANIZACIÓN JAIME

TORRES MUERTO HOY. CONFIRMARÉ PRÓXIMO CONTACTO MIÉRCOLES 14 FRECUENCIA ACORDADA. REPITO: ES POSIBLE JAIME TORRES ASESINADO HOY CONFIRMARÉ PRÓXIMO CONTACTO MIÉRCOLES 14 FRECUENCIA ACORDADA.»

Miró su reloj; eran las 8:00 de la noche. Abrió el portafolios, sacó el RT-48A y lo colocó sobre la mesita de noche. Lo encendería a las 8:25, cinco minutos antes de la transmisión.

Estaba sentado de espaldas a la puerta. Y por primera vez en cinco años, no había colocado el cierre especial de imanes; un grave olvido.

No oyó la llave maestra que se deslizaba suavemente en la cerradura.

Cuando alcanzó a volverse y logró ponerse de pie de un salto, ya Chang estaba dentro de la habitación y había cerrado la puerta.

El capitán Riquenes miró su reloj: las 8:02 minutos. Se paseaba a grandes trancos por la pequeña habitación 1-H. El operador permanecía frente a la pizarra, con los auriculares puestos y haciendo girar suavemente la manivela de la antena direccional.

Sentado en una silla, junto al operador, el teniente Rodolfo Sarduy mordisqueaba su pipa.

Sonó el timbre de un teléfono verde que había adosado a la pizarra.

—Ordene.

Escuchó algunos segundos.

—Un momento.

Le extendió el receptor a Riquenes.

—Es para usted, capitán.

Riquenes se apresuró a tomar el aparato.

—Aquí Riquenes. Sí. Te oigo.

Era de la Jefatura Central de Tropas Guardafronteras.

—Nada aún —murmuró Riquenes—. Mantente ahí. Yo te llamo enseguida.

Colgó el aparato en la horquilla y cortó la comunicación.

Luego se volvió hacia un pequeño intercomunicador y apretó el botón de llamada.

—Ordene —dijo a través del aparato una voz de mujer.

—Miriam —dijo Riquenes—. Llama a Cifrados. Que suba Gustavo. Que esté aquí antes de que entre el tiro de Bruno. No quiero perder un minuto bajando en el ascensor hasta su departamento.

—Bien, capitán.

Yeng Chang no traía arma: no la necesitaba.

Los ojos de Ricardo se clavaron en los opacos e inexpresivos ojillos del chino, buscando aquello que su maestro de karate le había enseñado a descubrir en las pupilas de los contrincantes: la dirección del ataque.

Sin embargo, la fría mirada de aquel hombre no le revelaba nada; como tampoco le decía nada la complicada posición en la que estaba parado. Era, evidentemente, una posición de combate. Pero no se trataba de un kiba dachi, la posición del jinete de hierro, ni de un zenkutsu dachi, la posición del arco y de la flecha.

No, no era karate.

El chino adelantó ligeramente el pie izquierdo y sus manos, como las dos tenazas de una mantis religiosa, se movieron con estudiada lentitud hasta quedar a la altura de su pecho. Fue entonces que Ricardo logró verle los antebrazos; descubrió, marcados a fuego sobre la piel, la figura de tigre y la figura de un dragón.

Como un fogonazo, una palabra apareció en su cerebro: ¡Kung Fu! Kung Fu, el terrible arte chino de lucha sin armas. El arte marcial nacido mil cuatrocientos años atrás, cuando Bodhidharma —el fundador del budismo zen— dejó la India occidental y viajó a China para ofrecer sus enseñanzas a los monjes del templo de Shaolin. Kung Fu, el arte marcial cuyos secretos apenas eran conocidos en Occidente y cuya técnica se enseñó en China a través de las sociedades secretas, de una generación a otra, durante catorce siglos. Kung Fu, cuyos practicantes llevaban, a modo de insignia, un dragón y un tigre marcados a fuego sobre los antebrazos.

Durante años, los especialistas en artes marciales se habían hecho una pregunta que no había tenido, hasta donde Ricardo sabía, una respuesta categórica: ¿Karate o Kung Fu? Su sensei le había dicho en una ocasión: «Debe ganar el karateka». Pero los maestros de Kung Fu, seguramente, opinaban lo contrario.

Ahora en un motel de Miami, Ricardo iba a tener la respuesta.

Faltaban sólo quince minutos; pero al capitán Riquenes y el teniente Sarduy les parecía que el tiempo no pasaba. El reloj marcaba las veinte horas, catorce minutos y cuarenta segundos.

Cincuenta segundos.

La aguja verde del minuterero se desplazó un milímetro: las 20:15.

Se oía el apagado e intermitente bip bip del equipo de escucha. La mano del operador se movía con suavidad, buscando la banda de los cuarenta y tres metros.

Riquenes encendió un cigarro.

—Regáleme uno, capitán —pidió Sarduy.

Riquenes lo miró y le iba a decir algo, pero se limitó a sonreír fugazmente y a alargarle la caja. Sarduy tomó el cigarro como si fuese un delicado objeto de cristal que pudiese romperse con facilidad. Se lo llevó a los labios. Riquenes le alcanzó los fósforos. Sarduy lo encendió y aspiró profundamente el humo. Le supo extraño, áspero, pero fue un bálsamo instantáneo para sus nervios.

Cincuenta segundos.

La aguja verde del minuterero se desplazó un milímetro: las 20:16.

Tocaron suavemente a la puerta.

El propio Riquenes abrió. Era el teniente Gustavo, de Cifrados. Le dio la mano al capitán y entró. Traía bajo el brazo una carpeta negra. Se sentó junto al operador, abrió la carpeta y sacó un bolígrafo. Extrajo un índice de código y el libro de conversiones de cifras.

A Sarduy le ardía la garganta, pero aspiraba el humo con ansioso placer.

Cincuenta segundos.

La aguja verde del minuterero se desplazó un milímetro: las 20:17.

—Entrará puntual —murmuró Riquenes.

—Estoy seguro —dijo Sarduy.

El oscilador de frecuencia comenzó a dejar oír un agudo y continuado silbido. El operador oprimió una tecla y el radio comenzó a recibir en los novecientos kilociclos. Ahora se escuchó, por debajo del silbido, el siseo rallado de la estática.

Cincuenta segundos.

La aguja verde del minuterero se desplazó un milímetro: las 20:18.

Hubiera sido un golpe mortal: sin ningún ruido, Chang saltó y en el aire descargó una patada contra la mandíbula de Ricardo. El golpe llegó un segundo tarde. Ricardo se desplazó hacia la izquierda velozmente y contraatacó con una mawachi, pero su pie tampoco hizo blanco.

Chang alzó los brazos por encima de la cabeza y se quedó quieto, como si fuese una estatua de piedra. A dos metros, Ricardo montó su guardia de zuki y adelantó con cautela el pie derecho, buscando equilibrio.

Los ojos de Chang se contrajeron imperceptiblemente y ahora sí pudo leerle la mirada. Antes de que el chino atacara, Ricardo dejó escapar un grito seco y gutural, empujó su propio cuerpo hacia adelante y lanzó un rápido golpe de tajo contra el hombro de su adversario.

Chang se estremeció con el mazazo, pero lo asimiló y saltó hacia atrás. Ricardo volvió a avanzar hacia él, buscándolo, pero el pie de Chang lo alcanzó en el hombro izquierdo y lo proyectó trastabillando contra la pared.

Ahora fue Chang quien buscó el remate. Se desplazó rápidamente, arrastrando los pies, y sus dos manos —contraídas como garras— buscaron con un golpe profundo el rostro de Ricardo. Pero sólo encontraron la pared y el impacto arrancó esquirlas de ladrillos. Ricardo se había desviado hacia la derecha y ahora saltaba para alcanzar con el pie derecho el rostro del chino. Chang también reaccionó y un movimiento circular de su brazo logró desviar la pierna de Ricardo, que tuvo que contraerse para no caer.

Volvieron a quedar frente a frente, midiéndose. Ricardo sudaba y sus puños crispados estaban blancos; Chang había perdido el color del rostro. Ambos estaban adoloridos. Ricardo sentía calambres en el brazo y Chang una terrible punzada en el hombro, como si el golpe de tajo le hubiese fracturado la clavícula.

Ricardo avanzó un paso y Chang retrocedió. Ahora Ricardo amagaba con las manos en alto, pero pensaba atacar con una yokogueri a los testículos del chino.

Atacó y su empuje apenas logró rozar la rodilla izquierda de Chang; pero la patada fue suficiente para que el chino sintiera un lacerante latido.

Devolvió el golpe dándose vuelta y proyectando hacia atrás el pie, pero no alcanzó a Ricardo.

¿Cuánto duraba ya? ¿Tres? ¿Cuatro minutos?

Ricardo respiró profundamente y se lanzó de nuevo al ataque.

Pero el puño de Chang le encontró el vientre y lo paró en seco.

Las 8:28 minutos. Mickey Normand levantó el auricular y marcó el Lehi 4-7593. Fue la persona con la que deseaba hablar quien le salió al teléfono.

—¿Estudió usted la proposición? —dijo Mickey sin rodeos.

Del otro lado del hilo hubo un largo silencio. Por fin una voz murmuró:

—Sí.

—¿Y qué decidió?

Mickey hablaba con sequedad, bruscamente.

—Acepto.

—Dos mil —dijo Normand.

—Usted dijo antes...

—Ahora digo dos mil —lo cortó Normand.

De nuevo silencio. Normand estaba impaciente. Miró su reloj: las 8:29.

—Bien —dijo quedamente la voz—. Usted gana.

—Mañana a las 10:00 a.m., en la oficina que le indiqué. Supongo que conserva en la memoria todo lo que debe hacer y decir.

—Sí, míster Normand.

—Oiga, amigo —dijo Normand, como si le hablara a un mozo de café—; aquí se juegan muchas vidas, literalmente hablando. ¿Me explico?

—Perfectamente, míster Normand.

—...y mucho mejor son dos mil dólares en el bolsillo que una piedra amarrada al cuello, ¿no es así?

—Así es, míster Normand.

—Perfectamente. A las diez entonces. Ah, y otra cosa: báñese y aféitese. La última vez que lo vi parecía usted un pordiosero.

—Comprendo, míster Normand —dijo dócil, amargamente la voz del otro lado del hilo.

Ricardo tuvo la absurda sensación de estarse hundiendo en el agua. Sus ojos se nublaron y sintió un loco hormigueo en los labios.

El puño de Chang lo había alcanzado en la región del hígado y ahora caía hacia atrás.

Todo duró un segundo.

Su cuerpo chocó sordamente con la pared.

Chang avanzó para rematarlo. Alzó los brazos y se preparó para hundirle la sien con un golpe de nudillos.

El puño cerrado del chino inició su viaje de muerte.

—Ocho y treinta —dijo Sarduy sin necesidad, pues todos los ojos estaban fijos en el reloj de pared.

Las agujas marcaban las 20:30 minutos.

Diez, doce segundos.

Sólo el ruido de la estática.

No llegó a darse cuenta de lo que hacía; fue un gesto instintivo. Alzó el brazo y detuvo el puño con la mano derecha; con la izquierda descargó un zuki mortal sobre el corazón del sorprendido chino.

Chang ni siquiera gritó. Dio un paso atrás, abriendo y cerrando la boca, como si buscara aire, y se llevó las manos al pecho. El golpe debió haberle rajado el corazón, porque murió antes de desplomarse sobre el piso.

Como una gelatina viva, su cuerpo se contrajo una o dos veces; pero eran ya sólo reflejos. Por fin, quedó inmóvil. Ricardo se dejó caer resbalando por la pared. Trató de incorporarse, pero perdió el conocimiento.

Veinte horas y treinta y dos minutos.

Riquenes y Sarduy se miraron durante unos segundos, y luego cambiaron la vista, como si no quisiesen decirse nada con los ojos.

Los dedos del radista se movían con suavidad, ajustando al máximo la planta en la longitud de onda por la que debía entrar el mensaje.

Las agujas verdes del reloj avanzaban inexorablemente.

Sarduy hundió las manos en los bolsillos del jacket. Los dedos de su mano izquierda tocaron la pipa. La apretó con fuerza hasta partirla.

—Va a radiar —dijo Riquenes—. Yo sé que va a radiar.

Algo se había roto para siempre.

Se pasó las manos por los labios: había sangre. Empezó a toser y todo su cuerpo se contrajo de dolor. Algo se había roto para siempre allá adentro: iba a morir.

Levantó sin fuerzas el brazo y trató de mirar su reloj: una gasa de sombras se interponía entre sus ojos y la esfera; lo acercó a su rostro, confusamente, logró ver los números y las manecillas: eran más de las 8:30.

Se dejó caer de lado. Ahora tuvo una arcada y se le llenó la boca de sangre espesa, acre, caliente. Se arrastró por la alfombra hacia la cama. Lenta, lentamente pasó junto al cuerpo de Chang: iba dejando un rastro de sangre oscura, que la alfombra absorbía enseguida.

Tenía burbujitas de sangre en la nariz y un collar de espuma rojiza alrededor de los labios. No le hacía falta palpase el abdomen para saber que el terrible golpe del chino lo había herido de muerte: el hígado quizá. Se frotó la cara con la manga de la camisa, haciendo un esfuerzo por sostenerse erguido con el otro brazo.

Volvió a apoyarse con las dos manos y dejó caer el cuerpo sobre la cama.

Sus dedos se estiraron hasta alcanzar el interruptor del radio. Lo encendió. Casi sin fuerzas, accionó el botón del dial y buscó los cuarenta y tres metros. El bombillito rojo que indicaba que el aparato estaba a punto para la transmisión lanzó destellos intermitentes. Al lado del radio estaba el mensaje ya cifrado.

Iba a morir.

Las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas para confundirse con su sangre. No era miedo. Era un sordo rencor, una áspera sensación de angustia por tener que morir tan lejos. Empezó a convertir las cifras en impulsos eléctricos. Empezó a enviar hasta ellos, por encima del tibio y azul Caribe, su propia vida.

DOMINGO

AND YE, SHALL KNOW THE TRUTH, AND THE TRUTH SHALL MAKE YOU FREE.

John, VIII: 32

(Inscrito en la pared de mármol del vestíbulo principal del cuartel general de la CIA en Langley, Virginia)

—Todas las evidencias —dijo Mickey Normand.

J. J. lo miró complacido por encima de sus espejuelos de aros metálicos.

—Es una acusación muy grave —dijo.

—Repito, señor, con gran respeto: todas las evidencias. Usted mismo ha podido leer las declaraciones de Charles Melton, oficial de tercera de la división de New York: Roberto San Gil había sobornado a Stuart Duke para obtener de la Agencia información útil. La esposa de San Gil lo confirma, señor. Ella vio en su casa un par de veces al señor Duke y oyó conversaciones muy comprometedoras. Está dispuesta a sostenerlo en un careo.

J. J. se echó hacia atrás en su silla. Él también quería salir del viejo Stuart Duke; pero había que andarse con cautela en aquellos espinosos asuntos.

—¿Por qué no le ha informado a Kaplan todo esto? —preguntó.

—Perdone, señor; pero me pareció que, dada la importancia del problema, estaría mejor en su nivel de usted...

—Cierto, cierto —murmuró J. J., halagado.

—El asunto de Boca de Pájaro fue llevado a cabo por el grupo Comando 16 de abril de Roberto San Gil, señor; a espaldas de la Agencia, pero con el visto bueno de Stuart Duke, señor.

—Cuesta creerlo —murmuró J. J. a quien, en verdad, nada en el mundo podía extrañarle.

—Tengo otra prueba, señor, más contundente, si se me permite la expresión.

—¿Sí? —dijo J. J. frunciendo el ceño.

—El hombre que puso en contacto a Duke con Roberto San Gil, señor. El intermediario de la transacción.

—¿Cubano?

—Norteamericano, señor. Y un hombre de toda la confianza. Ha trabajado para la Agencia durante muchos años, señor.

—¿Quién es?

—Su nombre tal vez no le diga nada, señor. Pero me he tomado la libertad de traerlo conmigo a la reunión.

—¿Dónde está?

—Afuera, señor. Si aún tuviera usted quince minutos podría escuchar de sus labios cosas muy interesantes.

—¿Está en el salón de espera?

—Sí, señor.

J. J. se inclinó hacia el intercomunicador. Accionó el botón de llamada.

—Doris —dijo—, ¿Hay alguien en el salón de espera?

—¿Alguien? —dijo la muchacha a través del aparato—. Sí, señor.

—Hágalo pasar.

J. J. encendió un tabaco y, por un instante, Mickey Normand se acordó de las apestosas brevas que fumaba el viejo Stuart Duke; pero J. J. era joven y elegante: a él le sentaban muy bien los tabacos.

Tocaron suavemente a la puerta.

—Adelante —dijo J. J.

La puerta se abrió con lentitud.

J. J. vio aparecer un rostro abatido y blanco, como si fuese la máscara de polvo de arroz de un viejo payaso.

Un viejo payaso con una larga cicatriz en la cara: un horrible estigma que había borrado de un golpe su juventud.

—¿Puedo entrar? —preguntó quedamente Harry Tertz.

...póstumamente al grado de capitán...

...al teniente Ricardo Villa Solana

Epílogo

EXPEDIENTE «ESTIGMA»

(Fragmentos)

02-7935

CONFIDENCIAL

AL J' [_____]

-
- 1 ...por lo cual a las 05:30 horas del 11/10/77 las unidades de superficie [_____] y [_____] de Guardiafrenteras y el guardacostas [_____] de la MGR persiguieron y capturaron a 40 millas del cayo [_____] al noroeste de [_____] al yate matrícula M75684-EEUU de nombre «Stigma» de 75 pies de eslora
- 5 ...la embarcación estaba tripulada por los contrarrevolucionarios se rindieron sin resistencia. Fueron entregados en el DSE Cienfuegos, a los oficiales [_____] y [_____]
- 7 ...además se ocuparon dos morteros de 81 mm, dos ametralladoras calibre 50 y una bazooka de 3". Asimismo se ocuparon tres fusiles M-16, 4 pistolas calibre 45, parque, alimentos, 2.000 US DOLLARS y 25 000 Córdobas nicaragüenses y una micro-onda PRC-10
- 9 ...pudo saberse que el objetivo estratégico del comando contrarrevolucionario era atacar con fuego de morteros, bazookas y ametralladoras pesadas instalaciones del Puerto de Cienfuegos. Esta misma lancha atacó el pueblo pesquero de Boca de Pájaro, ocasionando...
- 16 Esta Jefatura propone que, por su conducta heroica y su consecuente actitud comunista, sea ascendido póstumamente al grado de capitán al Tte. Ricardo Villa Solana, que cayera en el cumplimiento
- 19 Esta Jefatura propone, igualmente, que sea considerada la petición del Capitán Andrés Riquenes Díaz de que se le entregue a Yolanda Robaina Luna, militante del PCC y que fuera compañera de luchas del Teniente Villa Solana, copia de la carta que el mencionado compañero dejara bajo la custodia del entonces Tte. Riquenes, oficial operativo del canal "Bruno", en vísperas de su partida hacia territorio enemigo, y que puede ser considerada como su testamento

La Habana, [_____] de [_____] de 19[_____]

Fdo. [_____] Jefe de [_____]

Son las dos de la tarde: no hay una sola nube en el cielo. Para protegernos de la luz enceguecedora y del intenso calor, hacemos el camino de regreso a

la sombra de los pinos que bordean la costa.

El comandante Guerrero y el capitán Riquenes van delante, con las manos hundidas en los bolsillos y los ojos tristes fijos en la arena: detrás vamos Yolanda y yo, también en silencio. En realidad, hubiéramos podido elegir otro día y otra hora, porque cualquier día y cualquier hora son buenos para echar unas pocas flores al mar a la memoria de aquellos que han ayudado con su sangre a que el futuro no sea un estercolero. Pero nos pareció que el 10 de octubre —por esa hermosa y caprichosa coincidencia de fechas— era el día justo. Aunque, ¿él murió el día 10? ¿O fue el 11? Nunca lo sabremos, probablemente.

El murmullo de las olas, el cielo lívido, el implacable sol de mediodía: éste es, después de un año, el mejor homenaje a tu recuerdo, Ricardo Villa. Es como decirte: aquí está el alma de Cuba, a la que nunca pudiste regresar. Nuestros muertos descansan en tantos sitios que sólo el cielo abierto, inconmensurable, puede marcar con exactitud el lugar en el que florecen sus tumbas.

La iniciativa de venir a echar las flores fue del capitán Riquenes. El comandante Guerrero la acogió con un triste asentimiento de cabeza. Yo sentí que también era un poco mía la idea. En cuanto a Yolanda, ella sabe desde hace más de seis meses cuál fue el verdadero destino de Ricardo y hasta dónde se alzó su estatura. Lloró mucho, pero tuve la impresión de que, de algún modo, era al mismo tiempo muy feliz. Y la comprendo: porque no hay mayor dicha —aun en medio del dolor— que saber que a los que amamos les quemó el corazón el fuego de la gloria. Cuando Riquenes echó las diez rosas al mar, en aquel apartado punto de la playa del que ahora nos vamos alejando, ella lloró, y todos sentimos que la tierra temblaba un poco bajo nuestros pies. Allá a lo lejos, los bañistas corrían por la arena, las parejas entraban de la mano en el agua, los niños chapoteaban en la orilla, todos ajenos a lo que estábamos haciendo. Algún día el nombre de Ricardo —y otros nombres por ahora anónimos— serán conocidos. Y entonces muchas manos dejarán caer flores al agua amarga y muchos corazones latirán con más fuerza en ese instante.

Ahora nos vamos, caminando a la sombra de los pinos. Pero el año que viene volveremos. Quizá para entonces hayan muerto otros camaradas. Si es

así, de nuevo se dejará escuchar con un himno el latido del mar y arderá, una vez más, el sol de la patria en un cielo despejado y libre como éste. Y nosotros, los que estemos vivos, inclinaremos la cabeza ante los robles caídos, y volveremos a agradecerles que hayan multiplicado nuestras fuerzas, que hayan hecho indestructible nuestra fe y nuestro coraje. Y les pediremos que sigan acompañándonos, desde la muerte, hacia el claro porvenir.

(...) Y si muero mañana, que sepan mis compañeros que he permanecido fiel al ideal de mi vida; que mis camaradas sepan que di mi sangre por la patria. Si muero mañana, será para que siga viva la esperanza de un hermoso provenir.

(Carta-testamento del Tte. Solana. 1964. Fragmento.)

Y si muero mañana, que sepan
mis compañeros que he permanecido
fiel al ideal de mi vida;
que mis camaradas sepan
que di mi sangre por la patria.

Si muero mañana, será para que
sigas viva la esperanza de un
hermoso porvenir.

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy agradecida si recibe de usted su opinión acerca de esta obra, de su presentación y diseño, así como de los títulos editados por esta Colección. Le agradecerá también cualquier otra sugerencia. Nuestra dirección es: Editorial Letras Cubanas, Palacio del Segundo Cabo, O'Reilly 4, esq. a Tacón, Municipio Habana Vieja, Ciudad de La Habana

Este libro ha sido impreso por el Combinado Poligráfico “Osvaldo Sánchez”. Se terminó de imprimir en el mes de agosto de 1984 Año del XXV Aniversario del Triunfo de la Revolución.

SOBRE EL AUTOR



LUIS ROGELIO NOGUERAS (La Habana, 1948). Licenciado en Letras. Poeta, novelista y guionista de cine. Recibió (1967) el premio David de poesía con Cabeza de Zanahoria. En 1976, con la novela El cuarto círculo (escrita en colaboración con Guillermo R. Rivera) recibió el premio MININT. En 1981 ganó el premio Casa de las Américas de poesía con Imitación de la vida.

Y si muero mañana, de Luis Rogelio Noguerras —que obtuvo en 1978 el Premio Cirilo Villaverde de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba— se ha convertido en una de las novelas cubanas más populares de los últimos años. Con más de 300 mil ejemplares publicados (cifra que incluye ediciones en la URSS, Viet Nam, Suecia, Dinamarca, Eslovaquia y Hungría), esta importante obra puede ser considerada como un aporte a la novelística de la revolución cubana.

Luis Rogelio Noguerras (La Habana, 1946). Licenciado en Letras. Poeta, novelista y guionista de cine. Recibió (1967) el premio David de poesía con Cabeza de ganálvuria. En 1976, con la novela El cuarto círculo (escrita en colaboración con Guillermo R. Rivera) recibió el premio MININT. En 1981 ganó el premio Casa de las Américas de poesía con Imitación de la vida.



EDITORIAL LETRAS CUBANAS